

860-1066/1873
1552d

EDUARDO MERA

MIEMBRO ACTIVO DE LA SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA

Serraniegas

(PRIMERA SERIE)

⋮ ⋮ ⋮ ANGEL ⋮ ⋮ ⋮
JUSTOS POR PECADORES
LOS POBRES DE ESPIRITU

9843 MAR 1993
BIBLIOTECA NACIONAL DEL ECUADOR



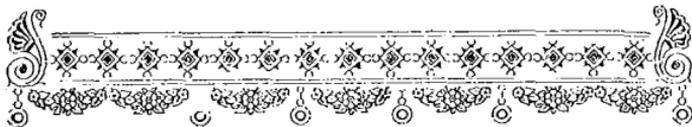
004265-Ja

QUITO — ECUADOR

Impreso por Pedro E. Garzón

1914

Es propiedad



DISCULPA



LLÁ va mi libro.

Es un pobre librito que escribí, va para largo, en diversas épocas de mi vida, según me daba el naipe, obligado siempre por una especie de fuerza misteriosa incontrastable, que tal vez pudiera llamarse ley atávica.

Debía prologármelo ese ingenio vibrante y deleitoso que se llama José Rafael Bustamante: yo se lo pedí y él me lo ofreció gentil y finamente. Pero mi bondadoso amigo, uno de «los pocos sabios que en

el mundo *son*», ama como tal el campo, y a él se ha ido en rpos de las delicias en que abunda, y ha olvidado ofertas y promesas.

De manera, lector, que me lanzo al mar, no siempre sereno, de nuestra literatura, sin prólogo ninguno, como aquellos valientes que se aventuran en el miedoso piélago en débil esquife, en la *pobre barquilla* de Lope de Vega, sin llevar la esperanza del salvavidas.

¿Naufragaré?....

Es probable; no, es seguro.

Pero.... *ça m'est egal*. No llevo en la cabeza la biblioteca de Alejandría, ni pudiera, palméandomela, exclamar con André Chénier ante la trágica guillotina: «*Et cependant, il y avait quelque chose ici*».

No llevo en ella sino el cántaro de la lechera.... hendido ya, a los golpes de múltiples desengaños.

¿Que por qué publico el librito? Lo publico, no porque bondadosos amigos me lo han solicitado, lugar común este al que apelan muchos que prefieren las letras de molde a

la mismísima gloria celestial; nada de eso Le doy a luz.... porque sí. Y lo encomiendo en las manos tiernas y piadosas de los míos, de mis íntimos, de los seres amados de mi alma, que viviendo en mi corazón, conmigo van en la caravana de la vida: madre, esposa, hermanas, hermanos, amigos....

Y lo dedico humildemente, tiernamente, a la memoria de mi ilustre padre, Don Juan León Mera, a quien, si no aprendí a ser sabio, aprendí a ser bueno.

Allá va mi libro; a recibirlo, pues los que me amáis. (1)



Eduardo Mera.

(1) La primera novelita, «Angel», se publicó en «El Ecuador Literario», bajo los auspicios de mi inolvidable amigo el Dr. Rafael Ruales.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR



SERRANIEGAS



ANGEL

I

Mano a mano

—Calla, calla.... ¿Oyes la corneta?

—Sí que la oigo ¿y?...

—Nada, sino que están tocando llamada de oficiales.

—¿Y tienes que irte?

—Precisamente; no ves que si no voy en seguida, me han de poner preso; y si me ponen preso, no he de verte; y si no te veo, me ha de dar una tristeza profunda, y una rabia, y....

—¡Oiganle!.... Y mira, ayer estuvo aquí el coronel, y te recomendé mucho: le dije que te tratara bien, que no te castigara por nada de la vida; le dije que....

—Conque, ¿todo eso le dijiste? Pero, alma mía, lejos de recomendarme y de pedirle tantas cosas, le hubieras tocado esto en el piano....X

Y el mozo se puso a tararear *ataque*, o *uno y trece*, tono que los pilluelos han adoptado para hacer rabiarse a los cojos. Luego, tomó de la mesa una gorra azul de cuatro galones dorados y vicera de carey, se la puso descuidadamente, y cogiendo entre las suyas las regordetas y sonrosadas manecitas de su interlocutora, la dijo bromeando:

«Ya llegó el instante fiero,
niña, de mi despedida;
pues anuncia mi partida
con estrépito.... la corneta».

—¡Qué verso! — exclamó la chiquilla, riéndose y ocultando las manos debajo de su blanca manteleta.

—Verso no será, hija, pero es la pura verdad,—añadió el militar, dirigiéndose hacia la puerta.

—Aguarda un momentito ¿oyes? siquiera hasta que vuelvan a tocar.

Y como el capitán se obstinara en salir, la niña le quitó con prontitud la gorra, y contenta con su presa, corrió a ocultarla tras del piano, diciéndole al mismo tiempo:

—Y ahora ¿qué hace Ud. mi capitán? Entienda que estará Ud. preso hasta cuando yo lo quiera.

—Decididamente, mejor se está uno preso aquí que libre en el cuartel,—asintió el militar, tomando asiento y atrayendo jun-

to a sí a la chiquilla, que reía a más y mejor, luciendo sus menudos y blancos diente-
tecitos.

—Conque ¿vino ayer el coronel? ¡Vaya, vaya! se le felicita, niña. De seguro se estaría como siempre que viene: apestando a aguardiente, coloradote, mirándote, remirándote, suspirando como un fuelle....

—¡Ay! sí vino; y cómo quisiera yo que no volviese más. Deveras que no hace sino mirarme hasta darme vergüenza; me ve, me ve enguirlando los ojos, sonriendo dentro de los bigotazos y lanzando unos suspiros.... hediondos, hijo, hediondos a aguardiente.

—¿Te mira mucho, mucho, y suspira? ¡Hum!.... mala tos le siento a mi coronel. ¿Pero no te dice nada? Creo que me ocultas algunas cositas.

La chiquilla se puso colorada, y sin atinar con la respuesta, comenzó a torcer los flecos de la manteleta y a morderse los labios.

—Pues, sí,—dijo al fin,—sí me ha dicho algunas cosas; pero yo, lejos de contestarle, me he puesto brava y he salido dejándole solo; ayer, por ejemplo....

—¡Vamos! ¿Pero qué te ha dicho?

—Una porción de disparatos y adofosios; que soy una ingrata; que le *despreceo*, así, que le *despreceo*; que no debo aborrecerle; que siquiera por caridad debo quererle, ya que él me tiene tanta *voluntá*; que se muere por mí; en fin.... Y lo peor que

es un malo ¿oyes? Ayer.... Pero para qué te he de contar si fue aquello una tontería?

—No, no; cuéntamelo todo, pero todo.

—Te digo que es un malo y un tonto: ayer, al despedirse, quiso....

—¿Qué quiso ese?....

—Quiso.... besarme.

—¿Besarte!

—Sí, pero en la mano solamente; yo la retiré con presteza, y le dije el sueño y la soltura: que era un malo y un tonto, y un borracho, así ¿oyes? Él se quedó con la gara, y más coloradote, más hinchado, con los ojos que le relumbraban, cosa de darme miedo.... Luego me escabullí como pude dejándole solo: a poco salió también él, gruñendo no sé qué entre dientes, y pasó a ver a mamá.

El militar, al oír tal declaración, se puso rojo de ira. Después de un momento, serenándose y tomando un aire sombrío, añadió:

—¿Sabes? Le tengo miedo, mucho miedo al coronel; temo que sea la causa de mi perdición.

—Y yo de la mía,—añadió la niña, suspirando.

—Sí, de la nuestra,—concluyó el oficial.

Un segundo toque de corneta se dejó oír, y el capitán, sobresaltado, se colocó la gorra que sacó personalmente del escondrijo, tomó las manos de la chiquilla, uniéndolas por las palmas, las estrechó fuertemente, las besó apasionado y salió diciéndola:

—Hasta luego.

Mas, un pensamiento que le iluminó la mente medio entenebrecida, le hizo regresar desde la grada.

—¿Oyes?—dijo encarándose con la niña, que le miraba entre sorprendida y satisfecha,—no está bueno que las cosas sigan así; es preciso que nos pongamos de acuerdo con tu mamá, que, de seguro, lo sospecha todo, y arreglemos nuestro matrimonio para dentro de un mes, para el día de tu santo.—Y sin dar tiempo a ninguna respuesta, tomándola por las mejillas la dió un beso en la frente y desapareció, mientras la chiquilla, roja como una amapola, le decía con la voz embargada:

—¡Malo, pícaro! Ya te estás volviendo como el Coronel Pantoja.—En seguida salió al balcón a preguntarle:

—Angel, Angel ¿has de venir por la noche?

—Sí, Maruja, sí,— le contestó el militar desde la calle, sin detenerse.

Con el corazón que le latía violentamente, y la cabeza cual si quisiera estallarle a fuerza de hacer comentarios de lo que la niña le había contado, entraba el oficial, poco después, a su cuartel.



II

Caseros y Tertulianos

Zoila Castillo llamábase la madre de Maruja, y era una señorota de no sé cuántas campanillas y muchos palmos de altura y circunferencia. Tenía los ojos azules y tiernos, la nariz bastante roma, la boca como otra cualquiera, y una papada capaz de dar cabida a otros ojos, otra nariz y otra boca, es decir, a otra cara de tamaño competente. En sus buenos tiempos, en la jornada de los quince a los treinta, había sido, si no una Venus de Milo, una muchacha muy pasadera: de facciones finas, talle delgado y cuerpo esbelto; pero de los treinta para adelante, la *demasiada* buena salud la había tomado de su cuenta y dado al trasto con sus delicadas facciones, su talle de sílfide y su cuerpo de semi-Afrodita, dejándola como un *modelo* de obesidad.

A la par del cambio físico, había ido en ella el moral. En cada arroba de peso que aumentaba, le mostraba el orgullo un nuevo motivo de nobleza y vanidad, como si la grasa estirara los pergaminos; y hétela

ya aumentándose nombres y pluralizando los apellidos que sus difuntos padre y esposo le dieran. Zoila Castillo llamábase a secas hasta los veinte años; en vísperas de casarse, o de *cazarla*, el novio la comparó con las flores, y dió la chica en firmar Zoila Rosa Castillo; casóse con el Dr. Monge, excelente médico, mal poeta y bastante loco, engordó un tanto, y se llamó Zoila Rosa de los Castillos de Monge; enviudó, engordó algo más, y ahí la tienen, para servir a Uds., de Zoila Rosa Blanca de los Castillos de los Monges, usando tarjetas de a palmo. Para concluir el retrato de Dña. Zoila que, vanidosa y todo, no era mala, basta añadir que en lugar de Rosa debía firmarse Girasol: tan voluble era su carácter de Eva casquivana.

Frutos del honrado matrimonio de la Sra. de los Monges, eran dos niñas por las cuales ella se perecía, y para cuya fina educación no había omitido gastos ni sacrificios. Llamábanse María y Francisca, o Maruja y Paquita, como las decían familiarmente apocando los nombres, sus allegados y amigos. Ambas tenían el mismo tipo, y se parecían con esa pura semejanza con que se parecen una rosa abierta y otra a medio abrirse. Eran rubias, muy rubias, y de ojos grandes y azules, en cuyo centro brillaban las pupilas como diminutas gotas de tinta china, sombreados por sedosas y crespas pestañas negras, y que miraban abiertos de par en par, con la vaga franqueza, con ese no sé

qué indescriptible de la inocencia. Maruja, que contaba a la sazón diecisiete años y era delicada y grácil con esa poética elegancia de las estatuitas de Tanagra, había salido poco antes del colegio y ocupábase asiduamente entonces en enseñar a Paquita, que contaba apenas ocho primaveras, todo lo que ella había aprendido en el internado, y que no era poca cosa.

La casa que ocupaban quedaba por ahí, ni cerca ni lejos del centro de la ciudad, y su aspecto aseado y alegre revelaba si no la holgura, la áurea medianía de sus propietarias. Tenía cinco balcones, de enrevesadas verjas, llenos de tiestos de flores, que Maruja y Paquita cuidaban con todo esmero. Cuando las dos salían a regarlas, habríase dicho que entre los geranios y claveles brotaban rosas.

Las prendas morales y físicas de Maruja, las gracias infantiles de Paquita y el trato rumboso de Dña. Zoila, habían atraído a la casa de la familia Monge un no muy reducido número de visitantes; pero entre los que la frecuentaban con más asiduidad y confianza, se contaban el Coronel Bartolo Pantoja, segundo jefe de un cuerpo de artilleros, y Angel Castillo, capitán de una compañía del mismo batallón, sobrino de Dña. Zoila, y al que Maruja, primero burla burlando y luego con todas sus fuerzas, sentidos y potencias, había entregado su corazón de chiquilla quinceañera. Iban para largo esos amores, y bien que Angel lo

merecía, y que pagaba amor con amor a su preciosa prima. Érase el mozo alto, arrogante, de pelo ensortijado y tinto y hermosos ojos garzos; en una palabra, érase un buen mozo y lo era de cuerpo y alma. Huérfano de padre desde su más tierna infancia, buscábase de todas maneras, con la laboriosidad de una hormiguita, los recursos necesarios para la vida, no tanto para la suya, que al fin y al cabo buenos pantalones se tenía para enfrentarse con las privaciones y sacrificios, sino para la de su madre, viejecita ya y herida de una afección orgánica e incurable y que por él se daría la vida.

El Coronel Pantoja ¡vamos! el Coronel Pantoja era bajo de cuerpo, panzón, moreno o más bien prieto, feo por dentro y fuera. Nativo de un apartado pueblecito de la costa que no ha merecido aún los honores de un diminuto puntillo en el mapa, surgió en una revolución y ascendió a la eminencia del coronelato, como ciertas bailarinas a la cúspide de la fama: por los pies, nada más que por los pies; merced a la agilidad inaudita de ellos saltaba muros, volaba sobre las zanjas, vadeaba, batiéndolos como un palmípedo, los esteros y los ríos, y corría, corría como un gamo hasta dar. . . . no con los enemigos ciertamente, sino con un lugar seguro para ocultarse; profesaba el principio de que «quien huye vive». Pero enseguida del combate, cuando los suyos rompían en dianas, asomaba indefectiblemente entre los primeros, sudoroso, jadeante, lu-



ciendo en el sombrero y la aleta de la camisa las huellas de balazos inverosímiles, imposibles; y hasta ensangrentado, sí, hasta ensangrentados los puños y el miedoso chafarote, pues donde encontraba un cadáver ahí era el pasarle de parte a parte a hurtadillas, y hétele de héroe. Un soldado de esos que se pasan de listos, le vió una ocasión una hazaña de éstas y le llamó el *Coronel Matamoros*; y si no llegó jamás a matar uno solo ni moro ni cristiano, sí llegó, como queda dicho, a coronel y a coronel efectivo. Como hoja de servicios para conseguir el grado, alegó una herida.... que por cierto la adquiriera al saltar un reducto mientras se batía heroicamente a cinco mil metros del enemigo, lo cual era matarse a quemarropa. Había que verle: cojín cojeando, pero con aires de Napoleón en Austerlitz, relataba a todo el mundo la escena de la *herida* malhadada: encuentra por ahí al bravo coronel tal, y, como un tigre cebado, se arroja sobre él blandiendo la espada y zas, zas, le vuelve una criba. Pero ¡qué desgracia! su contendor, al caer muerto, alcanzó a darle un sablazo formidable y ahí le tenían cojo, cojo para siempre y con una enorme cicatriz, aunque gloriosa, en su talón de Aquiles. Excusado decir que el *héroe* renegaba de ella, pues además de haberle vuelto la herida claudicante el paso, los pilluelos, con quienes iba a hacer cualquier día un San Quintín, habían dado en la flor de silvarle «*ataque*» donde le veían;

y en la peor aún, de trocarle su aristocrático apellido Pantoja en el ridículo mote de ¡Patojo!

Para terminar, como el que carece presume, era fatuo como un fuego de lo mismo, orgulloso como un pavo y tonto de más de la marca. Vio un día a Maruja en el balcón, la miró, la remiró y, llevándose la tosca mano abierta a la vicera del kepis, la saludó y la endilgó un piropo; pero tan desgarrado fue el saludo y tan sosa la galantería, que Maruja no pudo menos que sonreirse. Y el muy zandio, ignorando el *inmaturae sunt* de la fábula, exclamó con César "*Veni, vidi, vici*". Supo después que en casa de Dña. Zoila se cenaba bien y se hizo presentar incontinenti.



III

¡ San Antonio Bendito !

La muy respetable Sra. Dña. Zoila Rosa Blanca de los Castillos de los Mongés, estaba ese día de un humor insoportable. Con una agilidad inusitada en ella e impropia, al parecer, de su obesidad canónica, andaba de seca en meca, abriendo y cerrando puertas, removiendo los muebles, riñendo a la cocinera porque no le daba de almorzar temprano, y al paje porque había puesto la mesa muy demañana, y a la criada de manos porque no había barrido la casa, y a todo el mundo por un quítame allá esas pajas.

A eso del mediodía, se levanto de su sillón de brazos, en el que se había embutido dos minutos antes, rendida de cansancio y de fatiga a causa de sus vueltas y revueltas y de no haber dado paz a la sin hueso, en la persuasión de que estaba ocupadísima y sin haber hecho maldita de Dios la cosa.

—No, no,—dijo, cogiéndose a dos manos la cabeza,— si con este servicio, si con estas

chinas hay para volverme loca; si ya no tengo vida, pues si una no hace personalmente todo....

Y se quedó de pie mirando a todos lados sin saber qué hacer. Luego clavó los ojos en un San Antonio de media talla, que con el Niño Jesús sentado en un libro en la una mano y una varita florecida de azucenas de plata en la otra, estaba sobre una mesa, entre macetas y cirios, y se lanzó hacia él plumero en ristre, exclamando:

—¿No ven? mi pobre San Antonio bendito hecho una lástima, pues; lleno de polvo, y sucio, y.... no, no, si con esta Marujita tan descuidada.—En seguida, descargando una lluvia de plumerazos sobre el Santo y el Niño, gritó con su voz de contralto:

—¡Maruja! ¡Marujita!....

—Mamá?—contestó Maruja, entrando al cuarto, moviendo ligeramente los pulgares y los índices, entre los cuales zigzagueaba el *crochet* de metal, del que pendía oscilando una gruesa pelota de hilo rojo.

—Pero, hija,—dijo Dña. Zoila al verla:—¿por qué eres tan descuidada? mira cómo está de empolvado mi San Antonio bendito; siquiera por ser el Santo de mi devoción, debes limpiarle continuamente.

—Pero, mamá, si esta mañana no más le sacudí el polvo, y le puse esas flores y esas espermias para comenzarle la novena, replicó Maruja, sorprendida.

—Conque, novenita tenemos ¿no? y ¿qué novena?

—La que voy a hacerle pidiéndole.... una cosita.

—¿Algún milagrito?—preguntó la señora sonriendo maliciosamente.

—Tanto como eso, no, mamá.

—¿Entonces?

—Pidiéndole.... una cosita,—volvió a decir la chiquilla, acentuando la *i* y bajando la cabeza so pretexto de fijarse en el *crochet*.

—¡Una cosita, una cosita! ya te voy comprendiendo. Pero ¡qué inocente! pues, cualquiera le quita el Niño; no ves que el Santo, al verse solo hace el milagro, o las cositas, más pronto?

Maruja se echó a reír con toda gana y replicó:

—¿Ud. cree en eso mamá?

—Vaya que sí, hija!

—¡Palabra de honor!

—Pues sí, y por experiencia;—y haciendo un *pucherito*, continuó:—Cuando Joaquín me pretendía, hubo algunos chismes y enredos de los envidiosos, de los envidiosos hija, que nunca faltan; pero yo le hice una novena a mi Santo bendito, le quitó el Niño y las azucenas, y por último ¿oyes? le puse de cabeza; y parece cuento: antes de que terminara la novena, por ahí, por el octavo día, se aparece en el dormitorio, pero así en el dormitorio, hija.... ¡alma bendita!

—¡Jesús! ¿una alma? ¡Dios no quiera!

—¡Qué alma ni qué nada!.... Joaquín, Maruja, tu papacito, que venía a proponer-

me y arreglarlo todo. Desde entonces le rezo a mi San Antonio bendito un Padre Nuestro, Ave María y Gloria con *altífono*, todas las noches.

Dña. Zoila, que había vuelto a arrellenarse en su sillón mientras conversaba, y cuyo humor, por una de esas transiciones bruscas propias de su carácter voltario, se había dulcificado bastante, atrajo a Maruja a su lado; y viéndola fijamente, como para estudiar en la carita sonrosada de su hija el efecto que habrían de causarle sus palabras, la dijo sonriendo:

—Conque ¿como que te van gustando las charreteras, picarona?

Maruja, que estaba muy lejos de imaginarse que su madre le preguntara tal cosa, se puso tan roja como el ovillo que peloteaba constantemente, y bajó la cara sin contestar nada.

—Bien, muy bien,—continuó Dña. Zoila, mirándola con mayor insistencia;—«quien calla otorga», y te apruebo el gusto; tienes ya más de 15 años y es natural que pienses en esas cosas tan serias. El partido que has elegido, hija mía, no puede ser mejor.

Maruja, creyendo que su madre hacía alusión a Angel, sintió saltarle de gozo el corazón; y muy animada contestó:

—Pero, mamá, si no hay nada.... todavía.

—Pero ya habrá, hija mía, ya habrá,—replicó Dña. Zoila, con aire picarezo; y añá-

dió:—lo único que no me gusta es que seas tan . . . ¡vamos! tan malcriadita ¿oyes?

—¡Malcriada yo!—le interrumpió Maruja, mirando asombrada a su madre.

—Sí, hija, sí; ayer no más se me quejó amargamente el coronel de que le habías dicho no sé qué inconveniencia, y dejádole solo en el salón.

—Sí, cierto es que le dije que era un malo y un abusivo; y que salí dejándole solo.

—Mal hecho, hija, muy mal hecho; ¿no ves que el coronel puede disgustarse y no volver más? Y luego, decirle abusivo al coronel, que es una dama, pero así, una dama por su educación, por su delicadeza, por su valor, por . . . en fin, por todo; mal hecho, hija, pero así, muy mal hecho. —Al llegar a este punto, las miradas de Dña Zoila parecían leer algo nuevo en el corazón mismo de Maruja, a fuerza de penetrantes y escrutadoras.—Voy a dar el golpe de gracia a la cuestión,—dijo para sus adentros la señora,— y añadió:

—Decirle abusivo, decirle malo y dejarle solo a Pantoja ¡qué horror! Pues, chiquilla, debes saber que . . . los novios son a veces muy susceptibles ¿oyes? y que a lo mejor se largan.

Ni un rayo que hubiera caído a los pies de Maruja le habría ocasionado el efecto que las últimas palabras de su madre; quedó asombrada, aturdida, anonadada al escucharlas. Una palidez mortal se le difun-

dió por la linda caritilla, que ocultó entre las manos; y poco a poco fueron naciendo en su tierno corazoncito los sentimientos de odio, de ira, de repugnancia invencible, que, convertidos en frases de disculpa y de protesta, se agolparon en su garganta y volaron luego a chocar contra los oídos de Dña. Zoila.

—¡No, imposible!—saltó en consecuencia Maruja. Y sintiendo luego en su alma las últimas convulsiones de sus esperanzas que agonizaban de súbito cuando menos ella lo creía, púsose a llorar desesperadamente.

—Pero, Maruja, hija mía, no es para tanto lo que acabo de decirte—prorrumpió Dña. Zoila, alarmada con la conmoción que produjeran en la niña sus palabras.

Maruja levantó la cara y con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—¡Casarme con el coronel! no, no mamá, por Dios! Si ese hombre es un abusivo, y un feo, y un borracho, y un malo ¿oye? Figúrese Ud. que quiso.....

—¿Y qué quiso? dímelo, dímelo al punto, con confianza, con franqueza, como si lo dijeras a tu confesor.

—¡Quiso..... besarme!

—¡Quiso besarte!..... ¿Y en la boca?

—No, en la mano solamente.

Dña. Zoila, al oír esto, respiró a medias, como si de un gran peso que le hubieran echado encima le suprimieran una parte. Pero como la declaración de su hija no dejara de tener, a su juicio, una gravedad relativa, exclamó entre dientes:

—¡Atrevido!. . . .

—Sí, mamá,—contestó Maruja, que, gracias a su buen oído, percibió la exclamación de Dña. Zoila; y añadió:—es un atrevido y quisiera yo que no vuelva más a visitarnos.

La cuasi indignación de Dña. Zoila desapareció como por arte de encantamiento; y volviendo a su tema, siguió:

—Pero, hijita, ¿no has oído que el amor es ciego? Y luego. . . . en la mano. . . . ¡Vamos! mi pobre Joaquín hizo lo mismo conmigo, y yo le perdoné en seguida.

—Pero Ud. le ha de haber querido.

—Es claro, y mucho.

—¡Ah! qué gracia!

Dña. Zoila se sonrió al ver la inocente sinceridad de su hija, y tentándola de varias maneras, insistió en el ataque.

—Mira, Maruja,—la dijo,—no hay para qué negarlo: el Coronel te adora, te adora con toda su alma; y luego es costeño y. . . .

—¿Y a mí qué me importa?

—Y tiene plata, mucha plata, hija; y es noble ¿oyes? muy noble: estoy convencida de que es nuestro pariente inmediato; pues yo le oía contar a tu papacito que tuvo un tío abuelo que se fué a vivir en la costa, y que precisamente se llamaba Bartolo o Bartolomé.

—Mamá, por Dios,—objetó Maruja, riéndose de mala gana por lo del parentesco;—no me vuelva Ud. a decir nada de ese tipo, porque es un malo y un abusivo, y un tonto; y en fin, porque no le puedo ver ni

pintado; ¡no faltaría más!—Y sin reflexionar añadió:—en cambio, ¡Angel, es noble, es bueno, y es nuestro pariente . . .

Aquí, como que el rayo hubiera caído a los pies de Dña. Zoila: quedó a su vez confusa, aturdida, aterrada. La franca sinceridad con que le hablara su hija, le puso de manifiesto que sus amoríos con Angel andaban muy más avanzados de lo que ella lo sospechaba. En consecuencia, enrojeció de súbito, y con los ojos cual si quisieran saltársele de las órbitas, gritó mirando cara a cara a Maruja:

—¡Sí, ya lo sospechaba! ¡Me privo, me privo! Ese Angel había de ser, ese Angel! Ese pobrete, ese pillo, ese cholo por parte de madre; ese! ¡Ocasarte tú con Angel, no faltaría más!

Maruja sintió como que una mano férrea le apretara la garganta, que le latían violentamente las sienes, que se le encogía el corazón, y se puso a llorar de nuevo; pero no las candentes lágrimas de la ira, que abrasan, que corroen las entrañas, sino las amargas del desconsuelo que abaten y anonadan. Mas, como la lluvia ablanda los terrenos más endurecidos, así las lágrimas suavizan los corazones más encallados. Y la tempestad desatada en el alma de la hija, cayó convertida en sollozos y lágrimas en el corazón de la madre, ablandándolo y conmoviéndolo.

—Maruja, hija mía,—exclamó Dña. Zoila angustiada, levantando por las mejillas la



empapada carita de su hija y besándola en la frente. Luego, maldiciendo, en su interior su carácter versátil y violento, continuó:— No llores más, hija mía; guarda esas lágrimas para cuando yo me muera; calla, calla. ¿Sabes? en todo caso encomiéndate a mi San Antonio bendito para que te ilumine. Le vamos a escribir dos cartas ¿oyes? una tú y otra yo, pidiéndole ambas que haga lo que más convenga.

Un sollozo de la preciosa Paquita, que había escuchado todo desde el cuarto vecino, y que oyendo llorar a su hermana no pudo contenerse, les interrumpió de improviso.

— ¡Paquita, ¿por qué lloras?—le preguntó Dña. Zoila.

— Amor mío, calla,—exclamó Maruja.

Y la madre y la hermana corrieron para abrazarla y comérsela a besos y caricias.

— Paquita, toma, toma esto,—le decía luego Maruja, alargándole unas monedas entre beso y beso,—para que te compres una muñeca; las hay muy lindas en el portal, las hay de pelitos rubios, de ojos azules y labios muy rojos ¿no las has visto? ¡se te parecen tanto!

— Y también a tí, ¿no es cierto?—replicó Paquita.

— Bueno, bueno; ahora ándate con mama Negra para que las veas y escojas la que más te guste.

Cinco minutos después, Paquita, enjugándose con el dorso de la mano dos la-

grimones que titilaban suspendidos de sus crespas y sedosas pestañas, preguntaba a su niñera:

—Mama Negra, dígame ¿qué es casarse? La viejecita, sorprendida con la ingenua pregunta de la niña, no supo de pronto qué contestar.

—Pues... no sé, niñita,—respondió al fin sonriendo.

—¿Y los que se casan se van?—añadió Paquita.

—Pues sí,—contestó la niñera, por salir del paso.

—¿Y se van para no volver?—insistió la chiquitina.

—Pues sí, sí;—concluyó mamá Negra.

Paquita, cariacontecida, pero como quien busca la solución de un problema de gran importancia, se dirigió pasito a paso al cuarto de su madre, y al ver que estaba allí Dña. Zoila, escribiendo a renglón tendido, salió de puntillas para no interrumpirla y se dirigió al gabinete de Maruja; allí lo mismo: Maruja escribía también, mordiéndose de vez en cuando la puntita del plumero, mientras coordinaba sus ideas. Al fin, se llegó a su hermana muy quedito, para decirle con la voz embargada por cierto temor de delatarse.

—Maruja, dime ¿con quién se casan las mujeres?

La inocente pregunta de la niña, arrancó una sonrisa a la hermana, que, oprimiéndole las mejillas hasta hacerla entreabrir los

labios, como un botoncito de rosa, la besó repetidas veces.

—¿Con quién se casan las mujeres? pues.... con los novios.... pero.... —Y arrepentida de habérselo dicho, añadió:—ya lo sabrás cuando seas grande.

Paquita se quedó mirando a su hermana sin comprenderla. Luego concluyó:

—Bueno, ahora dame tinta, papel y un plumero para escribir las planas.—Y se puso ligeramente sonrosada, pensando llena de vergüenza de ella misma:

—¡Es pecado mentir!

En seguida, contenta con el recado de escribir que le diera su hermana, corrió a ocultarse allá, ~~el~~ en un apartado rinconcito donde tenía sus juguetes. Poco rato después con la una mano en la sonrosada mejilla, la mirada en vago, con el plumero listo, y delante, sobre la tumbada casa de muñecas, un medio pliego de papel, blanco como su alma y limpio como su conciencia de ocho años, abstraída y pensativa, daba y cababa en la manera de comenzar la carta, en las cosas que diría en ella y el modo de terminarla. Una idea luminosa vino a sacarla de perplejidades y vacilaciones: por ahí, metidas en un cajón, había muchas cartas viejas, amarilladas por el tiempo, y dirigidas a su papá por un compadre de él y amigo de la casa; en una de ellas aprendería como empiezan y terminan las cartas. Lo que diría en la suya correría de su cuenta. Pensarlo y hacerlo todo fue uno.

Luego, sujetando el plumero con las puntitas de los dedos, en cuyas yemas diminutas había ya manchitas de tinta, con una ortografía reñida con las erres y las eses, escribía la carta en letras grandes, medianas y chicas, que parecían darse de cabezadas:

«Al Sor. Dor. D. San Antonio.

Presente.

Mi querido amigo y compadre»:

Aquí de los apuros. Apoyó de nuevo la mejillita en la palma de la siniestra, se acarició la barbilla con el cabo del plumero, se mordió y remordió los rojos labios, miró en contorno, y nada. . . . Al fin se resolvió, y letrita tras letrita fue escribiendo:

«Le encargo que se mueran todos los novios, pero toditos, para que no se case la Maruja; porque si se casa la Maruja se ha de ir para no volver; y si se va la Maruja no he de tener yo quien me enseñe a leer, a rezar y a coser. Y he de llorar yo mucho».

—Bien,—pensó Paquita, y con aire de triunfo añadió para sí:

—Esto era lo más difícil; ahora copio lo que sigue, le pongo mi nombre y se acaba la carta; y escribió:

«Su afmo. amigo y capellán

Paquita Monge»

Concluída la carta, la leyó y releyó palabra por palabra, remirándose en su obra; y cerrándola en una porción de dobleces, la ocultó en un cajoncito de la diminuta cómoda de las muñecas.

Al día siguiente tres cartas fueron depositadas en el buzón de San Antonio, en la capilla de Cantuña: la de Dña. Zoila, que le pedía calurosamente al Santo bendito de su devoción que le tocara el corazón a su hija, a fin de que se casara con Pantoja y no con Angel; la de Maruja, que le rogaba por el arreglo de su matrimonio con Angel y no con Pantoja, que era un *malo*; y por último la de Paquita, que le *encargaba* la muerte de todos los novios. A esta carta, suelta a hurtadillas, acompañaron unas moneditas: las mismas que Maruja le diera para que comprara una muñeca.



IV

Por do más pecado había

«Me encanta el color azul—había dicho Da. Zoila, allá en sus buenos tiempos, cuando se proponía arreglar el salón de su casa;—me *priva* el color azul por.... por.... y se había quedado pensando en el por qué de su extraña predilección.—¡Ah! el cielo era azul, y nada más hermoso que el cielo; azul era su sangre y nadie más noble que ella; azules sus ojos y los de sus hijas, y que le dieran ojos más bellos!....—Pues ¡todo terno!—concluyó, y en consecuencia, le echó un papel azul, un tripe azul, cortinas azules; hasta el magnífico Pleyel, que parecía reirse como un negro atezado luciendo su espléndida dentadura de marfil, permanecía por ahí, en una esquina, medio embozado en su cubierta de bayetón azul.

«Todo es azul aquí,—observaba Maruja, paseando sus miradas por todos los ámbitos del aposento, medio recostada en una mecedora de Viena, en la que se balanceaba impulsándola con sus piesecitos de Cenicienta;—todo es azul aquí: el papel, el piso, las cortinas, el forro del piano y hasta mis ojos;

¡Dios mío! sólo mi porvenir está oscuro y mis pensamientos negros; ¿qué digo negros? están.... rojos, muy rojos! Me parece que cuando se piensa en una persona a quien se aborrece; en un hombre malo, los pensamientos son rojos, rojos como el pantalón del coronel.... ¿Usa pantalones rojos Angel?... No, él no los tiene sino blancos y azules; si los usara colorados, yo se los quitaría.... ¡qué digo! le aconsejaría que se los quitara.... ¡Qué cosas se piensan!»

Maruja, interrumpiendo aquí su monólogo de chiquilla nerviosa y fantástica, se levantó de súbito y comenzó a dar vueltas por el salón, deteniéndose de cuando en cuando a cada ruidito que escuchaba, con esa intranquilidad, con esa inquietud, propias de los que esperan alguien con grande impaciencia.—«Tres días de no venir, pensó, es una desconsideración atroz, es atormentarme demasiado; pero.... quién sabe ¿talvez le ha pasado algo? ¿talvez le ha sucedido alguna desgracia?... Apostaría yo a que el famoso coronel le ha puesto preso sólo por aquello de la llamada de oficiales; y eso sí que no lo soportaría yo ni le perdonaría nunca».—Y suspirando entre encolerizada y triste, se quedó pensando en las cosas que le diría a Pantoja, caso de ser cierto lo que ella se imaginaba. Un rayo de plateada luz, que al penetrar por la ventana proyectó a lo largo del tripe la sombra de las barandas y tiestos del balcón, vino a sacarla de sus reflexiones y a hacerla olvidar por un momento sus temo-

res de niña y sus propósitos de enamorada. Era la luna que elevándose cual «hostia santa» sobre las tijereteadas crestas de los Andes, se mostraba recamando de oro los contornos de tres o cuatro jirones de nubes negras. Sus rayos oblicuos, reverberando primero en la alta frente del Cayambe y las cumbres dentadas de la cordillera, corrieron rápidos a titilar en las hojas de los bosques, a investigar los secretos de los valles, a serpear en los arroyos, a cabrillear en los «temblorosos círculos concéntricos» de los remansos, a trocar en fastasmas misteriosos los arbustos y las piedras, para asustar a los chiquillos cobardes y las mujeres crédulas; a multiplicarse, en fin, en los vidrios de las ventanas, para decir a los serenos que apaguen las lámparas, a los niños que jueguen, al viejecito que se acueste, al romántico que se pasee y al poeta que cante....

Maruja, de ardiente corazón y amiga de dar suelta a «la loca de la casa»: la fantasía, quedó extasiada contemplando tanta maravilla; abrió los labios y desató la vena de la poesía recitando a media voz los conocidos y exquisitos versos de Diego Fallon:

«Ya del Oriente en el confin profundo
la luna aparta el nebuloso velo,
y leve asienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

«Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía
y la insondable oscuridad por manto».

.....

Y por aquello de que la Poesía es hermana legítima de la Música, y gustaba Maruja de traerlas juntas, antes de terminar la bella composición del vate colombiano, se acercó pausadamente al Pleyel, y con sus ágiles manecitas le arraucó torrentes de armonía con la romanza de Pierrot a la luna, ¡ay! tal vez pensando con tristeza en Calombina!

Tres sonoros golpes dados en la puerta del salón, vinieron a interrumpirla. ¡Angel! pensó Maruja, levantándose vivamente.

—Adelante, mi capitán.

—Buena noche, niña María,—saludó el Coronel Pantoja, entrando y tendiéndole ambas manos.

Maruja dió un traspié, y a duras penas pudo contener un gesto de disgusto y repulsión.

—Buenas noches,—contestó secamente extendiéndole a su vez la mano, que Pantoja estrechó y sacudió con tal tosquedad que dejó impresos en ella sus enormes dedos.

—Tome Ud. asiento, coronel.

—Gracia, niña María, mucha gracia. ¿Y la mamá?

—Está perfectamente; voy a llamarla enseguida.

—No, no; eperé uté, niña María.—Y tomándola groseramente por el brazo, trató Pantoja de sentarla junto a sí, añadiendo:—tengo necesidá de hablá con uté a sola ¿entiende?

Maruja se redimió violentamente de las manos del amartelado militar; y mirándole despreciativamente, le preguntó al salir:

—¿Qué es de Angel?

—¡Angel, Angel! siempre lo mismo,—balbuceó el coronel, variando de tono y de color; luego añadió en voz más alta:—Pue ese tipo etá arretao po mi orden, desde que se hizo tarde a la llama de oficiales.

Una maligna sonrisita le bullía entre los bigotazos, mientras a la niña se le estremecía el cuerpo con un calofrío de temor.

Un instante después, Maruja entraba nuevamente al salón en compañía de Dña. Zoila. Algunos amigos de la casa entraron también en ese momento.

Iniciada la conversación, después de los cumplidos de ordenanza, comenzó su *lata sempiterna* el Coronel Pantoja:

—Pue sí, niña María,—dijo torciéndose los bigotazos y montando una pierna sobre otra,—entienda utó que yo soy libre pensador y ateo; pue como dice nuestro D. Juan, lo freiles son uno piyos y uno embaucadores, y la monjas una retrógradas y ocu-rantistas y ultramontanas ¿entiende uté?... y uno cobardes; pue en el combate de Cal-ceta....—Y se puso a contar por centésima vez, sin poner mientes en la mala cara que le ponía su auditorio, cómo en ese combate «lo freiles, lo clérigos y lo obipos,» habían incendiado esa población, y huído luego como gamos por las montañas, y recibido él, Bartolo Pantoja en persona, mientras se

batía como un desesperao, como un condenao, la famosa herida en el talón; y que el Coronel Fulano y el soldado Perencejo eran unos valientazos que se habían batido ahí, «precisamente tras él no más».

La inesperada presencia de Angel, que entraba saludando a todos con el aire marcial y distinguido que le era peculiar, vino a interrumpir al fastidioso charlatán que no pudo ocultar su disgusto.

—¿Y qué se le ofrece a uté? ¿no estaba uté preso po mi orden?—le preguntó, viéndole ferozmente.

—El primer jefe tuvo a bien poncrme en libertad,—contestó Angel, sentándose junto a Maruja que no cabía de contento.

El coronel dió un resoplido y se calló.

Paquita, con el pelo suelto que en profusos y sedeños bucles le caía sobre la espalda y los hombros como una aurea cascada, denunciando el baño de entre día, entró en ese momento, muy despacito, con la timidez y cortedad de los ocho años.

—Saluda, hijita, saluda a los señores,—la dijo Dña. Zoila al verla.

La chiquitina, roja de vergüenza y con voz casi imperceptible, saludó y se fue a sentar junto a su mamá; pero Pantoja, tomándola por un bracito; quiso atraerla hacia sí, mientras la señora la decía impulsándola suavemente.

—Acércate, hijita, acércate al coronel que te quiere tanto; no seas tan *chagrita*.

—No, no,—respondió Paquita, resistiéndose;—si le hiede la boca a aguardiente.

Pantoja bramó de ira... y de vergüenza. La embriaguez, su viejo y favorito vicio, iba a deshonrarle también allí, allí...

—¡Calla, malcriada!—saltó Dña. Zoila, al oír la ingenua respuesta de su adorable *enfant gaté*, poniéndose no menos roja que el coronel. Y por interrumpir de cualquier manera el embarazoso silencio que las palabras de su hija ocasionaran, añadió: —bueno, hijita, ahora vas a cantar esos versos tan lindos: — «¿Y a dónde te encaminas con ese gran mantón de Manila y ese lindo vestido chiné?» ¿Oyes? A ver, comienza: «Y a dónde te encaminas».... Y la impulsó hacia el medio del salón, dándole entre dientes el principio de la entonación.

—¿Cantar? yo?... no, mamá,—contestó Paquita, con una mirada de súplica; si no sé, si no me acuerdo de esos versos.

—¿Que no te acuerdas? ¿que no los sabes?... ¡Ah, mentirosita! ¡Vamos! empieza: «Y a dónde te encaminas»....

—No, no,—volvió a decir Paquita, alzando los hombros; pues realmente no recordaba aquellos versos; mas, por no contrariar a su mamá, añadió:

—Más bien declamaré los versos a la Virgen, que me enseñó Maruja.

El coronel, herido aún por las palabras de la niña, y que al oír hablar de Dios,

de la Virgen, de algo, en fin, que supiera a religión, no podía callar, lanzó por su inmunda boca un término soez y ¡horror! una blasfemia torpe, capaz de erizar los cabellos a los soldados mismos de su batallón con la expectativa de un castigo terrible, como una lluvia de fuego o un rayo que estallara entre ellos. Dña. Zoila, Maruja, Angel, todos quedaron aterrados y sintieron hervir la indignación dentro del pecho.

—¡Uy! mira lo que dice!—exclamó temblando Paquita; y como huye un polluelo a ocultarse bajo el ala materna cuando ve cernerse sobre él al gavilán, corrió tapándose los oídos con las manos abiertas, a ocultar su carita pálida como el pétalo de un lirio, en el regazo de su madre.

El coronel estalló en una ruidosa carcajada y gruñó entre dientes:

—Lo freile tienen la culpa, lo freile y la monjas que educan así tan mal a lo chiquiyos.—Y tratando de dar una fumada al enorme cigarro que daba las vueltas entre los dedos, y cuyo extremo había reducido a repugnante escoba a fuerza de mascarlos, se lo metió a la boca... por el lado de la brasa. Un grito bronco, mitad gruñido de cerdo, mitad rugido de tigre, y el acre olor de cerda quemada, llenaron el aposento.

—¡Por donde se peca se paga!—exclamó Maruja.

Durante buen rato no se oyeron sino las risas comprimidas de caseras y tertulianos.

Pantoja, que escupía una baba negruzca y fragmentos de ceniza mojada, en un pañuelo cola de gallo, permanecía en profundo silencio sin saber cómo acallar las explosiones de risa que de tiempo en tiempo iban a repercutirse en su cerebro, calentándole la sangre hasta hacerle arder más que la llaga que llevaba en los labios y en la lengua.

—¡Bata, bata de risas, cagcajo!—gritó al cabo con acento ronco, mirando a todos, en particular al capitán, con ojos de basilisco.

—Vamo a ver, niña María, toque uté *su tocaya* en el piano y déjese de cosas,—añadió dirigiéndose a ésta.

—¡Mi tocaya?

—Sí, su tocaya. «Cobré impaciente mi valor perdío» ¿entiende?

—¡Ah! ya caigo; quiere Ud. que cante «La María»; muy bien. Y lo que nunca, sin hacerse de rogar del coronel, se dirigió al piano diciendo:—Pero, coronel, voy a tocar primero *su tocayo*.

—¡Mi tocayo?

—Sí, su tocayo;—y Maruja ejecutó con maestría el toque uno y trece o «ataque», que Angel le enseñara pocos días antes.

Pantoja gruñó de rabia; y todos en particular Angel, rieron a todo trapo.

—¡Silencio! eto e por demá ¡cagcajo!—exclamó luego, fuera de sí de ira y de despecho;—nadie se *burlea* de mí, y meno uté so capitancito.—Y sin dar la mano a nadie

se despidió con un «¡Buena noche!» y salió paso a paso, mientras la sonrisita del que medita en una venganza le bullía entre los hirsutos bigotes.

Paquita, poniendo entonces las manos abiertas a manera de orejas, le gritó:

—¡Bar - to - lo!—encogiendo y extendiendo los dedos.

—Realmente, hija,—decía Dña. Zoila a Maruja un momento después,—mal hombre es el coronel ¡quién creyera! No sé cómo no me morí oyéndole semejante blasfemia,

—Vaya si será un malo! ¿no se lo decía yo, mamá?—contestó Maruja.

—Un malo y un tonto! —concluyó Paquita.

A las once de la noche, después de haber cenado la jícara de chocolate *de familia* con sus respectivas tajadas de queso y pan, «cada mochuelo a su olivo», las visitas desocuparon el campo. Sólo quedaron en el salón Dña. Zoila, que embutida en su sillón cabeceaba de sueño, y Angel y Maruja que junto al piano, conversaban en voz baja.

—Mira,—le decía el capitán,—no me gusta que las cosas sigan así, te lo repito; habla, por Dios, con tu madre, ruégale, suplícale.... Cuéntale, en último caso, que los dos tenemos nuestro compromiso: quizás así acceda. Y luego, ahora es cuando, aprovecha de la malísima impresión que le causó la torpe blasfemia del coronel. Pre-

para, pues, el campo a fin de que pueda venir mi madre a pedirle tu mano, para que dentro de un mes, el día de tu santo, seamos los dos....

—Marido y mujer ¿no? le interrumpió Maruja, poniéndose muy colorada y riendo infantilmente.

—Sí, amor mío, sí;—asintió Angel, tomándola de las manos y acariciándoselas;—marido y mujer.... ¡Cómo me he de inebriar entonces de dicha y felicidad!

—Pero hasta entonces, Angel, no viviré tranquila ni un momento.

—¿Y por qué?

—Porque.... francamente.... No sé cómo decírtelo. En fin, porque no me gusta que seas soldado. Mira, el coronel te odia y pudiera hacerte algún mal. Pide tu baja, por Dios, pídelo pronto.

Un presentimiento sombrío aleteó en el corazón de Angel.

—¡Mi baja!... Pero, Marujita, me gusta tanto la carrera militar, contestó el mozo; si es tan noble y tan honrosa y....

—Sí, será todo lo noble y honrosa y provechosa que tú quieras; pero aquí.... ¡no!—replicó Maruja.

—¡Y mi madre?—siguió Angel, suspirando tristemente;—sabes tú que está tan viejecita y tan enferma y que yo no tengo sino mi sueldo para sostenerla.

—Cierto, Angel, cierto; pero en cambio yo.... tengo algo.

Angel, por toda respuesta, le oprimió la mano dulcemente.

Un momento después se despedía y salía de puntillas para no despertar a Dña. Zoila que dormía profundamente. En la puerta ya, dijo a su novia en voz baja:

—Tú lo quieres, Maruja: mañana pediré mi baja.

En el zaguán, oyó una voz aguardentosa que le decía:

—¡Alto ahí, so capitancito! quiero tomarme una cuentitas. Y una mano torpe vagó por el aire en busca de su garganta: eran la voz y la mano de Pantoja, que había esperado la salida de Angel *pa romperle la muelas*.

—Oiga uté,—continuó la voz,—cuenta con que vuelva a poner lo pies en eta casa; se lo prohíbo ¿entiende?

—Coronel, usted mandará en el cuartel, pero aquí. . . mando yo,—contestó Angel,—sacando el cuerpo a una bofetada que le tiró Pantoja.

—¿Conque uté? . . . Atrevido!

—¡Sí, yo! Y cuidado, mi coronel, que aquí nadie nos ve y pudiera irle a usted muy mal.

El coronel, por toda respuesta, le dio un segundo golpe que Angel pudo parar con el brazo izquierdo, mientras con la derecha le descargaba, a su vez, un puñetazo tan fuerte y certero que tiró por tierra a Pantoja cuan largo era; luego le propinó

una lluvia de mojicones con los que le puso fuera de combate.

—Bata, capitán! gritaba el coronel, ahogándose con la sangre que se le iba tragadero adentro.



V

Otra vez San Antonio

Diez minutos más tarde, el coronel mirándose y remirándose en un espejo, y tentándose sus labios quemados y su dentadura diezmada, decía para su capote:

—¡Barajo! me ha molío el Angelito: «puñetazo e serrano pataa o mula»; y luego quemaura y puñetazo en la mimma boca! . . . ¡Baray! Y se quedó pensando en el dicho de Maruja: «Por donde se peca se paga».

—Decididamente, no puedo dormir,—decía Angel, tarde de la noche, con la cabeza hecha una grillera, renegando del calor, y luchando a *pierna* partida con la sábana que se deshilachaba por usurpar las funciones de las bufandas, subiéndosele al cuello.—Y con estos continelas que gritan y gritan como si quisieran despertar al barrio entero. . . . Pero qué voy a dormir, si me pasan cosas y casos! . . . Lo ocurrido con el coronel, viéndolo bien, fué terrible y muy grave: si había un testigo no más, no contaba yo el cuento, pues el tipo ese

me hacía fusilar como tres y dos son cinco; y ni otra cosa se quisiera ¡vaya! enamorado perdido de Maruja. . . . Tanto o más que yo, puesto que ella le desdeña: así es la humanidad. Pero qué mujer tan rara, tan incomprendible es Dña. Zoila, mi presunta suegra, o más bien mamá política: ese aumentarse de nombres, ese pluralizar los apellidos que su padre y esposo le dieran; y ahí es nada todo eso: la buena cara que le hacía al coronel, y, como no es un mal juicio, las ganitas que tenía de atraparle para su hija. ¡Y a qué tipo! Por que, francamente, y a bien que nadie me escucha; el tal Bartolo Pantoja no pasa de ser un sujeto feo como sus nombres, y un soldado burdo, y un cobarde, y un borracho, y un perverso. Si al menos no charlara ni fuera tan fanfarrón. Pero, eso sí, esas ganas de Dña. Zoila se le pasaron de seguro: así fue el ceño que le puso al coronel cuando se le ocurrió a éste blasfemar tan tontamente; y como, dígame lo que se dijere, la madre de Maruja es una señora profundamente religiosa y buena, con su carácter voluble y todo. . . . Si es tan virtuosa la pobre, que ha de preferir mil veces ver muerta a su hija antes que casada con un impío, con un blasfemo. Así pues, mi coronel, ¡nones! Gracioso, un mono que se lleva un mico. Y cómo se ha de casar Ud., tan tonto y tan feo, y malo sobre *hermosura* tanta, con Maruja, con Marujita, tan inteligente, tan bonita, tan inocente,

tan pura y tan buena ¡qué barbaridad! Lástima, no me acuerdo de aquellas palabras que aprendí en el colegio.... En fin, supongamos: *melem non fecit.... bocam asnorum*, o *burrorum* que allá se van a dar. Más, qué latinajo me salió; en todo caso, «verso no será, pero es la pura verdad». Y también es la pura verdad que mañana, salga el sol por donde quiera, hago dos peticiones: la de mi baja.... a Dña. Zoila Rosa Blanca de los Castillos de los Monjes.... y la de la mano de Maruja.... al Gobierno....

Diríase que el pobre mozo iba a volverse loco a fuerza de dar y cabar en su situación actual, en la de Maruja, en lo que acababa de ocurrirle con Pantoja, en la marimorena de cosas. Así y todo, al fin y al cabo, se durmió como un lirón. A la mañana siguiente se despertó sobresaltado, soñando que el famoso D. Bartolo le había atado una soga al cuello, de la que tiraba y tiraba hasta ahorcarle; y se llevó instintivamente las manos a la garganta: la sábana se le había envuelto en ella como una bufanda descomunal.

Tampoco Dña. Zoila durmió bien aquella noche memorable: la blasfemia del coronel le resquemó de tal manera los oídos, que no parecía sino que el badulaque le hubiese aplicado a ellos la brasa de su cigarro. Apenas comenzaba a conciliar el sueño, se despertaba dando un salto en el

lecho, cuyos tibios cobertores andaban cada cual por su cuenta.

—¡No, no!—se decía a las siete de la mañana, poniéndose los fustanes aplanchados que sonaban como un huracán;—¡hase visto un insolente! ¡cómo no le mandé a pescozadas en el acto a ese bribón? ¡Maruja, Marujita!....

—¿Mamá?—contestó ésta, asomando por la puerta a medio abrir su carita un poco pálida y en la que se adivinaban también las huellas del insomnio.

—Ven, hija, ven.... Mira como está mi San Antonio bendito: cubierto otra vez de polvo, de telarañas, de....—Y dócil a su tema, púsose a darle de plumerazos.

—Pero, mamá,—arguyó Maruja,—si está limpio, *hecho un anís*.

Dña. Zoila, se quedó mirándola entre risueña y triste; luego lanzando un suspiro, tomó al Santo por los brazos, y sin ningún acatamiento, le plantó de cabeza.

—¡Pero, mamá!....—volvió a decir Maruja, en tono de súplica.

—Si no hago nada malo,—contestó Dña. Zoila,—no hago si no ponerle a mi Santo bendito con los pies para arriba, como lo ves, a fin de obligarle a que me obre un milagro muy grande: el de que el tal Pantoja no vuelva a pisar mi casa. ¡Ay, hija, qué noche me ha hecho pasar ese blasfemo! Sin pegar los ojos, hija, sin pegar los ojos ni un minuto, ni un segundo.

—¡Qué horror de blasfemia, mamá, qué horror! Tampoco yo he pegado los ojos en toda la noche con la impresión y la cólera. ¿Y no le decía yo a Ud. que ese hombre era un malo?

—Cierto, hija mía, cierto; por algo dirán que las chiquillas y los locos hablan la verdad. Dejarse decir semejante monstruosidad! Y lo peor, Maruja, delante de Panchita, de esa cándida paloma! La pobrecita se ha amanecido de claro en claro de miedo del tal Pantoja: no faltaba más. Bueno, pero conversaremos sentadas, hija; ven acá.

Madre e hija se sentaron al borde del lecho, destendido aún y tibio.

—Y ¿sabes?—continuó Dña. Zoila,— el coronel no es rico; es pobre de solemnidad.

—¡Qué va a ser rico! si lo fuera, no estuviera de soldado,—contestó Maruja con aplomo.

—Y no es noble tampoco; no pasa de ser un zambo ordinario.

—Basta verle la cara y el comportamiento; los nobles no son tan feos, ni dicen esas cosas tan horribles.

—Y no es nuestro pariente, hija, ni lo ha pensado; ahora que me acuerdo, el tío abuelito de tu papá, no se había ido nunca a la costa, sino al lado contrario, al Oriente, a buscar oro; de ahí viene nuestra totuma de plata.

Maruja, que fluctuaba entre decir o no a su madre lo que Angel le había recomen-

dado tan calurosamente, casi no prestó atención a las últimas palabras de Dña. Zoila. La ocasión no podía ser más calva, pero cierto temorcillo la contuvo, hasta que la señora misma se encargó de sacarla de apuros, diciéndola:

—Conque, te saliste con la tuya, picarona, ¿no?

—¿Con qué, mamá?

—Pues con la de que el Santo te haga el milagro.

Maruja sintió saltarle de gozo el corazón, y estuvo a punto de arrojarle en brazos de su madre para cubrirla de besos y caricias; pero fingiendo no comprenderla, exclamó:

—¡Con el milagro? . . .

—Sí, hija sí: no te hagas la inocente. De creerse que mi San Antonio bendito en persona le pusiera semejante cosa en la boca al tal Pantoja, a fin de que le conociera yo cuanto antes con sus pelos y señales, y así te libertaras tú. Luego por una de esas contradicciones en que incurría a cada paso, añadió:—Si bien no me gustaba ni un poquito ese matrimonio.

Realmente, pensó Maruja, si este no es un milagro, no sé que pueda ser. Y con el alma toda en los ojos abiertos de par en par, lanzó una profunda mirada de gratitud al Santo, que con su venerable calva pegada al tablero de la mesa, estaba que daba compasión.

—Mamá,—dijo entonces,—ya ha hecho el milagro, ahora pongámosle de pies.

—No, hija, no,—contestó Dña. Zoila, deteniéndola por el brazo, firme en su propósito de tenerle de cabeza;—así le he de tener a mi Santo bendito, hasta que me haga el milagro de ahuyentar de mi casa al tal Bartolo.

—Mamá, ese milagro corre de mi cuenta.

—No, Maruja, no, ¡cuidado con ese soldadote! ¿no he vivido diciéndote que es un malo? te puede faltar, hija, te puede faltar.

Maruja no contestó; estaba preocupada sin saber cómo abordar la segunda parte de la cuestión: su matrimonio con Angel. Al fin entró en ánimos y dijo:

—Mamá, oiga, tengo fe en que su Santo bendito va a concederme otro milagro, y . . .

—Pero si ya está hecho, hija, y tan hecho!—la interrumpió Dña. Zoila, riéndose maliciosamente.

Maruja, fuera de sí de gozo, abrió los brazos, se colgó del cuello de su madre y le cubrió el rostro de apasionados besos.

—Hija mía, Marujita mía,—añadió Dña. Zoila, besándola a su vez;—te casarás con Angel, sí, con tu Angel tan querido. ¿Sabes? «no hay mal que por bien no venga»: la blasfemia del tal Pantoja sirvió para que conociera a fondo a éste y también a mi sobrino; demostró Angel una ira, hija, y una repugnancia propia de las almas bien nacidas y de las personas bien educadas.

Y mi sobrino sí que es noble, hija, muy noble.

—Si, mamá, es nobilísimo en todo sentido.

—Pero así, muy noble, hija; del ancho de la seda, como que su padre fue de la Nueva Granada. Y no es cholo ni por parte de madre, pues Dña. Dolores es muy decente ¿oyes? como que es de las primeras familias de esta ciudad. ¡Ay! viuda de mi hermano, pues, de mi pobre hermano Agapito, que «con me muero, me muero, me muero», se murió, hija, se acabó sin más ni más.

Mientras Dña. Zoila hablaba a borbotones, dos gruesas lágrimas le corrían por las mejillas. Maruja, a su vez, se enjugaba los ojos con un pañuelito de batista.

—Y bien, mamá,—continuó Maruja, con la voz embargada por la gratitud y la alegría;—hoy debe venir.... debe venir....

—¿Angel?

—No, mamá, la madre de Angel, para.... para pedirle mi mano para él.

—¿Quién? ¿Doña Dolores? que venga, hija mía, a cualquiera hora, que será bien recibida, como ella lo merece. Pero, eso sí, mucha dignidad, Maruja ¿oyes? mucha dignidad; así como quien no quiere la cosa; no vaya a creer que tú le has buscado. ¡Hubieras visto cómo me porté con mi difunto Joaquín!. . . . Eso sí que fue bueno.

VI

«¡Oh, gratos sueños de color de rosa!»

¡Qué días aquellos para Angel y Maruja! Se diría de los dos que eran los gemelos de Siam unidos por los brazos. No se les veía sino juntos, en animadas chacotas, o engolfados en diálogos, en los que, con las manos entrelazadas, cuchicheaban largas horas, mirándose con unos ojos. . . . ni más ni menos que si sus almas apasionadas se hubieran asomado a ellos para verse más de cerca y hablarse cara a cara, contándose lo que sentían, lo que pensaban, lo que recordaban, lo que presentían, lo que esperaban. Un idilio constante. Y no parecía sino que ambos guardasen con religioso cuidado, allí, en lo más recóndito del pecho, el mismísimo cántaro de la lechera rebozando en proyectos, ilusiones y esperanzas. Había que verles muchas veces, novísimos Pablo y Virginia, «con el alma en los ojos comprimida» mirarse y remirarse, sumergidos en las dulces aguas de la dicha, hasta que Angel, sin poder decir a

puras emociones, esta boca es mía y tuya, terminaba por hacerle una caricia a Maruja, que con los tintes del pudor en las mejillas y una amorosa sonrisa en los labios, le reñía:

—Es Ud. un malo, mi capitán.

Y no era para menos el buen humor, la alegría, la felicidad que les embriagaba: los días, los tiempos anteriores, no habían tenido nada para ellos de color de rosa y sí mucho de sombrío y hasta de lóbrego. Sombria había sido Dña. Zoila para Angel, y lóbrego, muy lóbrego el Coronel Pantoja para Maruja; mas, a la sazón, todo marchaba a qué quieres boca, a qué quieres corazón: Dña. Zoila, como un astro de ventura, derremaba sobre ellos luces de color de rosa; y la lobreguez. . . . por ahí se estaría con la sourisita de la envidia erizándole los bigotazos. ¿Qué les importaba?

—¿Y sabes? todo, pero todito se lo debemos a San Antonio,—decía con acento de persuasión Maruja a su novio, en uno de los larguísimos diálogos que sostenían todos los días.

—¿Y por qué se lo debemos todo a San Antonio? ¿podiera Ud. decírmelo, señorita novia?

—De mil amores, mi capitán.

Y entre risas, bromas y suspiros, Maruja le refería la eterna historia: la pretensión descabellada de su madre de casarla con Pantoja; sus protestas y lamentos; su sentida carta a San Antonio, y la interesa-

da de Dña. Zoila; el milagro, en fin, del cambio de su mamá, por aquello de la blasfemia de Pantoja; todo, todo.

—Bueno ¿y qué emociones sentiste cuando vino mi mamá?

—«Menos averigua Dios y perdona» ¡Pero qué momento aquel! Desde el instante en que partiste para enviarle a tu madre, hasta que vino la señora, no sé si pasaron minutos o años: salía a la ventana, me sentaba al piano para levantarme enseguida, tomaba ya una cosa, ya otra, no estaba en ninguna parte tranquila y no atinaba a hacer nada. Cuando, de repente, oigo una voz muy tierna y muy dulce que me dice: — «¡Hijita!»

Yo no pude contenerme y llevada de mi turbación ¿sabes lo que contesté? — ¡Mamá! — ¡Jesús, qué tal chasco tan atroz! No se cómo la dije que entrase al salón; lo cierto es que cuando ya estaba sentada allí, en ese puesto, continuó: — «Hijita mía, deseo hablar con tu mamá a solas: llámala».

Sólo entonces volví en mí; y con las sienes que me latían y el corazón que me palpitaba fuertemente, salí a llamarla. Y ¿sabes? me escondí luego en ese cuarto para oirlas. Se abrazaron cariñosamente nuestras mamás y comenzaron a hablar primero de cosas indiferentes. La tuya se quejó de que tenía los pies y las manos muy hinchados; de que se fatigaba mucho sin

motivo ninguno; de que tenía ahogos; de que se asfixiaba; en fin....

Un suspiro de Angel vino a interrumpir el animado relato de Maruja, que arrepentida de las últimas palabras, volteó la hoja.

—Qué deseos tenía yo de que pronto hablaran de los dos,—siguió,—pero mamá se pone a contar lo de San Antonio de principio a fin, y luego ambas se quedan calladas como unas muertas. Al cabo tu madre habló: —«Pues vengo, Zoilita,—dijo,—a pedirte un pedazo de tu corazón, algo de tu alma: tu hija Maruja para».... —Sí, Doloritas,—le interrumpió mamá;—cierto que me arrancas un pedazo de mis entrañas; pero mi San Antonio bendito así lo quiere, y ahí está mi hija para que haga la felicidad del tuyo.—Enseguida se pusieron ambas a llorar como si nos hubiéramos muerto; y a hacer, entre sollozo y sollozo, unos elogios de los dos, una apología que no había más que oír. Lo último de que trataron fue de la fecha en que debemos.....

—Ser marido y mujer ¿verdad?—le interrumpió Angel—sonriendo y tomándola de las manos.

—Sí, y ambas convinieron en que nuestro matrimonio debe realizarse el día de mi santo, el día de la Niña María.

La charla llevaba vías de no acabar muy pronto; pero la voz de Dña. Zoila que lla-

maba a Maruja, llegó a interrumpirles en lo más sabroso de ella.

— Ya voy, mamá,—contesto la chiquilla, contrariada; y dirigiéndose a Angel, añadió preguntándole:—¿Y tu baja?

—La he pedido ya y en estos días deben dármela,—respondió el militar.—¿Pero para qué te llama tu mamá?

—Sin duda para probarme el vestido; y en tal caso, largo de aquí, mi capitán.

—Pues, no me voy.

—Sí, sí, te lo ruego; y vuelves en seguida ¿verdad?

—Pero, hija, si deseo verte ya de blanco, con tu corona y tu velo.

—Tenga Ud. un poco de paciencia, mi capitán.

Angel salió a la carrera, riéndose y huyendo de Maruja que le persiguió hasta la puerta, arrebolada la color, y diciéndole:

—¡Malo, pícaro! Si bien digo que te estás poniendo como el coronel.

—A buena cuenta, Maruja, a buena cuenta.... de mayor cantidad que me debes.

Diez minutos después, Dña. Zoila hablando sin cesar con una señora gorda y de baja estatura, cuyo ceceo denunciaba su nacionalidad extranjera, y con Maruja, emocionadísima con su traje de novia que ponía de relieve su airoso palmito y su linda caritilla de muñeca rubia, entraba al salón.

—¿No ves?—decía Dña. Zoila, empujando suavemente a su hija hasta ponerla frente a un espejo de cuerpo entero,—¿no ves? Si

bien aseguro yo que no hay modista como *mi sia* Amparito: esto se llama hacer las cosas en regla, esto es hacerlas con buen gusto y elegancia. Camina, hija; da la vuelta; ponte de lado. . . . ¡Qué chaqueta, Maruja, qué chaqueta! ni una arruga, ni una desigualdad, nada! Y qué talle tan bien ceñido; si pareces una *sílfida*. Y qué manga, y qué falda! ¡No, no, no! ¡Y la cola? qué tal cola! larga, preciosa. . . . Si bien digo, no hay como las extranjeras, hija. . . . — Dígame, *mi sia* Amparito, ¿no aprendió Ud. a coser en las Galerías *Lafayette*?

La modista, que tiraba por aquí, apuntaba con alfileres por allá, fruncía arriba y estiraba abajo, girando en torno de Maruja que se miraba en el espejo, y se ponía roja, y se reía para ponerse luego seria; la modista, no hacía sino contestar con aire de complacencia:

—Gracias, muchas gracias, favor que Ud. me hace; atribuyendo modestamente la elegancia del corte y demás, a la buena calidad de la tela.

—¡Lindo, magnífico, primoroso!—dijo por último Dña. Zoila; y dirigiéndose a Maruja añadió:—anda, hija, quítatelo y dáselo a *mi sia* Amparito para que lo remate cuanto antes.

—¡Eh! pues, Dña. Amparo, lucirse!—decía Angel poco después a la modista que bajaba las gradas, lentamente, mientras él las subía en cuatro saltos.

—¿Sabes?—dijo a Maruja así que la vió,—
acabo de conseguir una quinta cercana pa-
ra pasar eu ella nuestra luna de miel.

—¡Oh, qué rico! Y nos iremos solos,
solitos?

—Naturalmente.... No, nó tan solitos:
irá con nosotros mi madre ¿sabes? necesi-
ta de campo para restablecerse.

Y el amor, que niñito y todo, buenas
fuerzas tiene, y gusta de apretar la venda
aun a los viejos para persuadirles de que
son jóvenes, apretó tanto la de Angel que
le dejó como un niño. Púsose el mozo a
cantar, a silbar: con decir que llegó a dar
una pirueta no se diga más. Y era de oírle
como hablaba desordenadamente de la quin-
ta llena de árboles y flores, semi-ceñida
por un límpido riachuelo, escondida por
ahí en el mismísimo seno de la paz, del
misterio, del sosiego....

Y se quedó en silencio, queriendo recor-
dar algo.

—¡Lástima, saltó al fin, no me acuerdo
de toda la estrofa, pero el hecho es que
termina:

«Y en medio de nosotros
Mi madre como un Dios».



VII

El Cordonazo de San Francisco

El cielo, que por la mañana ostentaba su espléndido manto de gala, azul con encajes y adornos de transparente gaza blanca, fue poco a poco cubriéndose de uno ceniciento y sombrío; y a eso de las doce daba cada baño de agua helada a los transeuntes rezagados, y hacía retemblar la tierra con horribles truenos, que no había más que ver y oír. ¡Qué *aguacerón!* Si no parecía sino que las Señoras *Cataratas del Cielo*, encantadas con el buen éxito del Diluvio, se hubieran propuesto economizar por larguísimo tiempo sus líquidos candales, para en aquel memorable día, no ya con el nombre de *Diluvio*, sino con el de *Cordonazo* de San Francisco, hacer, siguiendo la moda actual, un simulacro. Las calles fueron quedando desiertas, y no se veía sino un prójimo que armado de un gran paraguas, marchaba a paso largo, mojándose de medio cuerpo abajo.... y también de medio cuerpo arriba, y pensando

en que esos trastos, en casos tales, no sirven sino para que uno se moje con decencia; una *chulla* rolliza, que habiéndose *olvidado el sacar sombrilla*, caminaba muy pegadita a la pared para evitar las chorreras que como un profuso fleco de cristal, descendían de los tejados, levantando en las aceras filas interminables de brillantes candeleros que se sucedían sin interrupción, empapando sus blancas enaguas de *orejones* y sus botitas de cabritilla; y por último, una vieja larga y seca, que por guarecerse de las aguas, se había cubierto la cabeza con la parte posterior del traje, de color verdoso, como con toca monjil, dejando al descubierto unas enaguas corridas y poco aseadas, y unos botinazos *fóci-les*, flojos de resortes y llenos de vericuetos, altibajos y *claraboyas*.

Como el *Cordonazo* se demostraba quiteño lejítimo, y prometía durar «trece meses», los dueños de casas comenzaron a temer que se les vinieran encima las cubiertas; y ahí fueron las letanías de los santos atropellándose con el Magnificat, en latín macarrónico, el Credo, la Salve, en fin, la mar de oraciones y jaculatorias.

Dña. Zoila. . . . Oh! Dña, Zoila Rosa de los Castillos v. de los Monges, desplegó en ese día memorable una actividad inaudita. No se daba un punto de reposo amontonando cofainas, fuentes, y cuanto cóncavo se le venía a la mano, en los corredores y cuartos por cuyos *tumbados*, se colaban

gruesas gotas de agua, que al caer a los pisos arrancaban considerables trozos del cielo raso.

—Si con este albañil badulaque ya no tengo vida!—decía, imaginándose o creyendo que efectivamente había llamado a alguno de aquel oficio.—Si con este badulaque. . . . No venir a *cojerme* las goteras. . . . No, no! Y lo peor, hija,—añadía dirigiéndose a Maruja, que con aire de contrariedad contemplaba los chorrillos que descendían del tejado;—lo peor, hija, que si así sigue lloviendo hasta las nueve de la noche, no sé si haya la tal ceremonia. Adiós convidados, adiós Dña. Dolores; ella al menos cómo ha de venir: está tan enferma; y adiós también tu traje blanco, hija. De aquí a San Agustín. . . . por semejante lodazal. . . . Jesús!

Un rayo que cayó en la torre del templo vecino, haciendo estremecer la casa, vino a hacerla variar de tema.

—¡Jesús!—repitió, llevándose las manos a sus deslumbrados ojos; y como si aún el rayo estuviera en el espacio, añadió con ligereza suma, trastrocando las palabras, sin puntos ni comas, y haciéndose la cruz: —Santa Bárbara centella, líbrame de esta doncella!

Enseguida, de rodillas y muy pegadita a sus dos hijas que tiritaban más de frío que de temor, pues que la inocencia no tiene miedo de los rayos, rezaba hasta la oración a San Emigdio, *patrón de los terre-*

motos, y quemaba una cruz de ramos benditos y hojas de romero.

—¡No, no!,—dijo, interrumpiendo los rezos, a la vista de un nuevo rayo, esto es ya por demás; y encaminándose hacia su San Antonio bendito.... lo volvió a poner de cabeza.

—¡Pero mamá!....—le dijeron sus hijas al verle hacer eso, con tono de súplica y de reproche.

—Qué mamá, ni qué nada, hijas; mi Santo bendito, que me ha hecho el milagro de ahuyentar de mi casa al blasfemo de Pantoja, ha de hacerme ahora el de *espantar* la tempestad.

Mientras tanto, las calles habíanse quedado sin una alma: el hombre del gran paraguas pensaba, metido en su casa, en lo que le cobraría el sombrerero por aplancharle el *buche*; la *chulla* rolliza, andaba en su cuarto al zaguán, a pie limpio, sacudiendo sus enaguas de *orejones* y secando prolijamente las diminutas botas *domingueras*, su única decencia; y la señora del vestido verde, sentada junto al hogar, se refregaba las canillas quejándose del reuma.

Así andaban las cosas cuando el rodar de un coche, cuya capota brillaba de puro remojada; de un victoria halado por dos caballos que despedían vapor de todo el cuerpo, vino a interrumpir el silencio de las anegadas calles.

—¡Cabo de guardia, el segundo jefe!—gritó con estentórea voz el centinela del cuartel

a cuyas puertas se detuvo el carruaje; y el Coronel Pantoja, apestando como siempre a alcohol, con paso mal seguro, apoyado en su asistente, se apeaba y dirigía a su aposento, *pa dormir un poco, pue se sentía algo ebreo.*

No vaya a creerse que el Coronel Pantoja durmió la mona, no señor. *Lo ateos y lo libre-pensadore* tienen un miedo pánico a los rayos; y en consecuencia, Don Bartolo, tendido a la *bartola* en la cama, después de haber escondido debajo del colchón la espada y las charreteras, *po que eran de metal y el metal atrae a la centeyas*, sudaba la gota gorda, tapándose la cara con la almohada. A cada nuevo trueno volvía los ojos azorados en todo sentido, víctima del más ruin de los respetos humanos; y convencido de que nadie le miraba, se hacía repetidas veces la señal de la *cru*. Así se estuvo un buen rato, hasta que las goteras de los tejados fueron enraeciéndose, los tronidos alejándose y las gentes saliendo a estirar las entumecidas piernas al tenue calorcillo de un rayo de sol, que pálido y enfermizo, parecía morir de frío.

—Naa,—dijo incorporándose,—sino que ahora me la paga el Angelito la hecha y po hacer, y no etá el tiempo pa desperdiciarlo, baray!—La serranita aqueya, mía o de *naide*; pue sí señó; lo juro po etas que se yaman cruce.—Conque, eta noche se van a onde el Pae cura pa que les eche la ben-

dición; ja! ja! ja!... ¡Pobreciyos, ya verán lo que es mi brazo, baray!

Mientras hablaba de esta manera, se paseaba en el cuarto, con las manos en los bolsillos del pantalón y la sonrisita de siempre bulléndole entre los bigotazos, que en completo desorden, se le metían por las ventanillas de la porosa y roja nariz. Después de haberse quedado en silencio un momento, como quien coordina ideas sueltas, reanudó su monólogo:

— Bien, bien,—dijo; y moviendo su mano derecha abierta a un lado y a otro, continuó:—¡paf, paf, do bofetaa y naa ma.... Pero ól me puce saca otra do muela.... En fin, algo po algo.... Vamo a poné ánimo.—Diciendo esto, se dirigió hacia una mesa de la cual tomó una botella de cognac, y descorchándola con los dientes, la dió un beso prolongado. En seguida se dirigió a la puerta y gritó a su asistente:

— Sargento Flabio, véngase uté; pero al rato!

— Presente, mi Coronel!—contestó el sargento entreabriendo la puerta, cuadrándose y asomando a medias la cara mofletuda, de fea boca, peor nariz y ojillos de cerdo cebado.

— ¿Etá aquí el capitán Angel?

— Sí, mi Coronel, acaba de entrar.

— Pue yánelo.

— Sí, mi Coronel, al momento.

— Epera: depué que el Capitán entre aquí, que suban al disimulo uno die número ¿entiende? y que eperen allá afuera.

— Sí, mi Coronel.

Angel, efectivamente, hacía poco que había entrado. Tenía los botines empapados y llenos de lodo, que revelaban los largos ajetreos del día para arreglar todos los asuntos concernientes a su boda, a la recepción que en casa de Dña. Zoila se daría, y al traslado de él, de Maruja y de su madre a la quinta, a la que había enviado cuanto fuera necesario para pasar en ella un mes. Cuando la llamada del Coronel Pantoja, agradecía al primer jefe por la licencia de dos meses, que en lugar de la baja, le daba el Ministerio por medio de aquel jefe.

— ¡Una licencia, nada más, mi Coronel! ¿Y por qué no me dan la baja, si la he solicitado por razones tan justas? — preguntó Angel.

— Qué sé yo.... Creo que el segundo jefe ha dado muy buenos informes de Ud., y se ha opuesto a que se la concedieran, — contestó el primer jefe.

¡Cosa rara! pensó el capitán: Pantoja informando bien de mí, y oponiéndose a que salga yo del cuartel. ¡Vaya, que cosas! Y se perdió en una mar de conjeturas que fueron a dar todas a un solo punto: a un vago presentimiento, que teniendo algo de triste, algo de sombrío, le hundió por un momento en profunda melancolía. Bajó los ojos, inclinó la cabeza, llevó los dedos de la izquierda a los labios mientras con la diestra acariciaba el puño de la espada.

Y así, en actitud de pensar, se estuvo hasta que un estremecimiento nervioso, hijo de algún recuerdo triste, o presentimiento lúgubre, le sacudió violentamente. Al fin, movió la cabeza, se desperezó, y exclamando: Dios dirá,—se despidió del jefe, a quien invitó, entre serio y risueño, a tomar la taza de té esa noche con su «mujercita» y en su casa de Dña. Zoila. Luego tarareando un paso doble, se dirigió al cuarto del Coronel Pantoja, cuyo asistente acababa de darle la noticia de que le llamaba.

— Mi Coronel, aquí me tiene Ud. — le dijo, saludándole militarmente.

— ¡Ah! conque es utó? — preguntó zandamente el Coronel, por decir algo, mirándole de hito en hito.

— Sí, el mismo que viste y calza, — contestó Angel, mientras cierta risita de compasión plegaba sus labios, y le daba en las narices el consabido olorcillo de barril que despedía su interlocutor.

Entonces Pantoja, temiendo que la luz hiriera su rostro abotargado y delatara el temor cervical que le ocasionaban los robustos puños del capitán, entornó a medias la puerta, y tomándole del brazo, le llevó al ángulo más apartado del aposento. Angel, no comprendiendo de pronto lo que aquello significaba, no trató de desasirse del coronel, cuya diestra le oprimía nerviosamente el brazo.

— ¡Conque, se casa utó eta noche! — saltó éste, a media voz, después de regullar pausa.

—Sí, — contestó Angel, secamente.

— ¡Pue no se casa! — añadió con imperio Pantoja.

El capitán no pudo menos que reirse.

— ¡Y por qué? — contestó al fin.

— Po que . . . po que uté etá preso de de ete momento:

— ¡Preso! y por qué? — volvió a preguntar Angel.

— Le digo que po que uté etá preso, — respondió Pantoja, sin comprenderle; y después de otra pausa empleada en atar cabos, añadió:

— Recuerda que aqueya noche . . .

— ¡Ah! sí, sí, cuando se tropezó Ud, contra mi mano y . . .

— No, no; quiero decir de aquel día que hubo llamaa de oficiale; pue bien, uté yegó tarde; po eso etá preso.

Angel, que no quería perder más tiempo, iba a salir sin replicar; pero se le ocurrió enseñar a Pantoja el pliego que contenía la licencia que acababa de darle el primer jefe. El coronel estuvo a punto de rasgarla, pero no lo hizo; mejor era rasgar la paciencia de Angel, ahí estaba el quid de la cuestión.

— Pue bien, — dijo, volviendo a su tema, — uté no se casa ¿oye? po que . . . po que . . . baray . . . yo tengo mis razones para impedirselo ¿entiende?

— ¡Y esas razones? — preguntó Angel, próximo a estallar de indignación.

— Una de eyas: yo amo a esa niña.

— Ya lo sabía.

— Y otra razón: eya me ama a mí ¿entiende?

— Falso, falsísimo! — gritó el capitán, rojo de ira.

Entonces el coronel sacó, con cierto misterio, el papel que contenía el santo y seña de aquellas veinticuatro horas, y retrocediendo unos pasos se lo mostró diciendo:

— ¡Eta cartita lo cuenta too ¿entiende so....?

— ¡Miserable! a ver ese papel — bramó el capitán; y antes que el jefe se diera cuenta, le arrebató de la mano, abrió la puerta, salió al corredor y lo leyó; luego lo rasgó y arrojándolo furioso a la cara, iba a marcharse; pero el coronel dió el golpe de gracia al asunto, gritándole desde adentro.

— ¡Eta si e razón ¿oye? esa muchacha.... Y envuelto en términos soeces, voló a dar contra el corazón mismo del amartelado capitán, el nombre para él más caro, el de su adorada Maruja que después de pocas horas sería su esposa, su compañera de toda la vida.

— ¡Canalla! — rugió Angel, y con los ojos fuera de las órbitas, los dientes apretados y las manos crispadas, se arrojó contra el Coronel que lleno de miedo, se agazapó en un rincón.

— ¡Nó! — dijo Angel, y llevándose las manos a los ojos, bajó la cabeza y se detuvo de pronto: el recuerdo de la terri-

ble ley militar, dura, rígida, inflexible, iluminó por un instante, con luz rojiza, con luz de sangre, su mente oscurecida por la ira, como el rayo alumbró las medrosas sombras de un antro tenebroso.... ¡no! Pero el coronel creyendo perdido todo si no sacrificaba *algo*, se deslizó junto a la pared, y antes que el capitán volviera del todo en sí, lanzó nuevamente el nombre de la novia de Angel, de Maruja, envuelto en peores palabras, al oído del mozo.... y le dió dos bofetadas. Angel.... no dijo nada, sintió que le flaqueaban las piernas, sintió que su dignidad de hombre, que su honor de militar se revolvían furiosos dentro de su pecho; y como el león sobre la presa, se arrojó de un salto sobre el coronel, que, a su embate, cayó pesadamente de espaldas. Luego, poniéndole una rodilla sobre el pecho, le hincó los dedos rígidos, a los que la ira daba la tensión del hierro, en la garganta, y comenzó a ahogarle, a despedazarle. No se oía sino la fatigosa respiración del capitán, y los resoplidos estentóreos y mortales del coronel que en el afán de desasirse de las poderosas manos que le mataban, se revolvía apenas, jadeante, amoratado por la asfixia, con los ojos sanguinolentos fuera de las órbitas, y arrojando espumarajos por entre las hebras de su bigote erizado. Un instante, un segundo más y pagaría con la vida aquella calumnia monstruosa, que un rato antes le naciera en el pecho, le

inflara la garganta y saltara sin que su cobarde lengua, ni su conciencia moribunda pudieran contenerla. Pero no estaba así decretado; al oír la alterada respiración de Angel y los estertores de Pantoja, angustiosos y terribles, cinco, diez, veinte manos cayeron sobre el capitán, y alzándole de la víctima, se lo llevaron como el viento de verano arrebatara la hoja que secó agosto. Poco después, fúnebres y acompasados, retumbaban en los claustros del cuartel los golpes del martillo con que le remachaban pesados grillos, y rechinaban, como quejidos agudos, los cerrojos de una puerta que se cerraba pesadamente, como suelen cerrarse las de los calabozos, mientras el coronel, dejando su sonrisa habitual, se reía con estrépito.



VIII

¡Madre mía!

Como es de imaginar, la noticia de lo acaecido a Pantoja se extendió por la ciudad como se extiende la gota de aceite en una hoja de papel. Corrió del cuartel a la esquina, de la esquina voló a la plaza, y luego, de calle en calle, de tienda en tienda, de boca en boca, fue pregonándose hasta llegar a los barrios más remotos de la ciudad, completamente desfigurada. ¡Cómo se la averiguó, comentó e interpretó frase por frase, palabra por palabra, punto por punto! Y Angel. . . . ¡ah! el pobre Angel, que, en el colmo del estupor, se apretaba con las palmas de las manos las sienes calenturientas como para que no estallaran, y que, próximo a la desesperación, como el náufrago se ase de una tabla o de una roca, se asía con todas sus fuerzas, con toda su alma, de sus dos únicos afectos, sus únicos amores: ¿Cómo habían de fusilarle si tenía una madre viejecita y enferma y una novia joven y hermosa? Angel,

hasta en lo de los comentarios se llevó la peor parte; qué no se decía de él: que era un corrompido, un perdulario, un insubordinado; le hallaban complicidad en crímenes horrendos y no se diga más. Por la tarde, en la sobremesa de las familias, en los corrillos de mozos desocupados o de beatas callejeras, se aseguraba rotundamente que debiendo casarse esa noche el valiente, honrado, pundonoroso etc. Coronel Bartolo Pantoja con la señorita María Monge, y no pudiendo impedirlo el tenorio de Angel, éste le faltó al coronel, le arrebató el santo y seña, y... le dió de balazos.

Y adulterada y monstruosa cayó, como un rayo, la noticia en casa de Dña. Zoila, ¡cosa triste! en momentos en que la preciosa Maruja, sola en su gabinete, se ponía provisionalmente la corona de azahares y el velo «para ver qué cara echaba», y se miraba en el espejo, con el alma rebosante de dicha, el pecho de ilusiones y de santas esperanzas, pensando en que pocas horas después se uniría para siempre a su Angel, su única dicha, creador de sus ilusiones, núcleo de sus esperanzas. Cuando lo supo todo, no quiso dar crédito a nada, llevada de ese escepticismo de las almas enamoradas que todo lo ven al través del prisma de sus ilusiones; pero una vez convencida de la veracidad de la noticia, sintió huír la tierra bajo sus plantas, oyó ruidos, muchos ruidos extraños y miró los muebles, las ventanas, los espejos, to-

do, y todo giraba vertiginosamente en torno suyo. Luego, como una avecita herida, voló vacilante, pálida, con los ojos desmesuradamente abiertos, a caer desvanecida en el regazo de su madre. Después. . . . ¡ah! después no tuvo ni el consuelo de las lágrimas; el dolor con sus dedos punzantes y helados las congeló; y muda, triste, sombría, agobiada bajo el peso de un atroz presentimiento, y sorda a las palabras de consuelo, de esperanza y aliento de su madre, se deslizaba como una sombra por los corredores y los cuartos. Entró al salón y salió en seguida: el Pleyel, abierta la boca, se reía como un negro atesado, luciendo su espléndida dentadura de marfil, y esa risa le helaba la sangre; pasó a su gabinete, y Paquita, pálida, con los ojos asombrados y que con tristeza y sobresalto miraba el ajuar de su hermana, se sonrió al verla, y esa sonrisa lo crispó los nervios; se dirigió al cuarto de Dña. Zoila, y ahí San Antonio, con su venerable calva, su mechoncito de cabellos crespos sobre la frente, sus ojos de dulce mirar y sus labios entreabiertos, se sonreía también, y esa sonrisa le pareció burlona, o de compasión y la aterró. Entonces sintió frío, mucho frío y exclamando sin darse cuenta:

— ¡Madre mía! corrió de nuevo a abrazar a Dña. Zoila. Y sintió algo extraordinario en el cerebro, y asomó a sus labios un amago de sonrisa.

Al anochecer, la corneta y el clarín, con sus notas agudas y vibrantes, rasgaban a cada momento el aire brumoso de la ciudad, convocando a los oficiales que andaban dispersos. Por calles y plazas se veían grupos de mozos decentes o de gente del pueblo que se dirigían al cuartel, hablando todos de una misma cosa: del consejo de guerra que debía reunirse luego para juzgar al capitán. En la calle del cuartel la aglomeración de curiosos presentaba el cuadro más abigarrado de colores, tamaños y actitudes; y, bien que por lo bajo, todo el mundo hablaba, dando cada cual su opinión, produciendo ese ruido vago, inarticulado, propio de las colmenas. Sólo de cuando en cuando se percibía por lo alto el vozarrón áspero y destemplado de los centinelas, que con el fusil en balanza, echaban «atrás», y amenazaban con la bayoneta a los que, impelidos por otros, se les acercaban demasiado; entonces en la concurrencia había algo como un oleaje que poco a poco iba extendiéndose, hasta hacerce sentir en las últimas filas.

A las siete de la noche dieron puerta franca, y la multitud se precipitó desordenadamente al salón del consejo, que apenas pudo contenerla en gracia de los prodigios de sutileza que cada cual hacía para acomodarse. Todos se paraban en puntillas y estiraban el cuello a más y mejor para ver a los oficiales del tribunal; y lo que era más importante, para ver, oír, estudiar,

interpretar la menor acción, la palabra más insignificante, un movimiento cualquiera de Angel. ¡Oh curiosidad! qué pesada, qué cruel, qué insoportable sueles ser en ocasiones!

Un murmullo sordo se alzó en un ángulo del salón y se difundió por todo él: era que entraba el reo, Angel. Estaba pálido, muy pálido, pero se diría que esa palidez no era el fruto del apocamiento del espíritu, de la cobardía; su mirada tranquila y franca lo decía así: era la palidez de la dignidad injuriada, del honor herido y vilipendiado; era, si cabe, la palidez de un enfermo de añoranza de la felicidad que le robaban, trayéndole a ocupar el banquillo de los criminales.

La voz del acusador se dejó oír al fin, bronca, terrible, amenazante; y conforme parecían más contundentes e irrecusables los argumentos y dilemas que planteaba, el silencio era más profundo y respetuoso, y el signo de tristeza de todas las caras más desconsolador.

Sólo, ¡quién lo creyera! el acusado no comprendía nada, ni caía en la cuenta de que en ese momento se ponía en peligro su vida. ¡Ah! es que estaba persuadido, en su inocencia, que la Justicia ha tomado carta de naturaleza en la tierra! Reconcentrado en sí mismo y asido de la idea de que no era culpable, de que había Justicia y de que tenía dos amores inmensos, puros, santos que nadie le arrancarían, pen-

saba únicamente en que era feo y desdorado ocupar ese banquillo, y en que se tardaban mucho en darle la libertad para correr, para volar a los brazos de Maruja, de su novia, de su única dicha. Solamente cuando escuchaba al acusador decir algo que estaba completamente reñido con la verdad, sentía hervir la indignación en el pecho, y una oleada de sangre le subía a la cara; pero luego se calmaba, volvía la imaginación a divagar a su antojo, y se arrojaba nuevamente en los brazos de las más dulces, de las más risueñas esperanzas; mas, cuando, en alas de éstas, de color de rosa, volaba y volaba hasta tocar las puertas ansiadas de la felicidad, algún incidente lo sacaba de su arrobamiento. Y entonces cómo se le encogía el corazón, cómo se le helaba la sangre en las venas!

El Consejo de Guerra terminó al fin. Pasó con sus ansiedades de un momento, con su banquillo vergonzoso, con la voz del Fiscal, seca, amenazadora, cuajada, como de espinas, de argumentos terribles y de dilemas sin salida, muchos de ellos no escuchados por Angel, o apenas percibidos por su mente calenturienta y llena, a veces, de ideas opuestas que desechaba para dar cabida a otras y otras que se sucedían sin interrupción. Ya no veía los cuellos estirados, los ojos investigadores, las caras ya tristes, ya impasibles de los espectadores, ni oíría la respiración, ni el cuchicheo mareante que a veces se dejaba oír en la

barra. ¡Oh! y luego cómo iba a quedar vindicado, cómo sentía impulsos aún de perdonar, de tener compasión al Coronel Pantoja que quedaría burlado; y después, su novia, su madre, la dicha, la libertad!

Llegó el momento de leer la sentencia. El silencio era tan profundo que podía oírse el vuelo de una mosca; y en la cara de los espectadores se veía la ansiedad más indescriptible. Angel había empalidecido más aún, y el corazón le latía con tal violencia que parecía saltársele del pecho. La sentencia fue. . . . ¡de muerte! Angel, que para oírla se había puesto de pie, vaciló como un ebrio, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó del fondo mismo del pecho un sollozo desgarrador, cayó desplomado en el banquillo y hundió la cara entre las manos; luego, como impulsado por un resorte, volvió a ponerse en pie, se llevó desesperadamente las manos al pecho como para abrirlo, para desgarrarlo y mostrar su corazón inocente; y quiso hablar, quiso gritar para que le comprendieran, para que le justificaran; pero las palabras se le anudaron en la garganta y sólo con un gemido ronco, entrecortado, de angustia infinita, pudo balbucir:

— ¡Madre, madre mía!

¡Ah! pobre Angel, cuán engañado estaba al creer, en su inocencia, que la Justicia ha tomado carta de naturaleza en la tierra!

Lenta y acompasadamente dieron las seis los relojes de las torres. La mañana estaba fría, helada; corría un vientecito sutil, capaz de cortar las carnes, y una llovizna fina y persistente calaba hasta los huesos. La ciudad, como poseída de tristeza profunda, se había arrebujado de niebla espesa y oscura, que en uniformes pelotones, volaba lenta por las calles y las plazas, opacando todo y entristeciendo el espíritu, como si aun a él le envolviera con su manto ceniciento.

Nuevamente la corneta y el clarín rasgaron los senos de la niebla con toques repetidos de llamada. Por las aceras largas filas de gentes de toda clase, que con el pesar pintado en el semblante, hablando en voz baja o llorando en silencio, se cruzaban en todas direcciones, hasta ir a dar a la calle del cuartel, en la que la aglomeración era inmensa. A poco rato comenzó el desfile. Grupos de hombres apesarados y de mujeres que lloraban, unas en silencio y otras a grito herido, rompían desordenadamente la marcha, guiados todos por la más incalificable curiosidad. ¡Qué! ¿la humanidad goza también en el dolor?....

En seguida, abierto en alas, marchaba el cuerpo de artilleros al compás de los tambores, con los parches flojos y destemplados, que gemían, y de una marcha fúnebre que repercutía en el corazón impeliendo a los sollozos y las lágrimas; atrás

marchaban otros batallones, taciturnos y agobiados por un enorme peso; luego pueblo y más pueblo. Al medio de los artilleros, sus compañeros de armas, y entre dos atribulados frailes, iba Angel.

La palidez cadavérica, los ojos que se le habían ahondado, y el indescriptible plegado de los labios, diciendo estaban cómo habían muerto de un solo golpe sus más caras esperanzas; cómo había caído, rotas las alas y destrozada, la bandada de tiernas ilusiones que anidaban en su pecho juvenil. La resignación, la santa resignación cristiana, fuente de inapreciables esperanzas para la eternidad, pudo únicamente desterrar de su pecho a la aglomeración espantosa de las más terribles pasiones. ¡Oh! cómo las medrosas tinieblas de la ira loca, de la venganza hipócrita y venenosa, de la desesperación de ojos extraviados y contorsiones epilépticas, huyeron, poco a poco, a los embates de la religión sublime del Crucificado, toda luz, toda amor, toda consuelo y esperanza.

Iba despacio, marchando al compás de la lenta marcha fúnebre que mezclaba su triste clamoreo a los sollozos empapados en lágrimas del pueblo. Llevaba en las manos un crucifijo del que no quitaba la mirada; ¿ni cómo había de quitarla si necesitaba su alma saciarse de resignación, para inebriarse luego de felicidad eterna? Solamente cuando vio a lo lejos, en la única vez que levantó los ojos, el cemen-

terio de San Diego, sintió un estremecimiento y retrocedió un paso: ahí estaban las bóvedas, negras, medrosas, con las fauces abiertas para devorarle para siempre. En seguida oyó a su lado una voz de mando conocida, volvió la mirada y vió.... al Coronel Pantoja; entonces, como de un osario, se levantaron de su corazón los gritos de protesta y de venganza, de su carrera truncada miserablemente, de sus sueños de gloria, de su Maruja, de su madre, en fin, de sus ilusiones y esperanzas muertas; una nube de sangre le cegó, tomó el Cristo con la siniestra, levantó el puño en alto, y amenazante y ronco, con un alarido de ira salvaje, gritó:

— ¡Miserable, asesino!.... Luego miró al crucifijo, después al cielo, en seguida de nuevo a Pantoja, y añadió con voz más clara:

— ¡Te perdono!.... Y no levantó más los ojos; pero comenzaron a desfilas ante ellos, vertiginosamente, convertidas en fantasmás, sus dichas muertas.

¡Morir! se decía luego, pasando de una idea a otra, ¿qué es morir? ¡ah! morir es descansar, morir es dormir, morir es dar de mano al ejército de crueles desengaños que nos asaltan en el camino de la vida; morir es la felicidad, es la dicha, pero la felicidad y la dicha eternas. En seguida, otro cuadro tristísimo venía a oscurecer el efecto del anterior: pasaba ante sus ojos

su madre, su adorada madre, viejecita y enferma, transida de dolor, mendigando el sustento por las calles y las plazas, y Maruja, su novia, con los preciosos ojos cuajados de lágrimas, las mejillas pálidas y los labios descoloridos y trémulos, con sed de dicha; entonces nuevamente el grito de protesta quería salirsele del pecho; tenía miedo de los hombres, y se figuraba que corría, que volaba con su madre enferma y su novia joven y linda que le bendecían, que le acariciaban, a ocultarse allá, lejos, en las selvas, y se acordaba de la estrofa aquella:

«En el monte una heredad,
En la heredad una casa,
En la casa pan y amor
¡Jesús, qué felicidad!»

.....
Un gemido se le escapó del fondo mismo del alma.

Cerca ya de la plazoleta de San Diego, lugar donde debía consumarse el sacrificio de Angel, dos mujeres, pálidas, desencajadas, trémulas, imágenes ambas del dolor más profundo, trataban de abrirse camino por entre la multitud apiñada y compacta, con las manos, con los codos, con todo el cuerpo:

— ¡Con esta fatiga que me ahoga!—decía una de ellas, viejecita cubierta de canas y arrugas;— ¡con esta fatiga!... pero... estalla, estalla, corazón!....

— Por Dios, le replicaba la otra,—con la voz entrecortada;—corra, corra; le cubriremos con nuestros cuerpos, le abrazaremos.... duro, fuerte.... Así las balas no le harán daño.... corra, corra por Dios!

— Sí, hija mía, sí, corramos.... Que las balas nos maten a todos; corramos, volemós!

.....

El silencio de ese momento fue solemne, profundo, sepulcral. Nadie se movía, nadie hablaba. Parecía petrificada la concurrencia. Una espada brilló en el aire como una medrosa centella y desapareció. Entonces una descarga atronó los aires y fue amorir, repercutiendo, en las breñas del Pichincha.... Angel lanzó un gemido de angustia infinita, indescriptible, vaciló y cayó de bruces con los brazos abiertos, atravesado el pecho por seis balas.

Un instante después, dos mujeres se arrojaban sobre el cadáver del capitán. La viejecita, la madre, para no alzarse más: el dolor cruel, inmenso, que no cabe en el miserable corazón humano, no tiene lágrimas, pero tiene, en cambio.... el último suspiro del cuerpo que se desploma.

Y Maruja, la novia, la infortunada Maruja. Esta, mientras la tropa regresaba a su cuartel al compás de otra marcha fúnebre, y el pueblo lloraba a grito herido, acariciaba los cabellos ensortijados del capitán, le secaba un tenue hilito de sangre,

que le manaba por la comisura de los labios entreabiertos, con un pañuelo de batista, y le decía:

— Angel, Angel, vamos, ya es hora.—
Y... se reía, sí, se reía estrepitosamente: el dolor, profundo, cruel, inmenso, que no cabe en el miserable corazón humano, no tiene lágrimas, pero tiene... la estridente carcajada de la locura que nace.

FIN





JUSTOS POR

PECADORES

El molino de Pedro amenazaba ruina. Cubierto por el sutil polvillo del trigo, que las gastadas muelas de piedra dejaban escapar en su girar eterno, y que se había adherido a los muros, llenos de cuarteaduras y desconchados; a las desvencijadas puertas; a las telarañas enfiladas en las esquinas; al tejado mismo, ondulado y maltrecho, semejaba un viejo octagenario, blanco de canas y próximo a perecer.

«Que arree el que venga atrás», habían dicho, en el colmo de la indolencia, las cuatro o cinco generaciones de molineros que le explotaran, y cuando le llegó su turno a Pedro, que no había heredado con el molino la desidia de sus antepasados, el pobre edificio apenas si podía tenerse en pie, merced a la asiduidad cariñosa con que el buen campesino le cui-

daba, apoyando a los desplomados muros estribos y sostenes poderosos de madera, y trastejándolo continuamente, para que las tempestades y huracanes no acabasen la obra de destrucción y asolamiento que el tiempo y la incuria habían comenzado.

Desde el camino podía verse el ojo semicircular, en cuyo centro giraban gimiendo sordamente, las aspas de madera batidas por las aguas, que descendiendo veloces por el saetín o chillón, se convertían, al chocar contra aquéllas en blancos y caprichosos penachos de espuma, que contrastaban con el fondo oscuro y medroso del antro; y se adivinaba, más que veía, el profundo recipiente, lleno de olas inquietas y rumorosas, medio velado por un cortinaje de chircas, yedras y una multitud de plantas amigas de la humedad, que en confuso hacinamiento medraban allí, dando al lugar un aspecto sombrío y miedoso. El agua, después de recorrer, por un canal, igualmente cubierto por la vegetación, una corta distancia, se precipitaba en sonora chorrera, a una quebrada corcana y profunda por cuyo labio, y paralelo a ella se extendía gran trecho el camino. Delante del edificio se extendía el ancho patio, al que acudían las molenderas para preparar el trigo, que había luego de ser molido, ahechándolo sobre mantas extendidas y arrojándolo al aire, para que el viento, al que *llamaban* constantemente con un monótono silbidito, lo purificase de polvo y paja. En

los ángulos formados por los paredones coronados de *zábila* y *siempre-viva* que limitaban el patio, había borricos maniatados que rebuznaban sollozantes, estirando el pescuezo, azuzada el hambre por el olorcillo de la harina caliente; y por todo él vagaban unas cuantas gallinas, eternas merodeadoras, que vivían en perpetua lucha con las molenderas, quienes, a fuerza de certeras pedradas, les escatimaban los granitos de trigo que se escapaban al aventarlo. Atrás del edificio y como sirviéndole de fondo, se levantaba un nutrido bosque de nogales, capulíes, alizos y sauces, y por delante pasaba el camino que, convertido al fin en *calle real*, iba a terminar en la plaza del pintoresco pueblecito de San Pascual.

*
* *

Pedro era un guapo mozo si los hay; tan guapo, que cuando los domingos y fiestas de guardar se echaba encima todo su baúl y bajaba al pueblo, se llevaba tras sí las miradas de unas cuantas campesinas, que se pasaban la misa y la feria en un puro atisbarle con el rabillo del ojo. A pesar de no haber llegado aún a su completo desarrollo, era ya de buen tamaño, ancho y musculoso; tenía el pelo espeso y negro, la frente amplia, los ojos negros y de serena mirada, y la boca, contrastando con los ojos, algo desdeñosa, y sombreado el labio superior.

por un bozo negro y muy pronunciado. Sin embargo, cuando andaba de trapillo parecía otro hombre, a causa del polvo blanco que le cubría de pies a cabeza, denunciando en él al molinero de oficio.

En poco tiempo la muerte había dado en el cementerio de San Pascual con casi todos los individuos de su familia; y a la sazón el buen campesino no contaba con otro afecto íntimo que con el de Justa, su abuela paterna, viejecita setentona, llena de canas y arrugas, y que le hacía compañía ahí, en un cuartucho cuya puerta se abría junto al recinto ocupado por las veloces y toscas muelas de piedra y la tolva sobre ellas suspendida, de la que fluía siempre un grueso chorro de dorado trigo, que a poco se convertía en chorros de blanca harina.

Demás está decir que Pedro había concentrado todos sus afectos en la viejecita, y ésta, a su vez, todos los suyos en su nieto.

*
* *

Las ocho de la mañana serían por filo. Así al menos lo pensaba el buen Pedro, cuando cansado de mirar a lo largo del camino, cuyos extremos se perdían en el horizonte brumoso, echó de ver el trecho de cielo límpido y azul que se extendía entre el sol y la dentada cima de los Andes, que brillaban en toda su magnificen-

cia, y se fijó sonriendo en su caricaturezca silueta tendida al través del patio de su vetusto molino, sobre cuyo arqueado portón se había trepado.

Durante la noche había llovido, y a la sazón, perseguidos por los rayos del astro rey, copos de niebla densa y blanquísima escálaban perezosamente las montañas, señalando su paso con grandes e informes sombras que oscurecían los valles y colinas, hasta desaparecer como devorados por el espacio infinito.

Por todas partes, el agua bienhechora, alma de la tierra, penetrándola, nutriéndola, llevaba fuerzas de vida exuberante y joven a las plantas, los árboles y las flores. Por donde quiera se la veía, límpida y pura, desatarse en cascadas de plata bruñida; correr saltando por las sinuosidades y laderas; reposar copiando el cielo, en las cuencas de los valles y planicies; pender de las flores y las hojas, del musgo y los aleros de las casas, convertida en millares de diminutos foquitos henchidos de luz, repletos de rayos de sol, que se estiraban, vacilaban y caían, para ser reemplazados por otros y otros que se sucedían sin interrupción.

¡Como se parecen a los hombres las gotitas de agua que brillan y caen!... También ellos, los hombres, asidos a una leve esperanza, suspendidos de una vana ilusión, suelen lucir un momento para luego vacilar y caer; también los hombres, como las

gotas de agua, van sucediéndose rápidamente; también aquéllos, como éstas, cuando caen... se reducen a fango!... ¿Cuándo se convertirán en fango la última gota y el último hombre?....

Pero no divaguemos. Pedro, connaturalizado con las bellezas de la Naturaleza, como campesino nato y neto, casi no caía en la cuenta de que aquella mañana estaba hermosísima, empapada en luz, aderezada con brillante pedrería y saturada del delicioso y confortante aroma de los campos humedecidos; ni se preocupaba de comparar las gotas que brillan, titilan y caen a la humanidad que luce, vacila y muere. Tampoco se acordaba de que algunos hombres, a la inversa de aquéllas, primero sucumben y después brillan. Entonces, algo intranquilo e inquieto, no se preocupaba sino de encaramarse sobre el portón del vetusto molino, para lanzar insistentes miradas a lo largo del camino. ¿Qué esperaba? ¿a quién trataba de descubrir en el horizonte? El mismo no lo sabía a ciencia cierta. Su mente había entrado días antes en una especie de vaguedad que no sabía explicar, y su corazón sentía algo como la necesidad de llenar cierto vacío, que no había tenido antes y que le ocasionaba si no tristeza, sí cierta melancolía, cierto cansancio moral que le alarmaba. Aquella mañana no hacía sino subir sobre el portón para bajar luego de un salto y volver a trepar; y aguaitaba, aguaitaba,

asombrándose los ojos con las manos para afinar la mirada.

Cuando más abstraído se hallaba en es-crudiñar el solitario camino, sonó, casi a sus pies, una voz conocida, que de poco le derriba de su observatorio a fuerza de sorprenderle.

—Que se te vuelven verdes los ojos, Pedro—dijo la voz.

—¡Jesús! . . . ¡qué susto me ha dado usted, ñora Luisita! de poco me caigo—contestó Pedro.

Luisa, al mirar la sorpresa del muchacho, que se sonrojó como si hubiese sido tomado en flagrante delito, se echó a reír maliciosamente. Luego añadió:

—Pero ya vendrá, hombre de Dios; ya vendrá. . . si no es ingrata.

—Lo que es ingrata, no es — contestó Pedro.

—Así me gusta que sea, y que tú lo declares. Pero ¿quién es, pues, ella?

-- ¿Quién es? ¡vaya! ¿quién ha de ser, sino mi *agüela*? Se fue al pueblo esta mañana, y yo la estoy aguardando.

—¿Tu *agüela*? ¡Ajay! A otro perro con ese *güeso*—replicó con mayor malicia aún, Luisa.

—Pero, no siendo a mi *agüela* ¿a quién he de esperar?

—¿A quién? Pues a la chiquilla.

—¡A la chiquilla! ¿pero a qué chiquilla?

— ¡Vean al inocente! Eso sí, no te he de dar el gusto de decirte el nombre.

«A la chiquilla, a la chiquilla», pensaba Pedro, sin saber a quién aludía Luisa. Luego dando y cabando siempre en lo mismo, trató de bajar de la pared; pero lo hizo tan desgraciadamente, que fue a dar rodando como una pelota, a los pies de la embromona mujer, la que, riéndose a todo trapo, le ayudó a ponerse en pie, mientras le decía:

— ¡Eso tiene estar espiondo así, pícaro, pícaro!

— Pero, ñora Luisita... le aseguro que...

— ¡Qué me aseguras, bribón?

— Pues, le aseguro que... que... en vanamente me está usted sacando de juicio: yo no espero a ninguna chiquilla.

— ¡Cierto?

— A ninguna; sólo a mi agüela. Porque, añadió luego — ¡qué chiquilla me ha de querer a mí?

— ¡Quién ha de quererte? Pues *ella*...

— Si no ha de ser tan mal gusto — concluyó Pedro — y deshaciéndose de un tirón de las manos de su interlocutora, se lanzó a la carrera a lo largo del camino, con el doble designio de huir de las bromas de Luisa y el de encontrar a Justa, aunque fuese en el mismo pueblo. La pobre estaba ya tan viejecita que necesitaba de su apoyo.

Mientras caminaba, iba hablando consigo mismo: «La verdad, se decía, que otras oca-

siones no me ha sucedido esto de ponerme triste sin más ni más, y de andar a tontas y a locas sin saber qué quiero ni qué no quiero, y de pasar el tiempo aguaita que te aguaita desde arriba, sin saber a quién. Lo que es a mi agüela, jamás he ido a encontrarla, ni he pensado hasta ahora que está viejita y que necesita de mi compañía. Y lo peor que no tengo gracia para trabajar ni para nada Pero ahí viene», se interrumpió derrepente, viendo allá a lo lejos, un puntito negro que iba creciendo, creciendo, conforme se acortaba la distancia. Al fin divisó claramente la silueta de una mujer, que jineta en un borrico, venía ligeramente. «¡Calle! no es mi agüela!» exclamó de pronto: «es. . . . es. . . .» El corazón le dió un salto inusitado en el pecho: la que venía no era, en efecto, su abuela, sino su vecina Esperanza, la hija de. . . .Luisa. «¡Ah! ya caigo», concluyó, y se dió a atar los cabos que ésta le había suelto. Luego pensó: «lo mejor será darle un susto», y se deslizó detrás de unas paredes de adobón, que el sol había enrojecido y en las que la lluvia de la noche había dibujado una caprichosa flecadura negra.

*
* *

Erase la hija de Luisa una campesina como hay pocas, y a la cual venía a maravilla el nombre de Esperanza. Tenía los

ojos negros, que si bien eran dulces; no por eso dejaban de lanzar miradas tan graves que ponían mohinos a cuantos la miraban con insistencia o se propasaban en sus bromas o galanterías. Y eran negros como sus sus cabellos que sombreaban una frente serena y amplia. Su nariz era fina, bien modelada y de ternillas nerviosas; sus labios algo gruesos y rojos; su cuerpo, alto, lleno, proporcionado, ágil. Siempre reconcentrada en sí misma, era de pocas palabras; y lo que pudiéramos llamar los momentos lúcidos de su alegría, se le pasaban a poco menester para dar lugar a la gravedad y a la tristeza, que se le habían vuelto habituales desde hacía cuatro años, a causa de una impresión horrible, que también había blanqueado prematuramente los cabellos de Luisa, su madre. En el pueblo y los alrededores, todo el mundo la respetaba: los campesinos no se atrevían a mirarla sino cuando ella no les veía.

— ¡Qué Esperanza ésta, — decían; — si cuando le ve a uno, de seguro le hace bajar los ojos.

— Es más terca que su madre.

— Si no parece chiquilla; ya parece persona mayor.

— ¡Es una soberbia!

— ¡Es una orgullosa!

Hubo tiempo en que todos aquellos que así hablaban, y que sentían adentro el comején del amor pusilánime o contrariado, remataban sus habladurías exclamando:

— ¡Ya, porque ve que el Teniente Político le anda rondando!...

— ¡Ya, porque dizque quiere casarse con ella don Macario!...

*
* *

Madre e hija vivían en una casa cercana al molino de Pedro, tipo perfecto de las casas de la gente acomodada de nuestros campos; cuyo amplio tejado daba abrigo al corredor, a la troje, la cocina, y la *saltriguera*, atestada con las camas, una mesa llena de cachibaches, y los bañes con honores de asientos. Delante se extendía el patio, por el que circulaban unas cuantas gallinas presidiadas por un enorme y barbudo gallo rojo, que se pasaba el día entre llamarlas solícito para tenderles el ala y lanzar al aire, de cuando en cuando, su canto ronco y prolongado; una manada de pavos, que desde la mañana hasta la tarde marchaban hinchados, lentos, graves, como satisfechos de su problemática hermosura, cuando no bailaban ridículamente encararamados sobre algún terrón, y, además, una partida de patos, que se contoneaban pregonando sin descanso: «¡paz, paz, paz!», flechando al mismo tiempo la cabezota tatuada de rojo y de amarillo. Las aves de corral, los cerdos, que gruñían ahitos y adormecidos en su estrecha pocilga, y, más que todo, la borrica *Palomina* y las dos vacas de ubres exuberantes, que mugían por lo bajo llamando a sus respec-

tivos terneros, que, al oírlos, berreaban desconsolados, y los perros *Recuerdo* y *Fino-amante*, excelentes centinelas, daban a comprender que si no había entrado a ese hogar la riqueza, ese dios Momo que tanto ruido mete sacudiendo su tentadora talega repleta de onzas, tampoco había franqueado su puerta la miseria, la triste y silenciosa miseria que tiritita de frío y gime de hambre. Con la medianía sencilla y tranquila, vivía allí la paz, la bienhechora paz, madre de la felicidad.

*
* *

Pero — ¡reflexión amarga! — nunca hubo, ni hay, ni habrá dicha completa y perdurable; jamás se dió, ni se da, ni se dará hogar ninguno cuyas puertas no puedan ser batidas por las poderosas alas del destino, para dar paso al dolor y la desventura. Probándolo estaba el hogar de Luisa y Esperanza.

Cuatro años antes, el dolor, de torva faz y duro corazón, entró a ese asilo de la paz, y de los brazos de Luisa y Esperanza, arrancó el placer y la dicha; arrancó al esposo y al padre; arrancó a Juan, y atándole una cuerda al cuello, como a un criminal, se lo llevó brutalmente consigo a la muerte.

¿Cómo fué aquello?... Apenas la esposa y la hija, Luisa y Esperanza, pueden explicárselo: fue la escena imprevista, rápida, horrible; fue aquello como el primer capítulo de una novela tristísima, cuyo epílogo de lágrimas, de sangre, de desolación, estuvie-

ra en el siguiente, al voltear la hoja. . . . La noche estaba lóbrega como boca de lobo. El viento, enfurecido, bramaba, y con sus rachas heladas arranca ba sollozos y quejidos prolongados a los árboles, cuyas hojas y ramas arrojaba lejos. Un perro vagabundo, aterido de frío, daba lastimeros aullidos, que hacían estremecer. La Naturaleza toda, como sometida a tormento, se retorció de dolor y gemía, saturada de algo tético y medroso que crispaba los nervios, helaba la sangre en las venas e inquietaba el espíritu, infundiéndole el temor de algo desconocido y siniestro que debiera verificarse luego.

Juan, Luisa y Esperanza, como contagiados de la lúgubre tristeza de la noche, y atemorizados por el huracán que hacía crepitar la cubierta de la casa, y cuyas rachas furiosas se colaban silbando estridentemente por las rendijas de las cerradas puertas; agrupados al amor del hogar, lleno de leños inflamados que chisporroteaban y despedían inquietas llamaradas que hacían danzar las sombras en los muros, conversaban, desolados y en voz baja, del asunto del día :

— La guerra dizque está horrible, — decía Juan; — dizque está como nunca se ha visto. Ayer se han dado en Chimbo, y la mortandad ha sido un espanto. :

— ¡Dios nos guarde! — exclamó aterrada Luisa.

— ¿Y de ahí? — interrogó, entre asustada y curiosa, Esperanza.

— Y de ahí, dicen que han ganado primero los conservadores y después los liberales.

— Pero ¿cómo sería, pues, eso? Es que *han habido* dos guerras en el mismo día; la una a la madrugada, y la otra *a la oración*.

— ¡Dios nos guarde y nos favorezca! ¡Con razón se han acabado! — dijo Luisa.

— ¡Pobrecitos los heridos! Cómo estarán tirados ahí, en esta noche tan oscura y tan fría — saltó Esperanza, después de una pausa, durante la cual hacía, a su manera, la composición de lugar.

— ¡Y todo por un hombre! todo por un mal cristiano que quiere subir al puesto! — exclamó sentenciosamente Juan.

— ¡Gente sin conciencia! Sí con razón hasta el cielo se enoja — continuó Esperanza; y volvió a su obseción: ¡los heridos!

— Y lo peor, — reanudó Juan, lanzando un suspiro, hijo de cierto triste presentimiento, — lo peor . . . que pronto dizque va a empezar la recluta.

Al oír esto, Luisa y Esperanza preguntaron angustiadas y a una voz.

— ¿Cómo? ¿Qué? . . .

— Lo peor, — repitió Juan, — que pronto va a comenzar la recluta. Así lo ha dicho don Macario:

— ¡Virgen Santa! — exclamaron las dos mujeres — ¡Virgen Santa!

Juan inclinó la cabeza tristemente, como si su doloroso presentimiento fuera ya a realizarse.

— ¡Y si le cogen y le llevan a pelear? — preguntó cándida y ansiosamente la pobre Esperanza. — ¿se iría? — añadió — ¿se iría? . . .

— ¡Sí, sí se irá! ¡Vivan los conservadores! ¡mueran los liberales! ¡mueran! — contestó. . . . don Macario, el Teniente Político de San Pascual, abriendo violentamente la puerta y entrando, seguido de una docena de milicianos, armados de chopos viejos y cuerdas, que secundaban sus estentóreos gritos: — ¡Vivan los conservadores! ¡vivan! ¡Mueran los liberales! ¡mueran!

La escena que se siguió fue en extremo conmovedora; pero ni las súplicas de Juan, que, en medio de su espanto, se había refugiado en un rincón del estrecho y casi oscuro aposento; ni los ruegos, lágrimas y gemidos de Luisa y Esperanza, que clamaban de rodillas, fueron capaces de ablandar las endurecidas entrañas del Político y sus sayones.

— ¡Qué le suelte! . . . ¡No se puede, señora Luisita; no se puede, chiquilla! — decía don Macario: — pídanme cualquier cosa, cualquier favor, menos éste. ¿No ven que hay que pelear por la Religión, en contra de los herejes y de los liberales?

— Don Macario ¡por Dios! le pagaremos lo que usted guste, — se atrevió a decir, al fin, Luisa, en cuyos ojos cuajados de lágri-

mas, brilló un ligero rayo de esperanza; — le pagaremos, le pagaremos — siguió en voz baja.

— ¿Cómo? ¿qué?... — contestó el Político, sonriendo dulzona y maliciosamente.

— ¡Qué le pagaremos! — repitieron las dos mujeres, más bajo aún.

— Pues.... ¡plata en mano! — dijo don Macario, y se echó a reír estrepitosamente.

Momentos después, el famoso Político guardaba en su insaciable bolsillo todos los ahorros de Juan, Luisa y la preciosa Esperanza, que habían caído en sus garras de gavilán hambreado; y, al grito de: «¡Vivan los conservadores! ¡Abajo los liberales!» hacía arrastrar, maniatado, a Juan, al infeliz campesino, que lloraba tristemente.

— Pero ¡por Dios! ¡qué tiranía! — exclamaban las pobres mujeres, llenas de asombro y desesperación. Luego se perdieron poco a poco, confundidos entre los múltiples rumores de la terrible noche, los vivas de los milicianos, los gemidos y ruegos de Juan y las sardónicas carcajadas del Teniente Político de San Pascual.....

No habían transcurrido aún veinte y cuatro horas, cuando Juan, con la espalda doblada bajo el peso del fusil y la mochila y caída la cabeza sobre el pecho, agobiado por un mundo de presentimientos y tristezas, y enrolado en un cuerpo de reclutas, infelices y desvalidos campesinos como él, marchaba *a batir al enemigo*, iba a servir de

carrión en el campo de batalla, en defensa de una causa que no comprendía; era empujado a la muerte por los fueros de un ideal político que no conocía ni se explicaba. Tras de aquel sarcástico ejército, rebaño humano, que marchaba triste y resignado al sacrificio, a la muerte, iba otro ejército, otro rebaño, no menos desvalido y lastimoso: el de las desventuradas madres, esposas, hijas y hermanas de aquellos; rebaño triste, débil, desventurado; ejército que no lleva otra arma que las lágrimas, que no tiene más fuerza que su misma debilidad y su ternura; que no usa otro lenguaje que las súplicas y los sollozos; que no espera los laureles del triunfo sino la corona de abrojos, corona tejida, no por la gloria, que no conocen ni aman, sino por la viudez inconsolable, la orfandad mísera y fría, el desamparo intranquilo y cruel. Allí, entre la multitud abigarrada y polvorosa, de madres ancianas que se arrastraban fatigosamente; de esposas desoladas que jadeaban al sol bajo el peso del fruto de su amor destrozado; de hijas y hermanas desgredadas y macilentas, allí iban también Luisa y Esperanza, cuyos lamentos se mezclaban a los ayes desgarradores, a las quejas y gemidos, que formaban el concierto del dolor y la amargura.....

.....

La planicie era extensa, muy extensa, y del color gris de la tierra removida por el arado. Al extremo, hacia el frente, estaba

cortada por una línea algo ondulada de matas raquílicas y rastreras. Como si la línea se inflamara de súbito, una densa humareda se propagó rápidamente por toda ella, al mismo tiempo que un tronido formidable llenaba el espacio....

— ¡El enemigo! — se dicen los soldados unos a otros — ¡El enemigo! El rebaño desvalido, los míseros reclutas, tienen la cara desencajada y los ojos desmesuradamente abiertos, pero avanzan. Descargas cerradas, rimbombantes cañonazos, toques de corneta, voces de mando, gritos de rabia, quejidos, blasfemias, humo, estertores, nubes de polvo, ayes, suspiros supremos: he ahí lo que oía y veía confusamente Juan. Marchaba como un autómeta, y no disparó un sólo tiro. ¿Ni cómo había de hacerlo, si no lo sabía, ni odiaba a nadie?....

Plegó la muerte sus negras alas de exterminio, y la noche, desplegando las suyas llenas de sombras y misterios, cobijó aquel campo del fatricidio, del que se alzaban, clamando venganza, clamores, ayes, gemidos y blasfemias....

Luisa y Esperanza recorrieron el campo de herido en herido, de moribundo en moribundo, de cadáver en cadáver, ensanchando a cada paso la llaga horrible que la más cruel incertidumbre les había abierto en el pecho. Caminaban encorvadas, gemebundas, como envejecidas prematuramente por el dolor. Al fin, sobre un lecho de

rastrajos y *amorsecos* a donde se había arrastrado, encontraron a Juan. Estaba el pobre tendido de espaldas, y en su rostro débilmente iluminado por la luna, cuyo disco asomaba como receloso, medio velado por nubes de luto, se veían ya las sombras líbidas de la muerte. Un casco de metralla le había abierto el vientre, y en aquel instante, mientras sus labios trémulos y tierrosos, borbotaban algo, sin duda una plegaria, se llevaba las manos crispadas a la herida, cual si quisiera impedir que las entrañas, y con ellas la vida, se le escaparan por ella.

— ¡Ay! mujer ¡ay hija!.... Los conservadores, los liberales, me matan.... ¿qué mal les hice? ¿en qué les ofendí?.... — Algo más murmuró, que no pudo oírse; luego sus brazos se deslizaron inermes, abrió desmesuradamente los ojos mortecinos y vidriosos, y viéndolas, viéndolas intensamente, como para llevárselas grabadas en el alma a la eternidad, espiró en una suprema convulsión....

Ni siquiera sus huesos volvieron a su aldea tan querida: en junta de los de sus compañeros de infortunio, y de los sus victimarios, víctimas a su vez, blanquean un valle ajeno, que fecundó con su sangre, sangre inocente, sangre de Abel!....

¡La novela de Juan, novela violenta y rápida, con epílogo de lágrimas, de sangre y desolación!

*
* *

Pedro no se había casado mucho tiempo antes por una razón muy sencilla, pero muy rara en tratándose de campesinos: porque jamás se le había ocurrido tal cosa. La vida retirada que llevaba; su constante y rudo trabajo en el molino; los cuidados y el cariño para Justa, su viejecita abuela, le absorbían por completo, y su corazón de más de veinte años dormía aún para el amor, al menos aparentemente.

Sin embargo, los últimos meses había sentido algo dentro de su sér, que no acertaba a explicar,

— Tengo tristeza, agüela, — decía, conversando las noches con la anciana; — tengo no sé qué; de todo me canso, todo me parece distinto de lo de antes. A veces el corazón me da un vuelco y viro para todos lados, como si fuera a ver a *alguin*, y no veo a *naide*; y viéndome solo, me da derrepente cólera, derrepente una pena.... En fin.... estoy no sé qué laya.... No sé qué me sucede....

La abuela, viejecita sabida, sonreía maliciosamente, moviendo la cabeza de arriba a abajo; y mientras imprimía un rápido giro al huso, que nunca dejaba de entre los dedos, contestaba indefectiblemente:

— No *tasustes*, hijo, no tengas pena; a todos sucede eso alguna vez; cosas de la juventud....

— ¿Pero hasta cuándo será esto, caramba? — replicaba Pedro.

— Ya pasará, hijo, ya pasará, no *tapures*: encomiéndate a la Virgen Santísima del Carmen y a las ánimas benditas, y nada más.

A la viejecita, para quien no había en el mundo más afecto ni otra preocupación que su nieto, no le habían pasado desapercibidos los síntomas que tanto alarmaban a éste, y se había dado cuenta mucho antes que él de la causa de todos ellos. En medio de su natural retraimiento, Pedro gustaba mucho del trato de Luisa y Esperanza, sus vecinas. Con ésta se había criado desde niño; juntos habían jugado en el patio del molino; juntos habían ido al pueblo, a aprender en la escuela lo poco que sabían; juntos, en fin, habían llorado la muerte de los seres queridos de una y otra familia, unidas por antigua y firme amistad. Nada de raro tenía, pues, que aquel afecto suyo por Esperanza fuera con el tiempo, y con llegar ella a ser la más garrida moza de muchas leguas a la redonda, convirtiéndose en amorosa pasión, que el mozo no sabía distinguir de su ingenuo cariño de otros tiempos a la compañera de sus mejores años. Pero a la sazón, las cosas habían llegado a tal punto, que en el momento en que coincidiera su indefinible malestar con la vista, o el recuerdo siquiera de Esperanza, se descorrería el velo que le ocultaba el verdadero estado de su alma y los naturales



instintos de su corazón; instintos que por no poder dirigir por un mismo sendero la imaginación, traían al pobre mozo de vuelta y media.

Todo lo había comprendido, a su manera, la viejecita, y por eso no se preocupaba tanto como Pedro de lo que sucedía a éste: antes, gozosa de que las inclinaciones de su nieto fueran por ese lado, esperaba tranquila el momento en que el mozo abriera los ojos y se diera cuenta de lo que en su corazón estaba pasando.

Mientras tanto, Pedro iba de mal en peor: caviloso, medio cerril, iracundo, casi insupportable. Hubo días en que su tan querido y vetusto molino, y de consiguiente su negocio, marchaban a la buena de Dios, como si también Pedro dijese, siguiendo el ejemplo de sus antecesores: «¡Que arree el que venga detrás!» Y si no hubiera sido por Justa, sabe Dios lo que el asendereado muchacho hiciera entonces. Tal vez hubiera realizado el deseo que a veces le venía «de mandarse cambiar, aunque sea a *tierra abajo*».

La viejecita. sonreía y callaba contentándose con mirar larga y fijamente a su nieto, y con hacerse una cruz en la boca, mientras pensaba, poseída de cierto temor cenil, que de infantil tenía mucho, que «no era prudente abrir de golpe los ojos al chiquillo, porque era muy inocente la criatura de Dios, sin pizca de experiencia ni de malicia»

En aquella ocasión, Pedro estaba peor que nunca: más cabiloso, desmazalado, y de un humor de dos mil demonios. Su abuela, inquieta ya, y viendo que era necesario sacarle de ese estado, había partido muy por la mañana al pueblo de San Pascual, con el propósito de oír una misa al Señor del Buen Consejo, y de consultar el asunto con el cura. Y a darla el encuentro salió el mozo, preocupado, acaso, por su tardanza, y perseguido por las bromas de Luisa, quien, por lo visto, acariciaba las mismas ideas que Justa, y trataba también, aunque no con la prudencia de la anciana, de hacer comprender a Pedro que debía dirigir sus pensamientos a donde sus instintos le llevaban. Hay quienes aseguran que entre ella y la abuela de Pedro se había ventilado largamente el asunto; y pretenden aun que la misma Esperanza no andaba ajena a aquellos clandestinos e inocentes manejos, que tan de cerca, y con tanto gusto de su parte, le tocaban. Porque hay que saber que en la linda y juiciosa muchacha se había obrado la misma transformación de afectos que en Pedro; pero más claramente percibidos y más pronto aceptados por ella que por el atolondrado mozo.

*
* *

El Quijote
Mientras éste, firme en la idea de dar un susto a Esperanza, permanecía oculto

detrás del muro de adobón enrojecido por el sol y en el que la lluvia de la noche precedente había dibujado negra y caprichosa flecadura, la muchacha iba acercándose, acercándose, a todo el trotar de su borrica Palomina, dando y cabando en que el Político, Don Macario, era un mal hombre, un mal cristiano, capaz de jugarle una mala partida a cualquiera, y mucho más a ella, por la lección que hacía poco rato le había dado, para castigarle por sus abusos y perversidades.

Pedro sacaba de vez en cuando la cabeza por detrás del muro para verla; y cuando la tuvo cerca, comenzó a llamarla, ahuecando la voz:

— ¡Esperanza! Es - pe - ran - za!

— ¿Quién me llama? — preguntó, inquieta y sorprendida, la muchacha, mirando a uno y otro lado.

— ¡Es - pe - ran - za! ¡Esperanza! — volvió a decir Pedro, más recio. Como continuasen las voces y no viese a nadie, Esperanza, llena de susto, pinchó, con una espina que traía a la mano, a la borrica, y ésta se lanzó, ligera, sacudiendo el desairado rabillo, como poseída del mismo espanto que su dueño.

Pedro saltó entonces al camino y corrió gritando:

— ¡Aguarda, Esperanza! ¡Si soy yo! No te asustes.

Mas, la borrica, espantada con la repentina salida del mozo, hizo rápidamente un

cuarto de conversión a la derecha, y la hermosa *amazona campesina*, cayó desgarbadamente al lado izquierdo, dejando al descubierto algo más que las redondas pan-torrillas.

Pedro, acostumbrado a ver y tratar todos los días a Esperanza, y a dar y recibir con frecuencia bromas, no siempre muy delicadas, en otra ocasión se hubiera tal vez echado a reír, pues bien veía que la caída de la muchacha no era cosa mayor; pero entonces pasó por él algo como si la robusta campesina le hubiera caído en la coronilla, y la risa se le heló en los labios.

— ¡Jesús! ¡qué fue, pues, esto! — exclamó turbadísimo, llevándose las manos a la cabeza.

Antes de que acudiera el mozo a ayudarla, y con más presteza que se dice, ya estaba de pie, Esperanza, exclamando encolerizada:

— ¡Qué animal! — palabras que dolieron a Pedro más que la caída a la moza.

— ¡Perdona, Esperancita, perdona! — dijo aquel, llegándose mohino y avergonzado a la muchacha, que sujetaba a la borrica por el cabestro. — No pensé que se hubiera espantado la burra....

— ¡Qué tal Pedro! ¡qué gracioso! — contestó Esperanza, poniéndose roja de vergüenza.... pero sonriendo y mirando al mozo.

Este, que no creyó salir tan bien del paso, y que pensó que Esperanza le iba a

echar el agua al molino, se llenó de contento al ver ese arco-iris de paz, la sonrisa y la dulce mirada de su vecina.

— ¿No te *golpiaste* nada? ¡Vaya! fue una desgracia con felicidad! — y respiró satisfecho. Luego añadió: — ¿Y de *ande* bueno, a esta horrilla, vecinita?

— De San Pascual, no más, Pedro ¿Y tú, a *onde* caminas?

— ¡Pues!.... digo.... a encontrar a mi agüela, que se fue al pueblo ¿no *las* visto, por si acaso?

— Sí la vide saliendo de la iglesia, y después hablando con el Señor Cura.

— ¡Oyá! entonces todavía ha de tardar en venir.

Esperanza, en tanto, trataba de acercar la borrica a una piedra que había a un lado del camino, para poder montar; pero Pedro, ¡listo era el muchacho! antes que ella se diese cuenta, la tomó por las corvas y... ¡arriba! La borrica se dobló al peso, respiró recio, y sacudiendo ligeramente el rabo, mal sujeto por la grupera y la retranca, trotín trotando, emprendió de nuevo el camino. Pedro pensaba: «si me pusiera a las ancas»; y pensaba la muchacha: «si la borrica fuese paso a paso, y la casa estuviera lejos»....

— ¿Y tu agüela? — preguntó, al ver que Pedro la seguía.

— ¡Ya vendrá! — contestó éste. Y quedaron mirándose un momento. «¿Cómo es

que no me i fijado antes en que mi vecina es una perla?».... pensaba Pedro, mientras Esperanza se decía: «mi vecino es todo un buen mozo».... Y tornaron a mirarse, y sonrieron sin decirse nada.

Derrepente, Pedro dió un salto y se puso a horcajadas en las ancas de Palomina; para no caer, naturalmente, cruzó los brazos por el talle de Esperanza, y ésta se mordió el labio inferior y dio a Pedro unos cuantos pellizcos en las manos, exclamando:

— ¡Ay! no sé!.... ¡Qué es pues esto! Pero el mozo no hacía caso de los pellizcos, y decía al oído de la ruborizada muchacha:

— ¿Sabes una cosa, Esperanza?... Sabes, te digo?....

A pesar de su doble carga, Palomina llegó a la casa en un periquete: así al menos les pareció a Pedro y Esperanza, quienes de buena gana se hubieran ido así, juntitos, a dar la vuelta al mundo. Pedro desmontó de un salto, y antes que Esperanza se diera cuenta, la tomó por la cintura y.... ¡abajo! No sólo la dejó en el patio sino en el mismo corredor, a pesar de las protestas de la muchacha, quien, al fin y al cabo, terminó por suplicar a Pedro que entrara.

— Es el caso que.... me voy, contestó el mozo, que no tenía ninguna gana de alejarse de Esperanza, sin decirle antes unas cuantas cosas que le rebullían en la cabeza. Como por encanto habían de-

saparecido sus tristezas y desazones, y le embargaba un sentimiento nuevo, desconocido para él hasta entonces; tenía ímpetus de arrojarse a los pies de la muchacha, de gritar, de hacer cualquiera barbaridad; pero, al mismo tiempo sentía una timidez, también desconocida hasta entonces, y aun el hecho de haber subido a las ancas de Palomina, de haber estrechado el talle de la moza y haberla dicho lo que le dijo, le parecían entonces actos impropios y de un atrevimiento incalificable — Me voy — repitió, tomando tímidamente la mano que le extendía la muchacha, y mirándola intensamente, como hipnotizado por la risueña y picarezca mirada de ella.

— ¡Me voy, me voy! — replicó ésta, sin dejar de sonreír, y sin retirar de entre la manaza de Pedro la suya pequeña y regordeta — ¡Ni si estuvieras en casa de enemigos! — añadió; y como Pedro callara, dijo todavía, inclinando a un lado la cabeza y sin dejar de sonreír y de mirar dulcemente al muchacho que temblaba:

— ¿Qué mal modo has visto, pues?

Pedro trató de decir algo; pero no pudo articular palabra; luego soltó bruscamente la mano de Esperanza y se dirigió con rapidez hacia el patio, exclamando, despechado.

— ¡Carambas! ¡si no puedo, si no puedo!... ¡hasta luego, Esperanza!...

— ¡Hasta luego, Pedro!

A los pocos pasos se detuvo y sus ojos hallaron, siempre fijos en él, los risueños de la muchacha.

— ¡Esperanza!....

— ¡Pedro!....

— Es que.... pues.... ¡Caramba! quisiera decirte una cosa, pero.... no puedo ¡caramba!

— Pero ¿quién te ataja, Pedro?

— ¡Nadie me ataja ¡caramba!.... pero....

— Pero ¡habla no más, pues, hombre!

Viendo que la muchacha como quien dice le tiraba de la lengua con sus palabras, y más aún con su dulcísima sonrisa y sus insinuantes miradas, animóse el mozo; se acercó, volvió a tomar la mano de la muchacha y.... volvió a mirarla sin decirle una palabra.

— ¿Qué tienes que decirme? — insistió ella, entre tímida y maliciosa.

Pedro vio que era necesario hablar, y responder cualquier cosa; pero en el colmo de su turbación, saltó:

— ¡Bueno!.... ¿A mí me dijiste *animal*?....

Esperanza soltó una franca carcajada y contestó:

— ¡No, Pedro, no! si fue a la borrica....

— ¿A la Palomina?

— Sí, a la Palomina.

— ¿De veras?

— ¡De veras!

— ¿Palabra de honor?

— ¡Pues, palabra de honor!

Luego los dos rieron en duo, y el mozo volvió a hacer el ademán de retirarse, diciendo:

— ¡Vaya! entonces ¡hasta luego!

— ¿Y eso era *todo* lo que tenías que decirme? — preguntó la muchacha con un mohín picarezco.

— Eso era — respondió el otro, sin saber lo que decía. Y repitió— ¡Hasta luego!

— «El que mucho se despide.... pocas ganas tiene de irse».... ¡Hasta luego! ¡hasta luego!

Pedro salía, maldiciendo en sus adentros la inusitada timidez, que le hacía quedar tan mal. Pero Esperanza, interesada en el juego, tanto como Pedro, y deseosa de *darle ala* para que lo soltara todo de una vez, le llamó:

— ¡Pedro!

— ¿Me llamaste?

— Sí, ¿oyes?

— Oigo.

— ¿Qué me viste cuando me caí?

Aquí el de la franca risotada fue el mozo, quien, encantado de reanudar la conversación, contestó:

— Pues.... sabrás que te ví....

-- ¿Las canillas?

— Algo más ¡caramba!

— ¡Calla! ¡hablador! ¡alabancioso! ¡qué más te quisieras! — Y la muchacha hacía el ademán de taparle la boca con la mano.

— ¡Pero, por qué te asustaste? — preguntó éste, en su afán de no quedarse nuevamente callado.

— Porque creí que era.... ese viejo contestó ella; y añadió: — Me vió en el pueblo, y creí que había venido a espiar-me. Como no me deja en paz en ninguna parte....

Pedro, al oír esto, sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, y se puso serio.

— Pero yo le *hago fieros*, — siguió la muchacha, levantando desdeñosamente los hombros.

— ¡Le haces fieros? — dijo Pedro, distraído, sin darse cuenta de lo que decía.

— ¡Claro!.... ¡Ya, porque es el Político, cree que le he de hacer caso.

— ¡Pero, que te dice? — volvió a preguntar Pedro, como antes.

— ¡Ni sé qué adefesios!... ¡Eso sí! ahora no más le hice callar, acomodándole un *quantón* en la boca.

— ¡Jesús! ¡de veras?... Pero, ¡bien hecho! ¡carambas! ¡qué bien hecho! ¡De veras, le diste?... ¡Dios te pague! ¡Dios te pague, Esperanza!....

Y perdida la timidez, tomó Pedro la mano de la joven y la llenó de besos apasionados. Luego reflexionó un momento, con la vista baja; la alzó de nuevo y mirando entre risueño y serio a su vecina, cuyas manos no abandonaba, se puso a cantar a media voz:

- «Negrita, por tus amores
 Los jueces me andan celando....
 — Me aconsejan que te deje,
 Pero ¿yo dejarte?.... ¡cuando!»

concluyó la campesina, riendo; luego retiró rápidamente sus manos de entre las de Pedro, y fue a sentarse en el poyo del corredor.

Siguióle Pedro y se sentó a su lado.

Entonces sí que el tímido campesino supo hablar. Picado repentinamente del aguijón de los celos, y envalentonado por el proceder insinuante y franco de la joven, *soltó* cuanto tenía adentro. En lenguaje sencillo, pero lleno de fuego, en frases entrecortadas y anhelantes, le habló largo, muy largo, mezclando dulces recuerdos con venturosos proyectos para lo por venir; jurándola que la había querido siempre, siempre, desde que ambos eran niños, pero sin darse cuenta, sin comprenderlo hasta entonces; maravillándose de haber sufrido tanto, de haber estado ciego, sin saber la causa de sus desazones y tristezas; refirió lo que su abuela le había dicho cuando del caso se trataba, y las bromas de Luisa, que ya sabía él a donde se encaminaban. En fin, habló cuanto no había hablado en su vida, y ni siquiera se preocupó de saber lo que Esperanza juzgaba de todo aquello: tan seguro estaba de que la moza sentía por él lo mismo que él sentía por ella.

Y ella, no dijo una palabra: en los colores, ya rojos, ya pálidos de su rostro; en

el alzar al cielo los ojos, ya brillantes, ya humedecidos por las lágrimas; en el mirar apasionado a su interlocutor y en el clavar la vista en el suelo, mostrando estaba la agitación de su espíritu y el sucederse de unos sentimientos a otros, sin orden ni concierto.

Sabe Dios hasta cuándo hubieran estado así, mano a mano, los amartelados campesinos, si una voz conocida no viniera a sacarles de su arrobamiento:

—«Piensan los enamorados,
Piensan y no piensan bien;
Piensan que nadie les mira
Y todo el mundo les ve»

dijo la voz, al mismo tiempo que dos brazos flacos y temblorosos unían a los dos jóvenes en un solo abrazo apasionado y fuerte. Eran la voz y los brazos de la excelente viejecita, abuela de Pedro, que entró a la casa cuando regresaba del pueblo, y estuvo un buen rato mirando y oyendo, sin que repararan los dos en su presencia, hasta que ella no pudo contener ese arrebató de su alegría y su ternura.

*
* *

Consejo de familia hubo pocos días después en el cuartucho del vetusto molino; consejo al que asistieron, de un lado Justa y Pedro, y del otro Luisa y Esperan-

za, para acordar las bodas, y todo lo concerniente a ellas, de esa idílica y embobada parejita.

— Se ve el dedo de Dios; se toca la mano del Señor del Buen Consejo, — decía la abuela, alzando hasta la boca las manos juntas; y continuaba: — Pues sabrán que viendo a éste (y señalaba a Pedro con el dedo índice, seco y huesoso) — viendo a éste así, tan triste, tan sin gracia para nada, tan ni sé qué laya, me fui a oír una misa al Señor del Buen Consejo para que le alumbre, para que le abra los ojos, y yo que vengo, pensando, pensando, al pasar por su casa, ñora Luisita, oigo voces, *dentro*, y . . . ¡catay! . . . los dos, como tortolitos, parla que te parla, diciéndose maravillas. ¿No es un milagro patente? . . . ¿no es cierto? Ambos viendo claro, comprendiendo todo y con los ojos abiertos. . . . ¿No es un milagro? . . .

— ¡Milagro patente! ñora Justa, milagro patentico: si no está en este caso de los chiquillos el dedo de Dios ¿ónde puede estar? — replicó Luisa, mientras Pedro y Esperanza, para quienes no había más milagro, ni más dedo de Dios que su amor y su felicidad, se miraban sonriendo y no sabían qué hacer de las manos.

— Así, pues, — siguió la abuela, — la función debe hacerse mientras más antes mejor: primeramente porque Dios lo quiere; después. . . . porque los chiquillos también lo desean. Y esto es lo principal, ñora Lui-

sita: primero la voluntad de Dios y después la voluntad de ellos; y la voluntad de los padres también. Eso no falta, gracias a Dios y a la Virgen Santísima; porque nosotros cuánto ha que hemos hablado de eso: siendo como nacidos el uno para el otro, decíamos, si ellos *comprenden* la *convenencia*, algún día ojalá Dios quiera que sean marido y mujer. Por eso digo: mientras más antes mejor. — Lo mismo digo yo, ñora Justa — contestó Luisa a la parrafada de la abuela. — Además, — siguió Justa, — hay otros motivos para apurarse: *éste* me conversa (y volvió el rostro hacia Pedro) que Don Macario, el Político, anda persiguiendo de día y de noche a la soltera, y puede que pase alguna desgracia, y....

— ¡A mí? ¡a mí? — interrumpió sobresaltada Esperanza.

— No, hija, no.... deja que parle: *éste* es muy precipitado y brinca como la pólvora por cualquier cosa; y ahora que está *palabriado* con la chiquilla, si es que dice un algo, no más, el tal Don Macario, puede que en un rato de cólera....

— ¡Le rompa la boca sucia y le tape los ojos, y.... y.... y.... — saltó Pedro, poniéndose de pie y apretando los puños.

— ¡Eh! ¿no ven? ¿no ven?.... — continuó la viejecita: si es un desjuiciado.... ¿No ves que es la autoridad? ¡Quando sin darle motivo, hace ese mal cristiano....

lo que hace!... *cuanti más* si le dieras motivo....

Iba a seguir hablando. Justa, pues era aficionada a hacerlo largo y tendido; pero Luisa, que al saber que el famoso Teniente Político perseguía a su hija, sintió que el corazón se le encogía y se le helaba la sangre en las venas, se persignó, alzó las manos a la cabeza, miró a todos lados, como si temiera ver al odioso personaje, y cuando pudo articular palabras, habló. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y su voz era trémula y quejosa. El Político, ese hombre fatídico, era su sombra negra, el abismo que se había abierto entre sus días felices y su desgracia, y no podía oír hablar de él sin que todas las llagas de su corazón se renovaran y vertieran sangre. Mientras hablaba, sin concierto, casi locamente, de ese hombre sin fe, sin corazón, sin conciencia, sin entrañas, lanzaba miradas retrospectivas, y le veía, sí, le veía entrar bruscamente al pobre cuarto, para arrancar a viva fuerza, de entre sus brazos y los de su hija a su esposo, a Juan; le veía, sí, le veía: con los cabellos revueltos como crines; los ojos sanguinolentos; la nariz roma y torcida; la boca enorme y llena de dientes verdosos, abierta por una sonrisa burlona y maligna: y le oía; oía sus gritos, sus torpes excusas, y luego las carcajadas que iban perdiéndose, perdiéndose a lo lejos, confundidas con los aullidos furiosos del huracán desen-

cadena y los clamores de la Naturaleza sometida a tormento. . . . ¡Inolvidable, horrible noche!

Calló, al fin, la desdichada; pero ideas de todo género, hijas de su indignación exacerbada, de su justo temor y de su tristeza inconsolable, como si quisieran salir todas juntas, le ahogaron la voz en la garganta! No pudo hablar ya. . . . pero levantándose rápidamente, fue a estrechar entre sus brazos a Esperanza, como para guardarla dentro de su corazón destrozado, por temor de que se la quitaran. . . . ¡Pobre Luisa! medio enloquecida por los recuerdos dolorosos y los presentimientos sombríos . . .

Después de un corto silencio, interrumpido por los sollozos de Luisa, por las exclamaciones de la abuela y los suspiros de Esperanza, volvió a reanudarse el diálogo, y muy merecidamente, por cierto, pusieron los del consejo como no digan dueñas a Don Macario Hernández, Teniente Político de San Pascual.

— Hay que guardar el secreto de la función, — decía Luisa, — porque ese mal cristiano tiene escuchas y testigos pagados para todo, y al saber la cosa, puede que quiera poner impedimento. . . .

— Y es capaz de mandarme a mí a la cárcel, y hasta al *panáutico*, con cualquier pretexto, — continuó Pedro, tristemente.

— ¿Así no hizo con Don Félix, para embargarle las tierras? — dijo Luisa.

— ¡Así no hizo con el finado Lucas, para que no le den al pobre el puesto donde él, no más, quiere estar clavado? — añadió la abuela.

— ¡No hizo lo mismo con el *Anrés*, alma bendita, porque no quiso dar la papeleta por esos diputados? — arguyó también Esperanza.

— ¡No hizo de darle de alta en la Artillería al compadre Manuel; y no le quemó la casa, cuando quiso robarle la mujer. . . . ? — concluyó Pedro, como dando al Teniente Político el golpe de gracia. — ¡Mal cristiano, bribón! — siguió; — y lo peor que en toda la vida no hemos de zafar de ese condenado; ahora días, no más, cuando fueron algunos vecinos honrados para pedir que le boten, no dijo el *dotor* A*. . . . que es uña y carne con él porque le saca toda la vida de diputado, que por lo mismo que es un bandido y un pícaro y un criminal le ha de eternizar en el puesto. . . . ? (1).

Como consecuencia de todo lo dicho, los campesinos convinieron en que se había de guardar el secreto; y luego en que las bodas se verificarían *mientras más antes mejor*, a más tardar, por año nuevo, habiendo que sacar previamente las dispensas de proclamas.

(1) Aunque parezca inverosímil, el hecho es rigurosamente histórico, tratándose de un Teniente muy semejante al de nuestro cuento, y un doctor, muy conocido en cierta ciudad.

*
* *

«¡Cómo se pasan los días! ¡cómo corren los meses! ¡cómo vuelan los años!» exclamarían otros, avaros de la vida, mientras Pedro y Esperanza decían con gran desaliento: «¡Jesús! ¡qué tal, pachorra de tiempo! ¡recién llega Diciembre!»

Sí, llegó Diciembre; llegó en el carro del tiempo, como arrastrado por brisas suaves y tibias, saturado de aromas, cargado de flores y frutos: llegó con sus mañanas deslumbrantes y ricas de aladas armonías, y sus crepúsculos dorados y serenos, animados por la vocinglería de los chiquillos, que siempre le esperan con júbilo.

El que experimentaron Pedro y Esperanza, no hay para qué ponderarlo: le recibieron como quien dice con los brazos abiertos: a fines de él, en la Noche Buena, debía el cura de San Pascual echarles la bendición, al empezar la linda misa del gallo, cuando el recinto del templo estuviera lleno con las luces de mil espermas, con el pintoresco Nacimiento, con las fragantes nubes del incienso, los perfumes de las flores y la alegre algarabía de los pífanos y tamboriles que los chiquillos del pueblo tocarían a más y mejor. Y cómo habían de regresar, contentos, alegres, felices sobre toda ponderación; ella, jineta en Palomina, enjaezada de nuevo, coronada de flores, con su mantón de flecos y su

centro de bayetilla flamante; él, a pie, ciñéndola el talle con el brazo, con su pantalón *floreano*, su camisa bordada, su saco corto, sus botines de charol;... ambos en medio de los convidados, que irían quemando cohetes y gritando: «¡Vivan los novios! ¡vivaan!» Y luego en la casa ¡qué cena de Noche Buena tan famosa! ¡cómo desfilaría, en sendas bandejas, los *cúyes*, dorados a fuego lento, rodeados de humeantes papas enteras envueltas en picante salza; los capones exquisitos, y por fin, el pavo relleno, que iría diciendo «comedme», a fuerza de provocativo....

¿Después?... después, se bailarían, sí, se bailarían el *sanjuanito*, el costillar, hasta alguna polka.... ¿Después?... ¡Ah! después, el humor iría decayendo en los convidados; se irían todos, uno a uno, y ellos.... ellos se quedarían solos, solitos, en el cuarto preparado para los novios, enjalbegado de nuevo, con muebles nuevos, con una cama nueva también, que luciría unas sábanas deslumbrantes de blancura....

¡Y cómo, con todo esto, el Teniente Político estaría dado al diablo, con su palmo de narices!....

¡Diciembre! ¡bendito diciembre!....

.....

El idilio de la vida. Pedro y Esperanza, sujetos por el dulce lazo de un amor inmenso y puro, estaban «siempre juntos,

siempre unidos», hablando siempre de sus dichas presentes, de sus felicidades futuras, de sus ilusiones y sus esperanzas. Era la de los dos la vida del idilio.

.....

La heredad de Esperanza reboaba en mieses sazonadas: al impulso del viento se formaban oleajes dorados que iban ensanchándose, ensanchándose, hasta perderse al fin, gimiendo, en los cercos y ballas; las espigas, como cansadas, como presintiendo la segur que había de segarlas, se inclinaban dulcemente. Entonces, Pedro *prestó sus manos* a su preciosa prometida, y batidas las espigas por su mano poderosa, iban cayendo en manojos que ella agabillaba y ambos conducían a la era.

.....

La heredad de Pedro, rica en humus y cargada de abono, exhalaba el olor peculiar a los campos en estado de recibir en su seno la simiente, para hacerla germinar, nacer, crecer y ponerla en sazón. Entonces, Esperanza *prestó sus manos* a su adorado prometido; y mientras iba arrojando a manos llenas el dorado grano que llevaba en su falda a medias recogida, y que se esparcía por el aire y caía produciendo leve y acompasado ruido, él, detrás de la tarda y paciente yunta, iba cubriendo los surcos que recibían la simiente.

¡Y cómo reían, charlaban y cantaban entonces!

¡Bendito trabajo! — hubiera exclamado, al verlos, un poeta — ¡bendita maldición la del trabajo!

.....
 ¡Oh! los domingos y días de guardar! Pedro se sacudía el polvillo del molino, se alisaba el cabello, y echándose encima su modesto baúl, transformado en un guapo mozo, corría a casa de Esperanza, la cual, en el dintel de la puerta, y hecha un primor con su ropa dominguera, le esperaba impaciente.

— ¡Caramba, la buena moza!.... ¿Estás lista, Esperanza? — decía él

— ¡Dándome lo que te sobra!.... Ya estoy listita, Pedro — contestaba élla.

Pedro, a pesar de las protestas de cajón de la muchacha, la ponía en un santiamén sobre la Palomina y, «vamos andando», tomaban el camino de San Pascual.

— ¿Oyes?.... Es el primer repique.

— No; es el tercero.

— ¡Calla! ¡si ya están *dejando!*....

A veces llegaban al Evangelio; a veces.... a la Bendición.

Después de la misa, ella hacía sus compras al menudeo en la escasa feria; él jugaba una partida de pelota con sus amigos, y.... a casa de Luisa, para pasar juntos el día.

*
* *

— Las paredes tienen oídos ¿sabes, Pedro? Las paredes oyen y hablan también.

— ¿Qué dice, agüela? ¿qué?

— Te digo lo que te digo, Pedro: que las paredes tienen oídos y hablan.... ¡Qué ha de ser, pues, esto!.... ¡Ay, no! ¡Virgen Santísima!.... ¡Señor del Buen Consejo!.... ¡Por más que yo he guardado el secreto!....

Pedro, en jarras delante de Justa, que hacía zumbiar el huso con la derecha, mientras con la izquierda iba tirando el algodón del *guango* colocado sobre el rústico *tulur*, no cabía de asombro al oír las exclamaciones que la buena anciana lanzaba entre encolerizada y compungida.

— ¡Pero, agüela! ¿qué sucede? — preguntó, al fin, intranquilo y curioso.

— ¿Qué sucede?... ¿qué ha de suceder, inocente, sino que.... ese perro mal cristiano sabe ya *la mínima* de todo lo que está pasando.

— ¿Y de ahí?

— ¡Y de ahí! ¡y de ahí!.... ese hombre maligno dizque jura y perjura que ha de poner impedimento para que no te cases con *la Esperanza*.... ¿Ya sabes?....

— ¡Jesús, mi Dios! — exclamó el mozo, que recibió la noticia como un golparrón en el cerebro, dejándose caer junto a su abuela. — ¡Ni me diga, por Dios, ni me diga!....

— Iten más: dizque dice que el rato menos pensado, si la soltera no quiere de buenas, aunque sea a la fuerza ha de cargar con ella, robándola.

— ¡Eso más?

— Porque.... dizque se está pereciendo por ella, hecho un loco rematado: que no puede comer; que no puede dormir; que no....

— ¡Ni me diga! ¡ni me diga!.... ¡Semejante hombre!.... Pero ¿quién le contaría?

— ¿No te digo que las paredes tienen oídos?.... Talvez ñora Luisa diría a alguno; talvez la misma chiquilla; talvez....

— ¡Lo que es yo!....

— Yo menos,— concluyó la anciana, haciéndose una cruz en la boca. Luego añadió sentenciosamente:

— Y otra cosa también, que siempre te i estado predicando: «no vayas a *cainar* todo el día allí; no seas tan *empaciente*; ya estarán toda la vida juntos; ahora déjale sola, que «Piensan los enamorados».... acuérdate.... Eso mismo vería el mal cristiano o le contarían los que han visto....»

— ¡Bien puedes!.... Y ahora ¿qué hacemos? pero ¿qué hacemos agüela?

— ¿Qué hacemos?.... Lo que es tú.... esconderte.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las ajadas mejillas de la anciana, mientras miraba angustiada a su nieto.

— ¿Esconderme? ¡imposible! eso sí que no! ¿Y Esperanza?....

— Esconderte, esconderte, esconderte, aunque sea debajo de la tierra ¿oyes? aunque sea debajo de la madre tierra,— dijo

resueltamente la anciana; y después de breve pausa, añadió:—dizque va a comenzar la recluta.

—¡Eso más!

—Pues va a comenzar la recluta, porque ya mismo están peleando otra vez en tierra arriba. Ahora los conservadores dizque están queriendo botar del puesto a los liberales que están mandando. Así parlaban las molenderas.

Pedro, agobiado por tristes presentimientos y la cara hundida entre las manos, calló profundamente. Y tomando su sombrero se dirigió a casa de Luisa.

*
* *

Las siete de la noche. La luna, sin una nube que la empañara, bañaba en dulce y misteriosa luz los montes, las serranías, los valles. El silencio era profundo, y sólo de vez en cuando, le interrumpían los ladridos de los perros, el canto vibrante de algún gorrión trasnochado y el monótono ruido del molino, que según soplabla el manso viento, parecía acercarse o alejarse, hasta perderse poco a poco, como diluído en el ambiente sereno.

Luisa, Esperanza y Pedro, sentados al borde del camino, junto al portón de la casa de las primeras, hablaban poco y tristemente.

—No estés así, Perico,—decía Esperanza, acariciando la mano que lánguidamente le

abandonaba el mozo; — no estés así; alégrate.

—No puedo alegrarme, Esperanza.... ¡Si tengo unas corazonadas!.... Algo me va a pasar; talvez me voy a morir; talvez....

Una lechuza le interrumpió, helándole las palabras en los labios. Pasó azotándole la cara con sus alas oscuras, y rasgando el aire con un estridente graznido. Todos tres sintieron un estremecimiento de terror supersticioso.

—¿Oiste?

—¿Oiste?—se preguntaron ambos a la vez.

El *chushig* llora
Y el hombre muere;
Parece chanza,
Pero sucede».

—dijo Pedro.

—¡Oh! no digas eso; son abusiones,— contestó Esperanza, fuertemente impresionada.

«Parece chanza....
Peró sucede».

—repitió el mozo, gravemente.

—Pero, al fin, Pedro, ¿por qué estás así?— preguntó la muchacha;— algo te ha pasado.

—Para qué te he de negar nada, Esperanza: cierto que estoy triste y sin gracia para nada....

—¿Pero por qué?

Pedro vaciló entre si debía o no decir a su novia la razón de sus tristezas y preocupaciones. Al fin habló:

—Pues sabrás—dijo—pero no hagas caso; . . . pues sabrás . . . que de nuevo . . . ha empezado la guerra. Así le han conversado las molenderas a mi agüela . . . Todo el santo día ha pasado llorando la pobre . . . *Ya se han dado en tierra arriba*—añadió.

Luisa y Esperanza no pudieron contener un grito de angustia; mas, antes de que ellas le preguntasen nada, el mozo continuó, como lo había hecho años antes el pobre Juan, y como si le hubiera oído y recordase sus palabras:

—y lo peor que pronto dizque va a comenzar la recluta . . .

Las dos campesinas sintieron oprimírseles el pecho, y cruzándose una mirada de inteligencia, se pusieron a llorar desconsoladamente. En alas de la memoria se transportaron a aquella noche inolvidable, y volvieron a vivir las horas de angustia horrible, las horas de agonía lenta y cruel, durante las cuales, al rojo fulgor de los leños que crepitaban en el hogar, vieron a ese hombre fatídico entrar para arrebatarse entre sus propios brazos a otro sér querido, para arrastrarlo brutalmente a la muerte. La visión del hombre fatídico volvió a presentárseles; le vieron, sí, le vieron, con los cabellos revueltos como crines, con los ojos sanguinolentos y fosforescentes, con la boca abierta por horrible sonrisa; y oyeron sus gritos, y las súplicas de Juan, y las carcajadas del infcuo, y los aullidos

del huracán, los clamores de la naturaleza sometida a tormento....

Durante largo rato, no se oyeron sino los sollozos de las atribuladas campesinas, cuyos ojos, cuajados de lágrimas y alumbrados por la clara luz de la luna, parecían cargados de dolor.

—Otra cosa más, Esperanza: el Político ha maliciado todo, y dizque se ríe de nosotros, y jura que no ha de consentir en que nos casemos.

—¡Jesús! ¡Avemaría! ¡qué hombre!—exclamó Esperanza— ¡qué hombre tan malo!....

Luisa siguió llorando con más desconuelo aún.

Un jinete pasó por delante de ellos, tosiendo fingida y maliciosamente.

—¡El!

—¡Don Macario!

—¡El Político!—exclamaron a una y a media voz los tres; y sobrecogidos de terror, entraron precipitadamente a la casa.

—¡Cuando se nombra al ruin de Roma....—murmuró Pedro.

—¡Escóndete!—dijo Esperanza.

—¡Quiere robarte!—replicó Pedro.

—¡Robarme?

—Ha dicho que si no quieres de buenas, te robará....

—¡Dios mío! ¡qué hombre tan malo!!

*
* *

Y el Político habló al fin con Esperanza. En las idas y venidas y vueltas y revueltas de quien auda a caza de una ocasión propicia, se le presentó una muy calva: Luisa había partido por la mañana al pueblo, y la muchacha estaba sola en la casa.

Acostumbrada a dejar el lecho con la aurora para dedicarse a las faenas domésticas, ocupábase a la sazón en ordeñar a *Mulata*, que lamía impasible a *Lucero* que sujeto por una cuerda al brazo de su madre, estiraba a cada momento el pezcuezo en busca de la ubre repleta, que a la presión de los dedos de Esperanza, se estiraba y encogía, manando chorrillos de leche que en forma de saetas de plata. iban luego a convertirse en nivea espuma en el *mato* rebosante.

--¡Quieto, goloso!— decía la muchacha, cada vez que el ternero trataba de alcanzar el codiciado pezón; y seguía hablando como si se dirigiera a quien pudiese entenderla.—¡Quieto goloso! ¡quieto! digo; si no te estás en paz, te acomodo un *guan-tón*. . . . como a don Macario ¡eh!

El Político, que sin que la muchacha se apercibiera, se había colocado tras ella, y la devoraba con los ojos de sátiro viejo, al oírse nombrar, no pudo contener-

se, y aplicándole una palmada en las espaldas, exclamó, con la voz embargada por el temor y la pasión:

—¡Presente!.... Espe.... Esperancita!

La muchacha se llevó un susto tan grande, que si no cayó de espaldas, por lo menos soltó el mate lleno de leche. En seguida retirándose del mal hombre, que trataba de sujetarla por las muñecas, exclamó, llena de cólera y sobresalto

—¿Y qué se le ofrece?

—¿Qué se ofrece?... Pues.... pues....

—y don Macario no supo de pronto qué contestar; después de un momento siguió:

—Pues se ofrece que i venido a cobrarte los dientes que me sacaste el otro día, con el guantón que me diste ¡ja, ja, ja, ja!

—¡Qué dientes ni que nada! ¡váyase saliendo!

—Es que.... tengo que hablar a solas y....

—Nada tiene que decirme; ¡váyase, le digo, váyase *aurita!*

—¡Qué tal chiquilla esta.... Cada día más brava, pero más buena moza.

—¡Le digo que se vaya!

—Pero yo vengo como Dios manda ¿oyes? vengo en paz, a pedirte esos cinco jazmines ¿oyes? para.... digo.... y a ofrecerte en cambio estas cinco chontas; (y mostraba su manaza abierta) pues me i resuelto contraer *naucias*, ¿comprendes? y como soy.... aunque indino, el Teniente Político.... ¡carape! y como tengo cuatro *ria-*

les.... digo.... pueda ser que te conven-
ga ¿oyes, chiquilla?....

Esperanza, que insensiblemente había ido acercándose al corredor, cuando estuvo junto al cuarto, se metió velozmente en él y cerró la puerta; pero Macario, seguro de que nadie la veía, la abrió de un recio empujón, y entró también, exclamando.

—¡A mi *naide* me *burlea!* ¡carape! Por algo he de ser el Teniente Político Macario Hernández!....

La campesina, al verse perseguida, tomó un palo y salió por sus fueros a garrotazo limpio. Como, además, daba gritos, y era fácil que los oyeran, y acudieran vecinos o transeuntes, el famoso y enamorado Político tuvo que salir, a paso de lobo, diciendo:

—Todo es porque te vas a casar con el piojoso, nieto de la Justa; ¡ya verás lo que le hago al mocoso ese!....

Esperanza, por toda respuesta, azuzó a los perros:

—¡Búscale, cómele!

Los perros hicieron de las suyas; y en más de quince días el Político no pudo sentarse bien.

Luego, la tristeza, la intranquilidad y las lágrimas tomaron de su cuenta a Esperanza y a Luisa, a Pedro y a mama Justa....

Y natural era la razón que tanto la madre y la hija, como la abuela y el nieto tenían para pasarlo tristes y preocupa-

dos. Sabían muy bien hasta dónde era perverso y cruel el Teniente Político, y no se engañaban ni en un ápice al juzgar que había de jugarles una y buena, capaz de matar de un golpe sus ilusiones, alegrías y esperanzas, para vengarse del desaire que le hiciera la muchacha, por quien ardía en insana pasión y a quien hubiera querido, por fas o por nefas, entregar su mano. Además, la necia fatuidad propia de todo mal campesino que se cree elevado muy por encima de sus conterráneos, porque a fuerza de humillaciones y bajezas de todo género, consiguen el que ellos creen honrosísimo cargo de Teniente Político, le decía a cada momento al de nuestra historia que para conseguir el afecto de la hermosa campesina, no había sino que quitar de en medio a Pedro.

Y el famoso Teniente Político, especie de señor feudal de esos contornos, acostumbrado a que todos sus subordinados le rindieran pleito homenaje, no por el cariño ni el respeto, que jamás supo inspirar a nadie, sino por el error hoque su proceder autocrático y sus fechorías y baladronadas infundían en todos los infelices, desprovistos de armas para defenderse, no se dió punto de reposo hasta concebir un buen plan para apoderarse del mozo y zafar de él. Seguirle sumario por faltamiento a la autoridad y *secarlo* en la cárcel, no le era difícil; ya, con diversos fines, había ensayado el expediente, valiéndose de testigos

ganados por la mano, y dos o tres infelices guardaron larga prisión por.... nada. Pero en el caso presente, no le convenía ese medio: la prisión dura, mas, al fin y al cabo, tiene término; y luego, la cárcel quedaba tan cerca!....

—Nada,—se decía,—lo mejor es esperar unos pocos días: la recluta.... y la guerra.... — Al llegar a este punto, el Político se acordaba indefectiblemente de Juan, el padre de Esperanza, y se ponía serio; luego, como para acallar las voces de la conciencia (pues por protervo que fuera, no dejaba de sentir las) y desterrar un sinnúmero de ideas negras que se agolpaban en su mente, se ponía a silbar o cantar, si no tenía mejor cosa que hacer. Al fin, lograba que la idea de su plan quedara triunfante y sonreía satisfecho.

*
* *

El bueno de Pedro tuvo que andar unos cuantos días a salto de mata; pero viendo que el Teniente Político no se daba trazas para ejecutar la venganza que tenía por segura, comenzó a salir a hurtadillas de los escondites en que se guarecía.

Aquél día, después de ponerse de acuerdo con Esperanza y las otras mujeres, que aplaudieron su idea, saltando un zanjón por allí, atravesando una quebrada por allá, se dirigió a la heredad de su mejor amigo y confidente, Julián, a quien que-

ría muy de veras, para pedirle un gran favor.

—Julián,—le dijo al verle,—Julián, pues es el caso que tengo que decirte un gran secreto y pedirte un gran favor.

—Pues ¿para qué somos amigos, Pedro? ¿Qué se ofrece?

—Pues es el caso.... Pero.... ¡palabra de honor que no has de decir a nadie lo que te voy a contar!

—Te doy mi palabra ¿quieres más?

—¡Engancha!

Los dos compañeros entrelazaron los muñiques de las diestras.

—Bueno, corta el nudo, Julián.

El mozo, haciendo el ademán de cortar con la izquierda, desató el nudo.

—Pues, te diré que.... dentro de ocho días, en la Misa del Gallo, voy a casarme....

—¿De veras?

—Sí, hombre.... ¡A qué no adivinas con quién!

—Ya adivino: con.... con....

—Pues con la hija de ñora Luisa.

—¡Con *la Esperanza*?....

—¡Sí, con ella!

Julián, al oír la revelación del secreto de su amigo, se puso intensamente pálido y vaciló sobre sus pies. También él amaba a Esperanza; la amaba tiernamente; pero jamás sus labios se abrieron para decirselo a nadie, menos a ella: se conocía tan pobre, tan triste, tan desgraciado.... Ade-

más, la muchacha le inspiraba profundo respeto, y era él tan tímido. Esperaba, con todo, mejores tiempos, y trabajaba con afán....

Pedro notó la alteración de su amigo, y le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Nada.... me dió un *váquido*.—contestó Julián, sobreponiéndose y tratando de sonreír—me *almadeó* la cabeza.

—Pues, es el caso — continuó Pedro— que el Político me persigue para que no me case, porque está privándose por Esperanza; por eso hemos resuelto casarnos calladitos; sólo el Señor cura sabe.... ¡Qué fiesta hubiéramos tenido, si no se hubiera entrometido ese mal cristiano! — añadió, suspirando.

— Bueno, ¿y vienes a convidarme?

— Sí, al único.... y, como te dije, vengo también a pedirte un favor muy grande ¿me has de hacer?

— Según y conforme.... Si puedo....

— Pues, es el caso que.... quiero que seas mi compadre.

— ¿Cómo?... ¡Que yo sea tu padrino?....

— ¡*Ecuale!* la misma cosa.

— Eso sí que no, Pedro ¡por Dios! ¡eso sí que no!....

El pobre mozo no se creía con las fuerzas necesarias para presenciar la felicidad de su amigo, que iba en mengua de la suya propia. Ver morir sus ilusiones y san-

tas esperanzas; eso equivalía a asistir a su entierro.

— Eso sí que no, Pedro — repitió tristemente.

— ¡Por vida tuya, Julián!

— ¡Por caridad, Pedro, no! ¡por caridad! ¿oyes?

— ¿Pero por qué?

No siéndole posible a Julián revelar su doloroso secreto, apeló a pretextos fútiles y a argumentos que Pedro desvaneció al momento. Al fin, a las instancias, a las súplicas de éste, tuvo que ceder: accedió tristemente, vencido, anonadado, sin saber si llegado el caso, tendría el valor suficiente.

— Bueno, — dijo — bueno; seré tu padrino; pero... no iré a tu casa; no asistiré a la función que, aunque sea calladita, ha de haber después...

Una densa nube de polvo que se alzaba allá, en el horizonte, les distrajo la atención; en el seno de la nube se vislumbró algo como relámpagos; y por fin, se dejaron ver las siluetas de muchos soldados armados, que iban con dirección al pueblo.

— ¡Los soldados, los soldados! — exclamó Pedro, lleno de espanto.

Julián nada dijo.

Pedro, temiendo por su dicha, se ocultó entre unas matas; Julián, lleno de triteza y sin esperanzas, se quedó impassible, de pie, como una estatua. Tal vez había en su corazón cierto deseo informe y mal de-

finido de variar de desdichas, y quería que ese alud humano que pasaba sembrando por todas partes el espanto, la desolación y la muerte, le arrebatara consigo, como arrebató el huracán la hoja seca que encuentra a su paso.

El alud humano pasó sin arrebatarse la dicha del uno ni la desgracia del otro.

— Bueno, — dijo Pedro, pasado el peligro — a las doce de la noche, en la puerta de la iglesia....

— Sí, sí iré — contestó Julián, con aire resignado, y se quedó mirando a su amigo feliz, que corría con dirección a la casa de Esperanza.

— ¡Qué dichoso! qué feliz! — exclamó al fin, dirigiéndose lentamente a su pobre y mal aperada choza.

*
* *

¡Qué tarde aquella! No parecía sino que el mismo sol se hubiera quedado un momento detenido sobre los Andes, para contemplarla y recrearse en ella. En el cielo, rosado en el horizonte, violeta más arriba y azul oscuro en el cenit, había nubes caprichosas, alargadas unas, que parecían gigantescas plumas rojas; en grupos y amontonadas otras y teñidas por los colores más ricos. Y qué diafanidad en la atmósfera, qué tranquilidad y pureza en el aire, que suspenso y callado, no movía ni una hoja de los árboles.

En el pueblo de San Pascual había una animación y una alegría que contrastaban con la calma y la majestuosa serenidad de la tarde. La *comadre vieja* se había lucido en su fiesta, al entregar el *Niño* a la *comadre nueva*, que no le había ido en zaga en lo de botar la casa por la ventana para atender a convidados y curiosos. La *pasada del Niño*. . . ¡excelente!, ¡maravillosa!, al decir de los sampascualeños. Lo condujo *ñora* Petra, la comadre nueva, vestida de flamante *centro* de bayetilla roja, pañolón amarillo de largos flecos y complicadas bordaduras, y *rebozo aurora*, en un *charol* muy grande atestado de rosas, azucenas y *cartuchos*, que formaban un nido en el cual el niño iba como sonriendo en sueños de pura satisfacción. Precedían a la rumbosa *priosta* una porción de muchachitos vestidos de ángeles, que llevaban lindas bandejas llenas de flores, en cuyo centro había un depósito con carbones encendidos, donde se quemaba el incienso, elevándose en densas humaredas. Otra partida de diminutas *monjas* llevaba el *chagrillo*, que arrojaban a manos llenas sobre el Niño y la comadre, dejando el suelo alfombrado de pétalos multicolores. Luego venían, en confusa mezcla de sexos y edades, todos los habitantes de San Pascual, formando numeroso cortejo; y, por último, la *banda de música*, traída de la ciudad, tocando sanjuanitos que oran una gloria. De cuando en cuando rasgaban el

aire purísimo e iban a estallar a enorme altura los *voladores*, y se quemaban *sogas de truenos*, que asordaban como fuegos de fusilería. Todo el trayecto, desde la casa de la comadre vieja hasta la iglesia, estaba lleno de vistosos arcos compuestos de verdura y de pañolones y pañuelos: más de doce arcos hubo y en casi todos, al tiempo de pasar por debajo el niño, se abrió, por oculto mecanismo, un depósito que dejó caer grueso chorro de frescas flores. Y a todo esto, las campanas no cesaban de repicar, ni los muchachos de tocar sus pitos, ni los músicos de entonar sanjuanitos a más y mejor. . . .

Llegada la procesión a la iglesia, se acomodó al Niño en el *nacimiento*, primorosa obra artística del sacristán, la priosta y varios muchachos. El nacimiento y la iglesia toda, resplandecían alumbrados por gran cantidad de *espelmas*. Aquél estaba a un lado del altar mayor, y, descubierto en aquel momento, arrancó un murmullo de aprobación entusiasta de toda la muchedumbre. Lomas y montañas de cartón y rocas de encerados; bosques de helechos y *salvaje*; lagos formados con espejos, y chorreras de algodón escarmenado; prados de fino musgo, y chozas y castillos de papel pintado; y por lomas, montañas, rocas y prados, pasciendo en paradisiaca paz, cordeiros de algodón y leones de barro; caballos de madera y vacas de *corozo*, descomunales aquellos y diminutas estas; y toda una

fauna desconocida y asombrosa, que habría hecho las delicias de un naturalista, por las variedades nuevas y extrañas que hubiera descubierto. En el fondo se veía el histórico pesebre, con su buey y su mula, su estrella y sus pastores; con su Virgen diez veces más pequeña que el Niño y cubierta la cabeza con monísimo sombrero de Jipijapa, y su San José descomunal, con sombrero de mocora, botas rodilleras y gran capa española. Por aquí y por acullá, entre los árboles y las rocas, estaban colocados muchos y blancos pañales, camisitas y mantillas y escarpines y fajas, todo el ajuar preparado para el Niño por la rumbosa priosta.

Después, el cura cantó *Vísperas Mayores*, que habrían resultado más solemnes si el maestro de capilla no hubiera ido tan borracho, que no sabía qué salmo debía cantar y mereció una áspera reprimenda pública del cura, indignado con semejante desacato. Luego, en la plaza, que no cabía de gente, se quemaron abundantes fuegos de artificio: más de media docena de *chiguaguas*, cuatro *ruedas*, igual número de tremendas *vacas locas*, que hicieron de las suyas entre los curiosos; y por último, el soberbio *castillo*, con profusión de luces de Bengala, que arrancaban voces de admiración y aplauso. Los *busca-pies* se cruzaban con espantable profusión, y los voladores no cesaban de rasgar el aire y estallar, derramando bombas de colores, atronando

los espacios, con gran espanto de todos los perros de la vecindad. Y por todas partes gritos, cantares, silbidos, la mar. La música seguía incausable con los sanjuanitos.... ¡Qué tarde y qué noche aquellas!....

*
* *

Se acercaba la media noche. Las campanas repicaban alegremente, y la banda de música, reducida, a causa de las frecuentes libaciones de los tocadores, al bombo, a un pistón y un clarinete, tocaba a lo lejos, en la casa de la comadre nueva, una monótona tonadita. En las calles que desembocaban en la plaza, se notaba mucha animación: multitud de hombres, mujeres y niños, éstos tocando incansables sus *gallos* de carrizo, acudían a la iglesia, profusamente alumbrada, para oír la misa del gallo. Iban todos, hombres, mujeres y niños, con ropas recién estrenadas, formando abigarrados grupos y conversando en voz alta, y riendo, tranquilos y felices. A poco, el templo rebosaba de devotos y curiosos. Se habían dado ya las últimas campanadas, en la campana mayor, señal de que *iba a pararse la misa*; pero el señor cura, lejos de ir a revestirse con los sagrados ornamentos, iba y venía, hablaba con el sacristán en voz baja, y éste hablaba con el monaguillo, y todos esperaban, esperaban, desasocegados e inquietos por

la tardanza, y seguros de que algo nuevo e inesperado iba a acontecer.

¿Qué será? ¿qué ocurrirá? — se preguntaban todos con extrañeza, pero nadie contestaba.

Al fin, un murmullo vago, que fue propagándose por todo el templo, se dejó oír en la puerta y debajo del coro. Pedro y Esperanza, acompañados de Julián, el padrino, Luisa, la madrina y la viejecita Justa, acababan de llegar.

— ¡Un matrimonio! ¡Un matrimonio! — exclamaron todos, sorprendidos y curiosos.

— Pedro se casa con Esperanza.

— Esperanza se va a casar con Pedro.

Y ahí fueron los comentarios acerca del silencio y el misterio que habían envuelto el noviazgo; ahí de los chismes y cuchicheos y conjeturas.

— ¿Y qué dirá el Político?

— ¿Sabrá Don Macario?

— ¡Ay, no! ve pues esto! nadie lo ha oído siquiera.

Diez segundos después, la puerta no cabía de curiosos, envidiosos y envidiosas, que se empujaban unos a otros para conseguir un lugar de donde se pudiera ver a los novios y los padrinos, para presenciar, en fin, la ceremonia.

Pedro, aunque muy pálido e inquieto hasta el extremo de volver la cabeza ya a un lado ya a otro, como temeroso de algún peligro, estaba guapísimo, con su camisa aplanchada, su saco corto, su pantalón

floreano y sus botas de charol. Esperanza...! garrida era la moza, y estaba de perlas! Su falda era de flamante bayetilla aurora, rosado el *rebozo* y blanco el bordado pañolón que la cubría desde la cabeza; y entre los blancos pliegues del pañolón se destacaba su moreno rostro, en el que lucían los ojos de azabache, que apenas se atrevía a levantar ligeros momentos del suelo: tan ruborosa y llena de vergüenza estaba. Notábase también en ella la inquietud que dominaba a su novio, pero apenas lo manifestaba mirando a hurtadillas a éste, con interrogadora mirada, bajando luego la vista y sonriendo, cada vez más encendido el rostro por el rubor que la hacía más hermosa. Julián era la imagen de la tristeza resignada, y no alzaba la vista del suelo, como si tuviera miedo de la provocativa hermosura de su ahijada. Luisa vestía de luto, y tenía la faz llena a la vez de lágrimas y sonrisas. Justa estaba como rejuvenecida: se le había enderezado la columna vertebral y se le habían avivado los ojos; hablaba algo entre dientes y miraba gozosa a todos, y para todos tenía guiñadas y sonrisas.

Asomaron el cura, con sobrepelliz, estola y bonete; el sacristán, envainado en una alba vieja, con el acetre y una fuente, y el monaguillo, con la cruz alta.

Al verles, Esperanza y Pedro sintieron un estremecimiento, se apretaron las manos y quedaron mirándose un momen-

to, olvidados de sus temores y de que tenían sobre ellos tantas miradas escrutadoras.

El cura tosió, sonrió amablemente a los novios, y comenzó la ceremonia.

— Pedro Lozada y Esperanza Villasís, ambos de esta parroquia, quieren contraer matrimonio según nuestra Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Si hay algún impedimento, pueden manifestarlo: es la única amonestación — dijo el cura en voz alta y mirando a la redonda.

Se siguió un momento de silencio, y el cura iba a dirigir a Pedro la pregunta ritual, cuando se dejó oír una voz áspera y agudamentosa:

— ¡Sí hay impedimento!

— ¿Cómo? ¿qué? — preguntó el cura, mientras todos miraban con asombro hacia la plaza. Luego se abrió paso por entre la multitud el temible Teniente Político, seguido de un pelotón de gente armada. Encarándose con el cura, volvió a decir:

— ¡Sí! éste (y señalaba a Pedro) y todos los hombres mayores de edad, se van a servir al gobierno. . . . por orden superior. . . . ¡A ellos! siguió dirigiéndose a su gente.

Quiso el cura contestar, pero el tumulto, el desorden, el pánico indescriptibles que cundieron por todas partes, no le permitieron.

— ¡La recluta! ¡la recluta! — gritaban hombres y mujeres.

— ¡Vivan los liberales! ¡Viva el gobierno! ¡Abajo los conservadores! Mueran! — gritaban Don Macario y los suyos. Y la ola humana, arrollándolo todo, se echó a la plaza para disolverse y desaparecer: unos buscaban asilo en la iglesia; otros corrían desafortunadamente para ocultarse en los campos y las quebradas; quienes luchaban a brazo partido por desearse de los que les sujetaban; las mujeres, atropelladas por los hombres, iban y venían como locas, gritaban, lanzaban exclamaciones de horror y de súplica, lloraban a grito herido, llamando cual al esposo, cual al padre, al hijo, al hermano; los niños, abandonados en medio de la confusión y la oscuridad, caían, se levantaban, chillaban desesperados, llamando, a su vez, a la madre, a la abuela, a la hermana. ¡Qué confusión! ¡qué oscuridad! . . .

Pedro y Esperanza, llenos de espanto, de congoja, de terror, se habían unido en estrecho abrazo, como para protegerse mutuamente; pero Don Macario y unos cuantos milicianos los separaron a viva fuerza; y poco después, perdidos entre el tumulto, arrebatados por el oleaje cada cual por distinto lado, entre la densa oscuridad, apenas pudieron oírse una vez más.

— ¡Pedro! ¡Pedro! . . .

— ¡Esperanza!

Media hora más tarde, un silencio medroso había reemplazado a la alegre algarabía de antes; sólo de vez en cuando se oía por

aquí y por allá el sentido llorar de las mujeres abandonadas, y los gritos lejanos de Dou Macario: — ¡Viva la libertad! ¡Viva el gobierno liberal! ¡Mueran los *curuchupas*!

El cura, después de haber corrido de un lado a otro, sin saber a quien dirigirse, levantando a los niños que caían, tratando de consolar a las mujeres, se había quedado, al fin, de pie en la puerta de la iglesia. Así permaneció un momento, con los brazos cruzados, y luego, penetró en el templo, exclamando — ¡Dios mío! ¡Dios mío! — Y lloraba como una criatura.

Luisa y su pobre hija, que habían caído de rodillas, con las manos entrelazadas, para impetrar la misericordia del cielo, y perdidas entre las sombras, se habían retorcido de dolor, gimiendo sin consuelo, tomaron al fin el camino de su casa. Esperanza habría querido correr, volar en pos de su novio; pero el más santo de los amores, el amor filial, le retenía junto a su madre, tan triste, la pobre y tan enferma.

La viejecita, la desvalida Justa, que en el primer momento había caído atropellada por la multitud, se incorporó y echó a correr.

— ¡Esto no puede ser! — decía en voz alta -- ¡no puede ser! ¿A mi nieto?... ¿A mi Pedro?... ¡No! ¡imposible! ¡No le llevan, no! ¿Llevarle preso... reclutado... a mi Pedrito?... ¡imposible!... A nai-de ha hecho daño... ¿Acaso es ningún

político, ni ningún perdido? ¡Vida mía!... ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Don Macario!... ¡ojigan!... ¡aguarden!... Y corría, corría, jadeante, cayendo y levantando....

El tropel de soldados y reclutas, los «vivas» y «muera» de Don Macario; las carcajadas, los gritos, los clamores, todo se fue perdiendo poco a poco a lo lejos, y al fin reinó profundo silencio; entonces, Justa, anhelante, ahogándose de fatiga, agotadas las fuerzas, se dejó caer en el camino. En vano la buscaron Luisa y Esperanza. Así, con la mano en la mejilla y la vista perdida en las sombras, se dejó estar hasta la mañana siguiente. Cuando regresó al vetusto molino, tenía los ojos enturbiados, los labios trémulos, la espalda doblegada y al andar arrastraba trabajosamente los pies. La carga pesadísima de los años, que la felicidad le había hecho hasta entonces llevadera, le agobió de súbito, en cuanto le arrebataron a Pedro, a su nieto, su única esperanza y alegría.

*
* *

el/ni
Las puertas del templo de Jano se habían abierto de par en par.

La guerra, con todo su cortejo de iniquidades, llevaba la ruina, la desolación y la muerte por todas partes. Las ciudades habían perdido su animación ordinaria, y sus calles y plazas se veían desiertas; los pueblos, aldeas y campos, como que les

envolviera un hálito emponzoñado, inactivos, silenciosos, casi no daban señales de vida. Por todas partes la tristeza, la intranquilidad, la miseria, habían sentado sus reales, no bien la paz, perseguida por ambiciones desatentadas, por venganzas ruines, por la codicia indisculpable de los bandos contendientes, había levantado sus alas protectoras y emprendido el vuelo, en busca de lugares donde se la amara, donde se la rindiese pleito homenaje como a la madre del progreso y la civilización.

Los ejércitos beligerantes, divididos y subdivididos en muchas fracciones, y en su táctica de marchas y contramarchas, de persecuciones y retiradas, de escaramuzas y combates, caían ya un día, ya una noche en los grandes centros de población y en las aldeas, e iban marcando su paso de exterminio con atentados, latrocinios, estropicios y vejaciones de todo género.

¡Oh! la guerra, cruel azote con que la humanidad se castiga!.....

.....

Pedro y muchos de sus paisanos compañeros de infortunio, que cayeron aquella noche memorable y en los días subsiguientes, en las garras de Don Macario, habían sido destinados a cubrir los claros que las balas de un reñido combate reciente habían abierto en las filas de un ejército de línea, y después de una larga y penosísima campaña, en la que perecieron algunos, fueron al fin conducidos hacia el norte de

la República, para engrosar una división que debía librar allí un combate decisivo.

La vida de cuartel y de campaña, con los sinsabores y peligros de todos los días, había impreso una nueva faz en el carácter vivo e impresionable de Pedro, convirtiéndole en un soldado, si taciturno y triste, valiente y pundonoroso. Las arengas de los jefes, las conversaciones con los veteranos, la emulación del valor, y más que todo, el odio que había nacido y echado raíces en su corazón, odio acerbo a los del bando opuesto, a quienes consideraba como a sus *enemigos*, y creía causa, siquiera remota, de todas sus desgracias y amarguras, le impulsaban en los combates a pelear con mucho denuedo. Quería anonadar a sus enemigos, quería extinguirlos pronto, lo más pronto posible, para volar libre y feliz sin temores para lo porvenir, a la paz de su aldea, a su vetusto molino, a los brazos de Esperanza, de Justa, de Luisa.

La idea de que podía morir, como había visto morir a tantos infelices, en el campo de batalla, como había muerto Juan, el padre de Esperanza, le asaltaba con frecuencia y le llenaba de terror y de tristeza. ¿Cómo él, en la flor de la edad, sano, robusto, con brazos habituados al trabajo, más digno empleo que cargar y manejar una arma homicida; cómo él, que tenía el sagrado deber de cuidar y sostener a una anciana que hacía las veces de madre; que tenía una novia con quien esperaba com-

partir las alegrías y trabajos de una vida, si pobre y sencilla, llena de paz y de amor; cómo — pensaba el infeliz — había de resignarse a la idea de morir, y de morir en un campo de batalla, violentamente, sin la esperanza de que sus huesos siquiera reposaran en su aldea, y, sobre todo, de morir peleando, de morir con rabia, con venganza, sin acordarse talvez de Dios, sin los auxilios de la Religión, lejos de los seres amados?....

Cada vez que meditaba de esta manera, la idea de la deserción le pasaba por la mente; pero la desechó siempre, porque le avergonzaba el pensar que pudieran llamarle cobarde, y en vista, además, del rigor casi brutal con que los jefes aplicaban las penas militares: presente tenía la suerte de varios infelices que habían desertado o cometido otra clase de faltas, aun de menor cuantía, en materia de disciplina.

*
* *

La marcha de aquel día fue en extremo fatigosa. El ejército, cansado, casi exhausto de fuerzas, a causa de una serie de marchas forzadas, durante las cuales apenas habían tenido tiempo los soldados para llevarse a la boca el malísimo y escaso rancho, y para descabezar un sueño, tendidos a la intemperie, en las cimas de las cordilleras o en el fondo de algún valle lejano; había ido decayendo de día en día, y en

aquel a que nos referimos, apenas si podía avanzar, sin orden alguno, disgregado en fragmentos y pelotones. Algunos soldados, los más débiles o más cansados, se dejaban caer cuan largos eran sobre la arena ardiente, y así se estaban, aceñando, cubiertos de sudor y de polvo, medio muertos, hasta que la lluvia de insultos y cintarazos de los despiadados jefes, que iban y venían a caballo, les obligaban a levantarse y seguir adelante. Caminaban lentamente, silenciosos, con paso mal seguro, agobiados bajo el peso del fusil y la mochila.

En el cielo, de un azul borroso, no había una nube que interceptara los rayos del sol, que brillando en todo su esplendor, no parecía entonces el rey de la creación que fecunda, alienta y vivifica, sino un tirano poderosísimo que se hubiera propuesto abrasarlo y destruirlo todo con torrentes de fuego. En la tierra, nada, ni una brisa que refrescara la atmósfera caldeada y asfixiante; ni un árbol, ni un arbusto siquiera, que proyectaran una sombra a qué acogerse, ni una gota de agua que pudieran llevar los infelices soldados a los labios resecaos y sedientos, nada. No se veía sino extensos arenales que parecían removerse y ondular, por la reverberación de los rayos solares en millones de partículas brillantes que herían la vista con sus irradiaciones infinitas.....

Pedro, con la fatigada cabeza caída sobre el pecho, la mochila a la espalda y el



fusil en balanza; con la cara cubierta de polvo, en el que el sudor abría surcos, caminaba silenciosa, lentamente: al fin, rendido, sediento, exhausto de vigor, cayó a plomo, como fulminado por los rayos del sol, y cerró los ojos. Vagamente, como en sueños, su fantasía le trasladó a lugares conocidos, a su aldea, a su molino rodeado de árboles frondosos, acariciado por frescas brisas; le pareció oír el ruido del agua, e instintivamente se incorporó y miró a todos lados; vuelto a la realidad, se dejó caer nuevamente e inmóvil como un cadáver se estuvo un momento: un momento, no más, porque los cintarazos y denuestos con que un jefe bárbaro y sin entrañas le *castigaba*, le obligaron a ponerse de pies y a seguir a sus compañeros, desmazelado, oscilando como un beodo, irreflexivo como un autómatas. Cuando pudo coordinar sus ideas, exclamó de pronto:

— ¿Cobarde yo? ¿sinvergüenza? ¿flojo?... — Los insultos de su jefe le habían herido más que los mandobles. Luego pensó en Esperanza, en su abuela, y en lo que dirían al verle en semejante situación, tan *barbaramente tratado*. Los ojos se le llenaron de lágrimas.....
.....

Un prolongado toque de corneta se dejó oír a lo lejos. Los grupos de soldados se detuvieron instantáneamente, y todos escucharon con atención y en profundo si-

lencio, mirándose unos a otros, con aire de inquirir algo.

— ¡Atención! ¿oyen?... :

Otro toque les puso en movimiento, e hizo exclamar a muchos:

— ¡Reunión!.... ¡El enemigo!

Pedro sintió una conmoción en todo el cuerpo, y que la sangre le aflucía al corazón.

— ¡El enemigo! — repitió inconscientemente — ¡el enemigo! — y en junta de sus compañeros, avanzó a formar en su división. La corneta seguía sonando con sonos interminentes, vagos, como si tuvieran dificultad de difundirse por la bochornosa y pesada atmósfera. Al mismo tiempo, oficiales y ordenanzas iban y venían, distribuyendo órdenes, increpando a los retrasados y tratando de alentar a todos con enfáticas arengas.

Pedro estaba intensamente pálido, como todos sus conmlitones, y lanzaba inquietas y largas miradas a todos los puntos del horizonte, en el afán de descubrir al ajército enemigo; y el tiempo pasaba y sólo veía a lo lejos, entre el polvo que las velaba, unas colinas que se escalonaban, tan áridas, al parecer, como la llanura desolada que había atravesado.

Un nuevo toque de corneta, y el ejército, como un inmenso boa que se despedazara de súbito en multitud de fragmentos, se desplegó en guerrillas, formando una extensa línea de combate. El batallón de Pedro, recibió la orden de detenerse, mien-

tras abanzaban los demás, formando las guerrillas un semicírculo, cuyos extremos se perdían en las primeras estribaciones de las colinas. Avanzaban rápidamente, levantando nubes de polvo.

Un ruido sordo como el de un trueno distante, se dejó oír.

—Se rompieron los fuegos—dijeron unos.

—*Ya se están dando* los de la vanguardia, — exclamaron otros.

Las descargas, que al principio se sucedieron con ligeros intervalos, convirtiéronse á poco en un bramido continuado, que, llenando el espacio, iba a morir, repercutiendo, a la distancia. Algunas balas perdidas llegaban hasta la retaguardia: pasaban chirriando, zumbando, como moscardones invisibles, silvando sarcásticamente, como emisarias de la muerte que quisieran burlarse de la vida, y caían aquí, allá, delante, atrás, levantando pequeñas polvaredas que desaparecían para ser reemplazadas por otras y otras.

Una nueva orden y los de la retaguardia se movieron acompasada y lentamente; luego emprendieron la carrera y, por fin, *entraron en fuego*. Avanzaban pálidos, jadeantes, encorvados, entreabierta la boca, la mirada inquieta: ¡pobre gente automática! muchos de ellos corrían al sacrificio, a la muerte; a la gloria.... ninguno.

Pedro, dominado por tristes presentimientos, que no sintiera otras veces al

entrar en los combates, tenía miedo, mucho miedo, y avanzaba con la persuasión de que todos los disparos de los fusiles, todas las descargas, todos los cañonazos, iban dirigidos contra su pecho. Una vaguedad indefinible fue luego apoderándose poco a poco de su mente, y toda noción desapareció de ella. Allá, al extremo de la llanura y en las colinas se veían muchas filas de copitos de humo, y se percibían, a veces, aquí y allá sombras vagas que avanzaban, desaparecían, surgían de nuevo y de nuevo se perdían. Pedro se puso a disparar contra los copitos blancos, llevándose maquinalmente el fusil al hombro; y siguiendo el ejemplo de sus compañeros, tan pronto se tendía en el suelo, como avanzaba a la carrera, para volver a tenderse luego. Una lluvia de plomo comenzó a cernerse sobre ellos: las balas, zumbando, dando silvidos, mayando, chasqueando, formando, en fin, con los demás ruidos la orquesta horripilante de la muerte, caían por todas partes y levantaban una densa nube de polvo. Los ayes, los gemidos, las imprecaciones, los gritos angustiosos, comenzaron también a menudear; en torno de Pedro iban cayendo y cayendo sus amigos, sus paisanos, sus compañeros: unos, en el paroxismo del dolor, se retorcían y rebotaban como epilépticos; otros, tirados de pecho, con la cara en el polvo, agonizaban lentamente, raspando la arena con las manos crispadas; cuales temblaban ligeramente, dejando es-

capar estertores apenas perceptibles; algunos más felices, acostados sobre el brazo desmayado, dormían inertes el último sueño en una charca de sangre que la arena calcinada bebía sedienta. Por todas partes gemidos, gritos desgarradores, peticiones de agua, estertores, suspiros supremos.... Parecía que el dolor, la sed, la desesperación, la angustia, la muerte, se hubiesen dado cita en esa planicie desolada y mustia.

— ¡Adelante! gritó una voz, — y los sobrevivientes, poseidos de un furor ciego, se lanzaron a escape y comenzaron a trepar por las faldas de una colina con dirección a unos reductos, cercanos ya, y que como el cráter de un volcán en ignición, vomitaban fuego y humo.

— ¡Adelante!. . . .

Pedro, sin noción de nada ni de nadie, avanzó con los demás: estaba desfigurado, jadeante, con la boca entreabierto y los ojos inyectados de sangre; llegó al reducto y saltó sobre el parapeto. Un sér conocido surgió entonces ante su vista, de en medio del humo y del polvo, como una aparición fantástica. Después.... algo candente le golpeó el rostro, y la sombra conocida, el polvo, el humo, la tierra, todo desapareció de súbito, como si el mismo sol hubiese sido extinguido instantáneamente por un soplo destructor. Soltó el fusil, giró rápidamente y cayó de bruces al fondo de una excavación practicada tras

del reducto, mientras una voz, llena de angustia y desesperación, le gritaba:

— ¡Pedro! ¡Pedro!... ¡Soy yo!...

*
* *

¿Quién llevó la noticia del sangriento combate al apartado pueblecito de San Pascual?... Sería el *correo de brujas*, pues lo cierto del caso es que poco tiempo después, entre lágrimas y gemidos, las mujeres y los viejos hablaban de la horrible carnicería y la comentaban de muchos modos.

— Que ñora Fulana dice esto.

— Que a Don Zutano le han dicho lo otro.

— Que Julián ha salido herido.

— Que *el* Manuel ya es difunto.

— Que del hijo de ñora Justa no se sabe si está vivo o muerto.

— Que los muertos han quedado como piedras.....

¡Oh! y cuánta tristeza y desazón en esos grupos de campesinos que en el empeño de saber algo de los suyos, iban de puerta en puerta, de casa en casa, pálidos, desgredados, macilentos, llenos de la más angustiosa incertidumbre. ¡Pobres víctimas inocentes!.....

La hija de Luisa, lleno el pecho de angustia y de sombríos presentimientos, y los ojos de lágrimas, acudió a todos los grupos, a todas las casas, por averiguar algo de Pedro, de su Pedro tan querido, y na-

da, absolutamente nada supo de él, que pudiera llevarle un rayo de luz, una ligera esperanza al corazón.

Al fin acudió al molino. Quizas Justa supiese ya de su nieto y la consolara, o la sacara de aquella incertidumbre.

— ¡Mama Justa! ¡Mama Justa!

La interpelada levantó penosamente la cabeza, y sin expresión ninguna en la mirada, contestó:

— ¿Qué? ¿quién me llama?

— Yo, mama Justa, . . . No ha sabido nada?

— ¿Quién eres tú?

— ¡Ay Dios mío! — exclamó la muchacha — Soy yo, Esperanza, ¿no me conoce?

— ¡Ah! sí, ciertamente; te estaba desconociendo. . . .

— Bueno ¿y no sabe nada usted?

— ¡Saber! ¿y de qué?

— ¡De qué! . . . Pues. . . . de su nieto, de Pedro.

— ¡Ah! sí, sí. . . . a la guerra, a la guerra le llevaron. . . . ¡Ya no le he de ver más!

Esperanza, al oír esto, sintió una fuerte conmoción y vaciló.

— ¿Qué! ¿le han contado algo? ¿le ha pasado algo?

— Nada me han contado; nada me han dicho; pero yo sé; yo sé ¿oyes?

— Pero ¿qué sabe? ¡por Dios!

— ¡Le llevaron a la guerra! ¡eso sé! le llevaron, le llevaron!

¡Pobre Justa! Los años y la impresión horrible de aquella noche, habían triunfado definitivamente sobre su naturaleza, y a la sazón más pertenecía al sepulcro que a la vida. Sus facultades mentales y sus sentidos habían venido tan a menos, que apenas se daba cuenta de nada, y a nadie reconocía: sólo recordaba de su nieto, y la idea de que no le volvería a ver era la única que persistía fija en su cerebro. Si vivía aún, era gracias a la solicitud con que la cuidaban y atendían Luisa y Esperanza.

La muchacha vio que nada podía saber allí, y con el corazón más lleno de amargura, fuese a llorar en el regazo de su madre.....

.....

El tiempo pasaba, y Pedro no volvía.

Esperanza no era ya la misma apuesta campesina de otros tiempos; el dolor había sentado sus reales en su pecho y marchitado la flor de su hermosura. La infeliz esperaba, esperaba siempre.

Todas las tardes, al ponerse el sol, iba a sentarse junto a las paredes, enrojecidas por el sol, tras de las cuales se ocultó Pedro una tarde para darla un susto; o encaminándose al viejo molino, trepaba al arqueado portón y se ponía a mirar el largo camino, con la esperanza siempre de ver venir a Pedro. ¡Quién le hubiera dicho! meses antes, desde aquel mismo lugar, Pedro la aguardaba a ella; pero ¡en

qué diversas condiciones! Hasta el paisaje era entonces distinto; hasta en él había mucho de melancólico, de mustio y desolado. Los campos, antes llenos de vida, animación y verdura, aparecían ahora monótonamente grises, yermos y desiertos; por el camino polvoroso no transitaba alma viviente, y el molino, del que habían huído la charla incesante y las alegres risas de las molenderas, era ya una ruina de paredes desplomadas y de cubierta llena de ondulaciones, en la que las trepadoras y la zábila crecían en profusión. Diríase que al par de la viejecita Justa, el vetusto edificio no podía soportar el inmenso mal de la ausencia de Pedro, sin venirse a tierra. Hasta el agua, que en vano seguía precipitándose por el chiflón, le parecía a Esperanza que se quejaba, y quejas y lamentos le parecía el ruido que hacía el viento en el bosque contiguo.

Pedro no venía; sin embargo, su novia le esperaba. Un secreto y dulce presentimiento la animaba y fortalecía.

— Hay que escribirle otra carta; quizá reciba alguna, — decía, hablando con su madre.

— Otra carta; ¿y a dónde le mandamos la carta? — replicaba Luisa, sonriendo tristemente.

Esperanza no se desconcertaba.

— Pues hay que escribirle dos, tres, cuatro cartas, las que se pueda; quizás algu-

na le llegue. Le mandaremos a todas partes ¿no le parece?....

Al día siguiente, cuatro cartas enteramente iguales, fueron depositadas en el correo de la ciudad vecina. ¿Lo que decían esas cartas?.... Fácil es imaginarse: en toscos y desiguales caracteres, más que escritos, pintados escrupulosa y pacientemente, fueron un mundo de ternezas, de quejas, de amarguras y gemidos.

*
* *

¿Cuánto tiempo estuvo así Pedro, con la cara hundida en el polvo, privado de sentido? No debió de ser muy largo, porque cuando recuperó el uso de sus facultades, todavía seguía el combate. Como si se despertara de un sueño pesado, no se daba cuenta cabal de nada, sentía un vago dolor, pero no sabía a punto fijo en qué parte de su cuerpo lo sentía. Por fin, el discernimiento, pero el discernimiento de un loco, si cabe, fué aclarando poco a poco su cerebro. El ruido que oía le recordó que estaba en un campo de batalla y como había caído, al saltar un reducto.

— Estoy muerto, — pensó — me han matado en el combate — Luego se perdió en un mar de conjeturas, vagas, incoherentes: no supo cómo explicarse el que llegara todavía a sus oídos el estruendo del combate.

— No, — se dijo — no es la muerte; pero debe ser la agonía; todavía oigo; cuando no oiga nada, me moriré.

Quiso rezar; pero le distraían mil ideas absurdas. Hasta entonces no había tratado de moverse; intentó alzar un brazo, y lo alzó; se llevó al pecho la mano, y sintió que el corazón latía: luego probó si podía hablar, y sin pensarlo, articuló una palabra: «Esperanza».

Como si esta palabra acabara de despertarle, se incorporó de súbito; dió un paso extendiendo los brazos, y palpó los taludes del reducto. Entonces volvió a oír la voz que oyera al caer:

— ¡Pedro! ¡Pedro!

Le pasó como un relámpago la idea de que le habían sepultado vivo. Quiso gritar, contestar al que le llamaba; pero no pudo. El dolor que sentía era cada vez más intenso; primero lo sintió en toda la cabeza y la cara, luego se localizó mejor y eran los ojos los que le dolían. Se llevó las manos a ellos y.... ¡no los encontró! La bala cruel los había arrancado a su paso, dejándole las órbitas vacías, negras, espantables, que no manaban lágrimas sino chorros de sangre lodosa.... (1)

(1) Tenemos conocimiento de un caso exactamente igual al que narramos, acaecido en uno de tantos combates como han ensangrentado el suelo de esta pobre patria, con un desgraciado soldado, que hasta hace poco vivía aún.

En este mismo instante la persona que le había llamado se le llegó diciendo:

— Pedro, soy yo, soy Julián, ¿no me conoces? Creí que te habían matado. Yo también estoy herido. Y luego, de súbito, al ver el horrible rostro de Pedro, exclamó:

— ¡Jesús! . . . ¡te han volado los ojos! . . .

— ¡Julián! ¡Julián! . . . ¿Estoy ciego? ¿Ciego yo? ¡Imposible, Julián, imposible! — gritó el desdichado Pedro. Y se buscaba los ojos, y por hallarlos, se introducía desesperadamente los dedos en las cuencas vacías, y se hurgaba los grumos de sangre, que al mezclarse con la arena, se habían solidificado en ellas. Vencido, al fin, por la evidencia, anonadado, lleno de desesperación, de ira, de odio y de venganza, siguió gritando:

— ¡Imposible! ¡imposible! Y cayó de nuevo al suelo, y tomó puñados de arena y se los introdujo en las heridas; y volvió a ponerse en pie, ayudado por Julián, y otra vez se dejó caer, gritando, dando alaridos, sacudiéndose como un epiléptico, mezclándose los cabellos.

Julián, olvidado de sus propios dolores, lloraba en silencio.

Un hombre descendió vociferando, y cayó a cintarazos sobre Julián y sobre el ciego.

— ¿Pero no ve que él está ciego y yo roto el brazo? — gritó Julián.

Pedro no dijo nada; pero sus manos crispadas y sangrientas buscaron algo en

el vacío, un cuello, una garganta en la cual hundirse como garfios de hierro: no pudo el desdichado soportar ese insulto sobre tanta desgracia. El oficial tuvo miedo de la ira del ciego, le causó horror ver esas órbitas huecas y sangrientas, y huyó....

.....
 Al caer de la tarde, Pedro había triunfado.... La Victoria, en medio de «¡vivas!» y gritos de júbilo, entregó sus coronas.... a los jefes, que no cabían de gozo. ¿Qué les importaba a ellos el que tantos infelices yacieran muertos o heridos en el desierto arenal, si sus ambiciones estaban colmadas?.....

*
* *

Algunos días después, Pedro, cubiertas sus heridas con una espesa venda blanca, discurría lentamente por los claustros del hospital de X., apoyado en Julián, a quien habían amputado el brazo, cuyo muñón sangraba todavía.

Llenos de melancolía, hablaban los dos infelices de su tierra tan querida, de sus hogares tan distantes y abandonados, de la guerra y sus crueles resultados, de su suerte adversa....

Después de un largo silencio, dijo Pedro:

— ¿Pero cómo así entraste en la guerra?

— ¿No te han contado? Pues sabrás que estaba más triste que nunca, y despechado; y hasta queriendo irme por tierra aba-

jo. Pero tres días después que te reclutaron para servir al Gobierno, entraron al pueblo unos revolucionarios y cogieron a los que sobramos. Hasta a Don Macario le llevaron amarrado....

— ¡Don Macario! ¿Le cogieron?

— Sí, te digo; yo le vi. Si nos llevaron juntos.

— ¿Y de ahí?

— Lo que es ahora, nada se sabe de él. Se huyó, le volvieron a coger, le dieron quinientos palos, y le dejaron botado en el camino.

— ¡Castigo de Dios, Julián, castigo de Dios a ese mal cristiano sin conciencia. Es el caso, — añadió, después de breve pausa — es el caso que sólo él es el causante de todas mis desgracias, y de las desgracias de.... de....

— De Esperanza, — concluyó Julián, suspirando y perdiendo su mirada triste en el espacio.

— Sí, de Esperanza — repitió Pedro, bajando la cabeza y sollozando.

Una voz suave y conocida les sacó de la abstracción, de esa como inmersión en los recuerdos, que se siguió a las últimas palabras:

— Conque, Pedro ¿y cómo van esos ojos? — preguntó la M. Juana, mirando al interpelado llena de compasión y de piedad.

— ¡Los ojos!.... ¿qué ojos, madrecita? Usté que me cura, bien sabe que no tengo ojos....

— Pero.... no tienes ya muchos dolores, al menos.

— Cierto, madrecita.

— Y talvez ¿quién sabe? talvez con el tiempo.....

El mozo, por toda respuesta, movió negativamente la cabeza y se puso a sollozar como un muchacho.

— ¿Lloras, Pedro? — preguntó la hermana, conteniendo a duras penas las lágrimas que querían brotar de sus azules ojos.

— No, madrecita, no, ya no lloro; — y los sollozos le ahogaban.

— Naturalmente, — asintió la hermana, — naturalmente; si eres un valiente y los valientes no lloran. Y además, ¿qué se saca con llorar y desesperarse? Hay que recibir con resignación los sufrimientos que Dios Nuestro Señor nos envía para nuestro bien. ¿Te acuerdas de lo que leí ayer en el Evangelio?

El ciego hizo una seña afirmativa.

La religiosa, deseando levantarle el ánimo postrado, llevándole cuanto antes algún consuelo, continuó:

— ¿Sabes, Pedro, que tienes una carta? Ven para que te la lea.

— ¡Una carta! — ¿de quién, madrecita?

— No sé, Pedro, está cerrada todavía.

La hermana tomó la mano de Pedro y le condujo al parlatorio.

Una vez solos, la buena religiosa sacó del bolsillo un papel plegado en muchos dobleces, y se lo hizo palpar a Pedro.

— Mira, Pedro, — decía: está bien doblada y la letra es bonita, y dice....

— Tengo unas corazonadas, madrecita! unos vuelcos!....

— Y dice: «Al Señor Don Pedro Lozada, en el Hospital de X».

— ¿La letra es bonita?... Pues es el caso, madrecita, que la carta es de.... Esperanza! — dijo el ciego, fuera de sí de gozo.— segurito que es de ella, pues tiene buena mano para la escritura....

— ¿Es de tu hermanita? — preguntó la religiosa.

— No, madrecita;.... pero.... ¡lea la carta, madrecita, por vida suya; lea despacito, bien despacito....

La escena que siguió fue en extremo conmovedora. Pedro, sentado junto a la religiosa, inclinada la cabeza sobre la carta, que parecían mirar sus cuencas vacías aun a través de la venda, iba repitiendo, palabra por palabra, lo que la hermana leía lentamente y conmovida.

— De nuevo, madre; otra vez, madrecita, otra vez; repita, repita, ¡por Dios! — le interrumpía a cada momento, mientras en su corazón sencillo y apasionado luchaban mil sentimientos, que se manifestaban en su rostro demacrado, ya en rápidas oleadas de sangre, ya en ráfagas de palidez mortal.

La buena religiosa, siempre solícita y sonriente, se complacía en darle gusto le-

yendo y relejendo lo que al ciego se le antojaba oír.

La carta, escrita en toscos caracteres y llera de tachaduras e incorrecciones, era el brote espontáneo de los sentimientos de la aldeana. Decía que mandaba esa «a la buena de Dios», porque nada sabía de él; que ya le había escrito otras veces y con distintas direcciones, pero que no había obtenido respuesta alguna; que no podía conformarse con la idea de que estuviera muerto, pero que, vivo o muerto, le quería mucho, con toda el alma, y que no le olvidaba ni un momento, ni de día ni de noche. Le hablaba de Luisa y de Justa, y terminaba diciéndole que lloraba mucho, que lloraba a toda hora, y que a veces le entraban deseos de irse en su busca de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de casa en casa. Era la carta una explosión del cariño y del dolor de una alma honrada y pura, sencilla y resignada.

Cuando la lectura hubo terminado, Pedro comenzó a sollozar y el dolor contrajo sus labios. ¡Pobre Pedro! ¡Cuántos y cuán variados sentimientos invadieron su alma!...

Las lágrimas atraen a las lágrimas, y los azules y grandes ojos de la religiosa se llenaron de ellas, mientras por un contraste de sentimientos, una sonrisa plegaba sus labios finos y rojos. Había penetrado fácilmente en el corazón del pobre ciego y se dió cuenta de que tenía junto a sí al protagonista de un sencillo poema idílico

con remate trágico. La religiosa sonreía y lloraba sin saber cómo distraer al ciego de sus tristes pensamientos.

Después de un corto silencio, dijo, procurando dar a su voz una entonación entre risueña y burlona:

— Conque, has tenido novia, Pedro.

— ¿Y cómo sabe madrecita? ¿quién le ha dicho?

— Nadie, Pedro; pero lo he adivinado al leer esta carta.

— Pues. . . . para qué negarle, madrecita; no es cosa mala. Es el caso que Esperanza es mi novia. Estando yendo a darnos la bendición el Señor cura, en la misa del nacimiento, me cogió un mal cristiano, y me mandó amarrado a la guerra.

Cada vez más conmovida, escuchaba la religiosa la historia de los amores y desgracias de Pedro y Esperanza.

— Sí, madre, — repetía el ciego — Esperanza es un angelito de Dios, una palomita sin hiel — Y lleno de un santo entusiasmo, hacía el elogio de su novia.

Pero al concluir la ingénuo y fiel relación, que escuchaba la religiosa en silencio, una nueva invasión de la tristeza dobló la cabeza de Pedro sobre el pecho, y le hizo nuevamente prorumpir en gemidos. Su imaginación volaba de sus días pasados, tan llenos de ilusiones, esperanzas y alegrías, a los que esperaba entonces y presentía tristes, negros y miserables.

— Pero ¿qué va a quererme ahora! — exclamó, después de un rato — ¿Cómo me ha de querer ya, cuando no soy sino un pobre ciego?

La religiosa, que le miraba llena de piedad, comprendió que los recuerdos del pasado y los temores de lo porvenir atormentaban a esa pobre alma enferma y angustiada, y lanzó un suspiro. ¿Talvez sintió ella también ese algo indefinible, esa especie de nostalgia de los tiempos corridos, siempre mejores, que suele sentirse a veces? ¿Tuvo, acaso, temor de los días que vendrían? Al fin, volviendo a la realidad, como si saliera de un letargo, dijo: — Y bien, Pedro, ¿deseas contestar la carta a tu Esperanza, a tu palomita sin hiel? Pobrecita, ¡dice que está tan triste!

— ¡Ay, madre! — contestó el ciego — ¿y cómo le contesto? ¿cómo le escribo?

— ¡Qué tontín! — replicó la hermana — qué tontín te vas volviendo, Pedro! tú dictas la carta ¿oyes? y

— Y yo voy escribiendo, — exclamó Julián, que había escuchado la última parte de la conversación, desde la puerta; — yo voy escribiendo: todavía tengo la mano derecha.

— No, madrecita; no, Julián, ¡imposible! — contestó el ciego. Es el caso que ella conoce mi letra, y yo no puedo ni firmar. Además — añadió — ¿cómo decirle mi desgracia? ¡imposible! ¡qué diría de

mí! — añadió sentidamente, como si él tuviera la culpa de su terrible desgracia.

Sin embargo, la solícita religiosa, con la seguridad de vencer la obstinación del ciego, salió en busca de los útiles de escribir indispensables, mientras se acordaba del hermoso poema de Campoamor:

«Escribidme una carta, señor cura» etc.

Y Pedro, levantando la cabeza, y moviéndola en todo sentido, o bajándola, como si buscase con las cuencas vacías las palabras, ya en el aire, como la perdida luz, ya en el suelo, como buscaba a tientas el lugar donde asentaba su planta vacilante, fue dictando la carta que Julián iba escribiendo con la mano trémula, mientras su corazón se oprimía más y más a cada palabra de amor, a cada grito de pasión que brotaba de los labios del ciego. ¿Qué se propuso el infeliz al prestarse para tarea tan cruel? ¿Talvez desahogar su corazón escribiendo los sentimientos de Pedro, que eran también los suyos?....

— ¿Ya está? ¿ya está? — preguntaba el ciego, cuando suponía que Julián había terminado una frase.

— Ya, Pedro, ya; ¿y qué más?

Y Pedro seguía dictando, y Julián, estremeciéndose, ahogándose, continuaba escribiendo letra por letra, palabra por palabra, lo que el ciego le decía y su propio corazón sancionaba.

Cuando, agotada la imaginación, vertido el corazón de entrambos en el papel, levantó Julián la cabeza, tenía los ojos brillantes por las lágrimas, que trataba de contener a todo trance.

— Ya se acabó, — dijo al fin Julián, y leyó la carta en voz alta.

— Pero es el caso — añadió Pedro — que todavía faltan algunas cosas: dile también que la quiero mucho, más que antes; que sólo vivo pensando en ella; que hasta el rato de pelear, me he acordado de ella; que la quiero mucho, mucho.... así.... con un amor grandísimo, como ella me quiere a mí.... Y después, dile también que no le escribo yo mismo por.... por.... ¡caramba! ¿cómo le cuento mi desgracia?....

— Le diremos que no le escribes en persona porque estás herido?

— No, no, ¡Dios no quiera! no hay que darle esa pesadumbre.... y mi pobre abuela que sabría.... dile que porque estoy impedido, solamente.

— Peor así, Pedro, peor; porque....

— ¡Ya caigo! — exclamó el ciego — Es el caso que.... dile que no le escribo en persona, porque tengo un raspón, así, un rasponcito, no más, en la mano de escribir. Así, nada más, Julián, por vida tuya.

-- Así sí, queda bien. — asintió Julián, y escribió la frase.

— Y después — siguió Pedro — le dices que ya estoy mejor, y que ya me iré para

casarme con ella, que es mi amoreito, mi palomita sin hiel; así, Julián, así.

— Pero ¿ya no dijiste eso?

— De veras. . . . pero, mejor será decirle dos veces. . . . ¿Ya está? Bueno: ahora lee otra vez todo.

Julián leyó de nuevo la carta de principio a fin, y al terminar, pensó, dominado por un vago sentimiento de envidia: ¡Oh! si pusiera mi firma al pie! Luego, desechando la idea, puso, de su cuenta y riesgo: «Sucedo que al desgraciado Pedro le han volado los ojos de un balazo, y está ciego en el hospital». Iba a poner su firma, pero pensó un momento y arrepentido, borró esas líneas de modo que no fuera posible leerlas: no quería ser él quien diera a Esperanza y a la abuela de Pedro la terrible noticia.

— ¿Cómo hago ahora para firmar? ¡caramba! ¿Cómo hago? — exclamó el ciego, que se había quedado silencioso y pensativo.

— Ya vas a firmar, Pedro, ya vas a firmar, no te apures, — contestó la madre Juana, entrando de nuevo.

— Pero ¿cómo, madrecita, cómo? — replicó Pedro.

— Pues, ya vas a ver — siguió la religiosa, colocando solícita entre los dedos del campesino el portaplumas, y guiando con su mano, blanca, fina y aristocrática, la callosa y morena del ciego, hasta que trazara en gruesos e irregulares caracteres su nombre y apellido.

— ¿Ya está, madrecita? ¿salió buena la letra?

— Ya, ya está: la letra no puede estar mejor ¿verdad, Julián?

— ¡Gracias, madrecita; Dios le pague!— exclamó el ciego con la voz embargada por la gratitud.

Pedro, que durante la escena anterior había pasado alternativamente de la tristeza a la alegría, y viceversa, púsose nuevamente taciturno y sombrío: una nueva contrariedad vino a amargarle todavía la copita de dulzura que la religiosa, llena de piedad y compasión, y Julián, tan bueno y comedido, le habían llevado a los labios. Julián, que todo lo había comprendido de una ojeada, se llevó instintivamente su única mano a los bolsillos y los registró escrupulosamente; luego, llegando sus labios al oído del ciego, le dijo en voz baja:

— ¡Ni un centavo!

La religiosa les sacó de apuros.

— ¡Vaya, Pedro! — dijo — ya está todo listo. La carta está ya con sobre y estampilla, y la voy a mandar enseguida al correo; después de tres días llegará a las manos de tu palomita sin hiel.

Pedro, por toda respuesta, buscó en el vacío las manos de su bienhechora para besarlas; pero la hermana las escondió debajo del delantal, y salió, diciendo:

— Eso no, Pedro; eso no se puede.

El ciego, a quien la idea de que aquella era la primera limosna que recibía, entris-

teció y avergonzó grandemente, ocultó la cara entre las manos, apoyó los codos en las rodillas y se echó a llorar de pena y gratitud.

*
* *

Pocos días después, Esperanza, riendo y llorando, leía y releía la carta de Pedro; luego la leyó a su madre, y echó a correr al molino.

— ¡Mama Justa, mama Justa!

La viejecita, ocupada a la sazón en doblar escrupulosamente la ropa de Pedro y colocarla en su baúl, se quedó mirándola con una mirada que nada revelaba.

— Una carta, — siguió la muchacha — una carta de Pedro.

La anciana estuvo entonces en un momento de relativa lucidez: al oír a Esperanza, suspendió su tarea, se le avivó un instante la mirada, y contestó, trémula de emoción:

— ¿Una carta, dices? ¿de Pedro?... .

— Sí, de Pedro, de su nieto.... .

— Mi nieto, mi nieto.... . ¡pero si ya es muerto!

— ¡No, mama Justa, no; si dice que está bien, y que ya viene: oiga, oiga!

— ¿Que viene?... . ¡cuando yo me voy.... .

— ¿A dónde, pues?

— ¿Y a dónde vamos los viejos sino al cementerio?... . Quiero irme llevando su ropa ¿no ves?... .

Un ruido sordo de algo que se desquicia; un traqueteo de maderos que se rompen, se dejó oír derrepente. La muchacha iba a correr, pero la viejecita la detuvo diciéndola:

— No te asustes: es el molino que llora y quiere morir conmigo. ¡Le hubieras oído anoche!... Pero si viene Pedro ya no se ha de caer....

— ¡Por Dios, mama Justa, vamos a casa conmigo!; no le pase alguna desgracia.

— ¡Irme de aquí?... Sólo muerta, hija, sólo muerta, camino del panteón,

— ¡Pero, por Dios! vamos pronto; ahora mismo.

— ¡No, hija, no!

La emoción recibida volvió a desequilibrar la vacilante razón de la anciana, y en vano trató Esperanza de convencerla de que su nieto vivía y estaba al llegar, y de la conveniencia de abandonar el molino, cuya ruina era inminente. Mas tarde volvió a instar, acompañada de su madre; pero todo fue en vano; y las dos se retiraron, prometiéndose sacarla de allí, aunque fuera a la fuerza, al día siguiente, con la ayuda de otras personas.

Pero esa misma noche, las desvencijadas paredes se inclinaron y cedieron súbitamente, y el edificio se vino a tierra, en medio del pavoroso estruendo de piedras que se entrechocan y ruedan, y de vigas que se retuercen y rompen. El vetusto molino murió gimiendo sordamente y su

techumbre, blanqueada por la harina y cubierta de parásitas, quedó extendida como una ave gigantesca que quisiera ocultar su nidada entre las ruinas. Luego hubo profundo silencio; sólo las aguas seguían gimiendo al descender por el zafetín y chocar contra la rueda de maderos carcomidos, que apoyada contra el muro del antro, asomaba quieta y silenciosa como deforme esqueleto reposando en su nicho mortuario.

Al siguiente día sacaron de entre los escombros el cadáver de Justa. La anciana tenía entre sus brazos, fuertemente cerrados, la ropa de su nieto. Luego hubo *velorio* en casa de Luisa y misa «de cuerpo presente» en la iglesia de San Pascual.

*
* *

El día llegaba a su fin.

El sol, apenas velado por una vaporosa nube dorada, semejante a una espléndida y colosal custodia, cuya grandiosa peana fueran los plateados picos de los Andes, despedía en todas direcciones rayos deslumbradores, que iban a teñir de variados matices los grupos de nubes caprichosas diseminadas en el espacio. En las estribaciones de los montes, en los valles, en los campos todos, se notaba algo indefinible, dependiente quizá de la vaguedad de los contornos, de la melancolía precursora de las sombras. Los gorriones saltaban aquí y allá, como desasosegados, salpicando de

rato en rato con silvídos aislados y vibrantes el silencio majestuoso del día moribundo; y el ligero y sutil vientecito, que formaba al pasar pequeños remolinos de polvo que se desvanecían en seguida, traía en sus alas inquietas *las voces del silencio*, esos ruidos inarticulados, vagos, casi imperceptibles, que semejan lejanos sonos de campanas, dulces aires de instrumentos desconocidos, voces humanas perdidas en el ambiente; los rumores, en fin, de la naturaleza que se aduerme bajo las alas misteriosas de la noche.

Una pequeña sombra cruzó velozmente por el aire sereno, con dirección al bosque: era un mirlo. Su negra y pequeña silueta se destacó sobre una rama retorcida y deshojada de un guabo, contra una nube de color rosado. El mirlo cantó. Dió tres o cuatro notas seguidas, como para preparar su diminuta garganta, y luego un torrente de armonías llenó el espacio. Había en su canto notas que apenas llegaban en las ondas sonoras flotando ténues, dulces, trémulas, e iban subiendo, subiendo, en constante crescendo para morir de súbito; había en su canto notas claras y vibrantes, que decrecían poco a poco, hasta perderse como diluídas en el ambiente; era un canto en el que se alternaban clamores de infinita tristeza con risas como de niño; tan pronto se percibían quejas, gemidos y suspiros, como voces de júbilo y de triunfo, y transportes de alegría. La naturaleza, callada

e inmóvil, parecía pendiente de su pico maravilloso; absorta ante ese desconocido poeta, que cantaba su elegía sublime ante los escombros del viejo molino, que postrado en tierra, era la nota más triste del melancólico paisaje. Al fin, el cantor vespertino calló; después tendió el vuelo, al mismo tiempo que lanzaba un silbido como larga y sarcástica carcajada, y desapareció entre las sombras.

La soledad era inmensa; solo allá, en el horizonte, se destacaban dos bultos contra el fondo violáceo de la cordillera, en medio del camino que conduce al apartado pueblecito de San Pascual. Eran dos aldeanos que caminaban lentamente, apoyado el uno en el otro, y no hablaban sino pocas palabras para decirse algo, desconsolados y tristes. Iban ambos cubiertos por uniformes militares de bayetón azul descolorido, llenos de desgarraduras y costurones, y llevaban descalzos y lastimados los pies.

El uno marchaba con la cabeza erguida y la cara hacia el cielo, con los labios entreabiertos y anhelantes, como si tuviera sed de luz y deseara beber los últimos rayos del sol que se ponía y que no iluminaban sus ojos, cubiertos por una venda blanca, empañada y sanguinolenta; el otro llevaba colgada y vacía la manga izquierda del saco, con la que jugueteaba el viento, sacudiéndola a todos lados. — El vigor de la juventud había huido de ellos y una vejez prematura empezaba a manifestarse

con lo ajado de los rostros; con tal cual hebra blanca de los cabellos y barbas; y, sobre todo, con la expresión sombría y desdenosa de los labios. Uno y otro podían representar la imágen de la tristeza y la miseria.

Eran Pedro y Julián aquellos infelices; eran Pedro y Julián, que arrancados a viva fuerza, bárbaramente, de la pacífica existencia campestre; de la tranquila vida del hogar; del trabajo, fuente de paz y holgura, por las manos de miserables ambiciones, mal cubiertas por el velo de un falso patriotismo, regresaban al campo y al hogar, desvalidos, tristes, incapaces para el trabajo, no con la frente cercada por los laureles del triunfo, sí con el corazón ceñido de abrojos.

— ¡Y ahora?... — preguntó lúgubremente Pedro, y tornó a callar, mientras con el regatón del tosco palo en que se apoyaba tentaba el suelo para asentar su pie cansado y vacilante.

— ¡Y ahora?... — repitió tristemente Julián, levantando el muñón y mirando la manga vacía, que agitada por el viento, parecía una ala destrozada.

Ambos se sumergieron en un mar de pensamientos tristísimos: en alas de la memoria volvieron a transportarse a los tiempos en que la vida no era un fardo superior a sus fuerzas, y en que el porvenir no tenía sombras para ellos; y luego, en las de la fantasía, volaron hacia los años que

vendrían, años llenos de hambre y de frío, en que acaso tendrían que golpear las puertas de la conmiseración y la piedad, para poder llevarse a la boca un mendrugo, y echarse a los hombros agobiados una manta raída y despreciable. . . .

Las pasiones políticas, pocas veces nobles, y con frecuencia funestas, andan siempre reñidas con la gente de nuestros campos y aldeas: son demasiado sutiles y enrevesadas para su mente de pocos alcances, y miedosas para su corazón sencillo y pusilánime. Los campesinos nada esperan de la política, y la temen, y huyen de ella. Pedro y Julián, llenos de buena fe y de innata bondad, no la comprendieron nunca, y sólo sabían de ella lo que una tristísima experiencia les había enseñado. No sabían sino que por ella, por la política, habían sido obligados a *servir* a diverso señor cada uno, abandonando la tranquila vida de sus hogares, la dulce paz de los campos, que fecundaban con el sudor de sus frentes; y que por ella regresaban al hogar y al terruño con el alma enferma y triste y el cuerpo mutilado e inútil; no sabían sino que si antes triunfaron en la lucha por la existencia, en cambio, en las luchas civiles habían sucumbido miserablemente; no sabían sino que habían sido arrastrados a los campos de batalla para degollarse entre hermanos que no tenían razón para odiarse; no sabían sino que ellos y otro sinnúmero de infelices habían servido de escala

para que ascendieran a la gloria, a una gloria fermentada y empapada en lágrimas y sangre, unos cuantos políticos ambiciosos e ingratos; sólo sabían que eran un despojo, un desecho miserable de pasiones ajenas; que habían de gemir de hambre y tiritar de frío; que en horrible acervo fermentaban ya en su corazón pasiones que antes no conocieron: el odio, la envidia, la venganza. . . .

En aquella hora, hora en que luchan la luz y las tinieblas, se libraba también una batalla en el pecho de los dos campesinos, víctimas de innoble política: de un lado, la luz de los sentimientos nobles y cristianos, que suelen de ordinario anidar en los corazones sencillos de los campesinos; y del otro, las sombras densas de pasiones violentas, germinadas como a la fuerza, desarrolladas y fomentadas por la ambición ajena, y vigorizadas por la vida de cuartel y de campaña. . . . Estas triunfaron por el momento: el aroma de la heredad ya cercana, el calorcillo del hogar, que parecía sentirse ya, lejos de contribuir para disiparlas, las excitaron más, y al fin estallaron, condensadas en un solo grito, grito de dolorosa protesta, grito de odio, de venganza, de ira impotente; grito horrible:

— ¡Tengo rabia!

— ¡Tengo ira!

Se siguió un largo silencio.

— ¿Y ahora? — volvió a preguntar Pedro, temblando todo él como si tiritase de frío.

— ¿Y ahora? — repitió Julián, no menos alterado que su amigo.

Luego Pedro, poseído de un furor de insano, levantó su faz vendada, cerró los puños y exclamó sordamente:

— ¡Por los liberales perdí mis ojos!

— ¡Por los conservadores me quedé sin brazo! — dijo Julián.

— ¡Por los liberales perdí... ¡a mi Esperanza! — rugió Pedro.

Julián calló.

— ¡Mueran los liberales!

— ¡Mueran los conservadores!

— ¡Mueran los unos y los otros! ¡mueran todos, todos! ¡maldición! ¡maldición!... — rugieron los dos desgraciados a una voz, dejándose caer abrazados al borde del camino, anonadados por el dolor, la ira, la desesperación y la tristeza.

El recuerdo de un sér débil y desbalido, pero que le ataba fuertemente a la vida, vino a alumbrar con suave luz la mente del ciego desesperado: el recuerdo de Justa, su viejecita abuela.

— ¡Ay, Julián! — murmuró; — si no fuera por la vieja, por mi pobre vieja... yo sé lo que haría ahora!...

Ambos tornaron a callar profundamente.

Un *rondador* se dejó oír a lo lejos, en medio del gran silencio de la naturaleza adormecida. Las notas que empezaron a llegar en alas del viento, eran vagas e in-

decisas y parecían gemidos lejanos; poco a poco fueron aclarándose, y al fin se percibieron todas claramente: su inmensa tristeza produjo en los campesinos la impresión de algo misterioso, que les serenaba el espíritu, y como derivativo poderoso, les permitía desahogar su corazón por medio del llanto, de un llanto tranquilo y resignado. Un calofrío les recorrió todo el cuerpo, y por un momento perdieron la noción del tiempo: no habrían podido decir después si el indio que tocaba el rondador, tardó un minuto o una hora en llegar hasta ellos. Cuando, a modo de una sombra, se deslizó por delante, Julián, volviendo en sí, se incorporó y dijo:

— ¡Oyes, oyes! ¿De dónde vienes?

— Vengo de San Pascual.

— ¿Conoces el molino? — preguntó Pedro, incorporándose.

— El molino se cayó.

Pedro sintió un estremecimiento de terror, y una idea lúgubre le cruzó la mente.

— Y conoces a la dueña del molino, a doña Justa?

— La señora ya es muerta: le aplastó el molino. . . .

El ciego, como si entonces le arrancaran la luz del alma, giró sobre sus pies y cayó de bruces, con la cara contra el suelo, lanzando uno como sordo rugido.

El indio se llevó el rondador a los labios, lleno de indiferencia, y se perdió entre las sombras.



Cuando, ayudado por Julián, se puso de pies, Pedro tenía los labios contraídos por una especie de sonrisa capaz de helar la sangre en las venas, y que le daba una expresión que infundía sospecha y miedo a la vez: había algo de siniestro en todo él.

— ¡Vamos! — exclamó con voz ronca, y apoyándose en Julián, comenzó a caminar con pasos acelerados; pero a poco se detuvo, y soltándose del brazo de su amigo, le dijo:

— No, ándate tú solo; yo me quedo; — y volvió a sentarse al borde del camino.

Julián se sentó también y, en profundo silencio, se puso a contemplar su tranquilo pueblecillo, medio perdido a lo lejos, entre las sombras de la tarde: apenas se veían, en medio de los árboles, las cubiertas de las casas y la blanca torre de la iglesia.

— ¿Estás muy triste, Pedro? — preguntó, al fin, por interrumpir el angustioso silencio.

— ¡Y quieres que no lo esté? — contestó ásperamente el ciego, sin levantar la cabeza, hundida entre las manos.

— ¡Anímate, hombre!... Ya estamos cerca. Dormirás en mi choza.

— ¡Ojalá que no estuviéramos cerca!; ojalá no hubiéramos vuelto nunca!... ojalá que la bala que me llevó los ojos me hubiera llevado la vida!... contestó sordamente Pedro, incorporándose de súbito y buscando con el extremo del bastón un lugar para asentar su planta.

— Vamos, — dijo Julián, tomando la mano del ciego; mas este le rechazó colérico, exclamando:

— ¿Vamos?... ¿Andate tú solo, te he dicho, que yo me iré como pueda.... hasta morir rolado.... ¿Andate, déjame!.... Y se puso a bordonear a tientas alejándose de Julián. Tenía la cara intensamente pálida, levantada al cielo, y temblaba todo él.

— Ya estamos cerca ¿oyes? y ya anochece — dijo Julián, siguiéndole.

— Verdad que ya estamos cerca — replicó Pedro;— ya oigo el ruido del molino.... Pero, es el caso que yo me regreso. Dirás en el pueblo que....

— No, Pedro, no ¿cómo te vas a ir solo? Siquiera pasarás aquí la noche, descansando, y mañana, con la luz....

— Para mí lo mismo es de día que de noche....

— Pero, hombre, ¡por Dios, no seas así.... ¡y.... y.... Esperanza que estará esperándote? — dijo al fin Julián, como último argumento, para detenerle.

El ciego, que seguía caminando sin aceptar el apoyo que el bueno de Julián le ofrecía, se detuvo al oír el nombre de Esperanza. Luego exclamó lúgubramente:

— ¿Esperanza dijiste?... Por lo mismo, ¿oyes? por lo mismo me regreso.... No quiero que me vea, no quiero.... ¿que diría de mí? ¡un ciego *limosnero!* — concluyó entre dientes. Después, con la cabeza in-

clinada, reflexionó breves momentos; luego preguntó con interés:

— ¿En qué parte estamos, Julián?

Junto a los terrenos de ñora Santos; aquí están las tapias....

¡Las tapias!, las tapias enrojecidas por el sol.... ¡qué recuerdos para Pedro!....

— ¡Vamos, vamos, Julián!—dijo, alzando nuevamente la cabeza, y decidido, como quien ha tomado una resolución definitiva.

— Julián, al ver la actitud del ciego, no supo qué pensar; pero sintió cierto terror presintiendo algo muy triste, y se apresuró a tomar al ciego por el brazo. Largo trecho anduvieron sin hablar. El monótono ruido de las aguas del molino, al descender a la quebrada, hacíase más y más perceptible conforme los dos campesinos avanzaban, y el ciego, como atraído por esa voz, caminaba más y más ligero, inquieto, febril....

¡Ya era hora!: ya la eternidad le llamaba con la voz de las aguas enfurecidas que se despeñaban; le llamaba con esa voz que al volar en alas del viento, remedaba sarcásticas carcajadas de una garganta de coloso; alaridos horribles, sollozos y gemidos de una multitud desesperada! ¡Ya era hora!: pocos pasos más, y el ciego terminaría su jornada, arrojándose de las tinieblas de su vida a las tinieblas de la muerte! ¡Ya era hora!

.....

La lucha que se trabó entre Julián y Pedro fue larga, angustiosa, desesperada. Lu-

chaban en silencio, anhelantes. Julián había ceñido su único brazo al cuello del ciego, y trataba de sujetarle, estrechándose, ligándose a él con todas sus fuerzas; trataba de asirle hasta con el muñón, que movía en todo sentido, mientras la manga vacía se agitaba como una ala rota. Una idea atroz le pasó como un rayo por la mente: abandonado Pedro a su capricho o a su destino, Esperanza.... quedaría libre;.... pero pasó la idea, pasó como un relámpago siniestro, y Julián luchó con más bríos, con más tezón. Las manos del ciego, crispadas y amenazantes, se agitaban en el aire, se apoyaban en el pecho de su amigo para rechazarle, se aferraban a su cuello para estrangularle; más Julián no cedía. Pero como si el furor y la desesperación le diesen más y más fuerzas, el ciego triunfaba: había arrastrado a Julián hasta el borde del abismo, e iban a caer en él enlazados los dos.... ¡Oh! nada más triste, nada más espantoso que esa lucha de dos dolores, de dos miserias, de dos despojos de la humanidad, de dos aldeanos víctimas del infortunio; nada más horrible que esa lucha furiosa, desesperada, al borde un abismo!.... La luna, que hacía un momento había asomado sobre el negro perfil de la cordillera, bañaba en suave luz a los dos luchadores. Las fuerzas de Julián se agotaban: se acercaba el trágico desenlace de la lucha: ya la tierra del borde no podía soportar el

peso de los dos, y comenzaba a ceder, a hundirse, a caer en el abismo; ya algunas ramas se rompían, y el chaparro se agobiaba crugiendo: un minuto más, un segundo, talvez, y todo habría concluído.... Una voz más fuerte que el ruido del agua, se dejó oír de pronto: tenía esa voz algo del grito del placer, algo del alarido del dolor:

— ¡Pedro! ¡Pedro!....

Luego dos brazos fortalecidos por el terror, ciñeron el cuerpo del ciego y le arrastraron lejos. Pedro, exhausto de fuerzas, vencido, anonadado, se dejó caer en el polvo, y ocultó la cara entre las manos.

— ¡Pedro! ¡Pedro! — repetía la voz.

— ¡Retírate!.... ¡Andate!.... — contestó el ciego, con la voz enronquecida y anhelante.

— ¿No me ves, Pedro? ¿no me conoces?.... ¡Si soy yo! — decía Esperanza, llena de asombro y de inquietud, tratando de levantarle el rostro que él ocultaba obstinadamente.

— Sí, sí te conozco, Esperanza — replicó Pedro; — pero no quiero que me veas; no quiero ¿oyes?.... ¡Por Dios! ¡ándate!, ¡déjame!.... ¡Ay! Julián, tu tienes la culpa.... ¡por qué no me dejaste?....

La campesina, perdida de asombro, nada comprendía y en vano interrogaba con la mirada a Julián, que inmóvil y lleno de angustia, contemplaba la escena.

— ¡Pedro, Pedro! ¿qué tienes? ¿qué te ha pasado? ¡dime, por Dios! ¿Estás herido. . . .— clamaba la infeliz.

— ¿Qué tengo? exclamó Pedro — ¡ira, desesperación, ganas de morirme, todo tengo, Esperanza! . . . ¡Andate! ¡por vida tuya! ¡no me veas!

— ¿Pero por qué, Pedro? ¿por qué? — preguntó llorando la muchacha.

Pedro no contestó; pero haciendo un esfuerzo supremo, sobrehumano, levantó la cara, y se arrancó de un tirón la venda, para que quedase a la vista su miseria, su desgracia irremediable: sus órbitas vacías, oscuras, repugnantes!

Esperanza, al mirarlas, dió un grito de horror, y cubriéndose la cara con las manos abiertas, retrocedió aterrada. El ciego no movió su faz: tenía como clavada en la muchacha una mirada hosca, miedosa, indescriptible: la mirada de las calaveras. Luego una mezcla de lágrimas y sangre le corrió por las mejillas, brotando de las cuencas medrosas.

Se siguió un doloroso y largo silencio, que fue interrumpido, al fin, por el ciego. Una verbosidad inusitada brotó de sus labios, y envuelto en palabras casi incoherentes, en frases entrecortadas, corrió su dolor, sin vallas ni obstáculos.

— ¡Eso mismo pensaba! — dijo — ¡eso mismo temía!, ¡es imposible que me quieras ya, es imposible! ¿Cómo has de querer

a un desgraciado, a un inútil, a un ciego *limosnero*? ¡No, si es imposible!... Antes sí me querías; pero ahora ¿quererme a mí? ¿servirme tú? ¿llevarme tú de la mano para pedir qué comer en las calles y en las plazas?... ¡Imposible! ¡imposible!... Yo no tengo nada, nada, pero nada; ni el molino siquiera.... ¡Si no tengo ni ojos!... ¿no ves? ¿no ves?... ¡no tengo ya ojos!... los he buscado, los busco, hasta introduciéndome los dedos con desesperación, y ¡no los hallé!... Y no puedo hacer nada; no puedo trabajar ¿cómo?... ¡No veo! ¡no veo! ¡no veo! Y así ¿cómo me has de querer?... ¡imposible! ¡imposible!... — Si ya no podré ir en tiempo de las siembras, tras de la yunta, como antes, ¿te acuerdas?... como antes, tapando el trigo que tú ibas arrojando a la madre tierra,... ya no podré en las cosechas, ir cortando con la hoz el trigo; ni hacer gabillas, ni llevarlo a la era.... ¿cómo? ¿cómo? ¡Si no veo nada! ¡no puedo nada!... Siempre es de noche para mí, siempre oscuro, oscuro.... una sola noche que no se acaba nunca.... ¿No ves que ya no podré ampararte, ni defenderte, ni cuidarte?... ¡imposible! ¡imposible!... Si has de tenerme hasta asco y repugnancia y miedo.... Si yo me toco, me tanteo.... ¡y estoy un monstruo!... ¡Si solo te serviría de molestia, de estorbo!... No, imposible! ¡imposible!... ¡Andate! ¡déjame, Esperanza!... Yo.... ¿para qué he de vivir?...

Y se levantó rápidamente, y se dirigió al abismo; Esperanza y Julián le detuvieron de nuevo.

La campesina, a quien la emoción y las lágrimas embargaban la voz, obligó al ciego a sentarse en donde antes estaba, se sentó a su lado, y sin poder contenerse por más tiempo, le tomó el rostro con las manos, y llena de infinita ternura, en un arrebató de sublime piedad, hizo lo que nunca había hecho: le besó apasionadamente; le besó en la frente, en las mejillas, en los labios, a tiempo que le decía mil ternezas. Por último, le besó repetidas veces en las cuencas vacías! Después, enlazándole el cuello con los brazos, unió su hermoso rostro al del ciego, y así se estuvo largo rato: parecían el día y la noche, la vida y la muerte, estrechamente unidos. La luna les bañaba en suave resplandor.

Esperanza habló a su vez. Mientras el ciego, fuera de sí de gozo, como dudando de la realidad de tanta dicha, pasaba las manos temblorosas por la frente, los ojos, los labios, por todas y cada una de las facciones de su prometida, de su palomita sin hiel, ella hablaba; hablaba con una voz dulcísima, llena de inflexiones; con una voz que, como las manos del ciego, acariciaba.

— ¡Sabes, Pedro? — decía — sabes que te quiero? ¡Sí, te quiero, te quiero como antes, como siempre, mucho más que antes, como

nunca te he querido! ¿Que estas ciego? cieguito? No ¡importa; mis ojos han de ser tus ojos; yo he de ser la luz que te alumbra y te consuele.... ¿Que no has de poder trabajar? ¿Y eso qué? ¿Sabes? Yo soy joven y robusta, y tengo fuerzas y valor: yo he de trabajar de la mañana a la noche; he de trabajar por tí y para tí! ¿Que no querré servirte? ¿que no querré cuidarte? ¡Cómo no, Pedro, cómo no! yo te llevaré siempre de la mano; así estarás siempre conmigo, así serás siempre mi compañero inseparable. Yo te he de cuidar, Pedro, yo te he de servir, yo te he de guiar.... Y no hemos de tener que pedir limosna; Dios no ha de querer: yo tengo tierras, yo tengo casa, yo tengo animalitos; y todo eso ¿no es tuyo? ¡Consuélate, Pedro, consuélate! No ves que hubieras podido morir en la guerra, como murió *taitico*, como han muerto tantos, tantos infelices?.... Dices que te he de tener miedo? ¿asco? ¿repugnancia?.... Ya ves que no, Pedro; yo sé querer de veras! ¿Acaso por los ojos no más te he querido?....

Mientras hablaba, le llenaba de caricias; le arreglaba el cabello desgreñado, le enjugaba el rostro, le aliñaba los vestidos.

Pedro callaba. Su alma, enferma y triste y desesperada hasta poco antes, hallábase como inebriada de felicidad, como circundada de luz diáfana y pura. Olvidado de su miseria, de sus desgracias, ni siquiera se daba cuenta del ligero correr del tiem-

po, cuya noción había perdido, y así se habría estado las horas y los días, los años y la vida entera, sumergida el alma en esos goces inefables, en esos desconocidos deliquios de ventura, que no le parecían de esta tierra.

Un sollozo que se dejó oír junto a ellos, vino a interrumpir a la apasionada campesina, y a sacar a Pedro de su arrobamiento: Julián, que se había sentado a corta distancia, tenía el rostro cubierto a medias por su única mano y sollozaba.

— ¡Lloras, Julián? — exclamaron Pedro y Esperanza.

— No.... digo.... sí, si lloro, contestó el interpelado — y añadió: lloro.... de gusto.... de contento....

¡Pobre Julián!

— ¡Vamos, vamos! — dijo Esperanza.

— Sí, vamos — repitió Pedro, incorporándose.

El ciego, apoyado en el brazo de su hermosa prometida, púsose a caminar desembarazadamente, como que pisaba terreno muy conocido. Una dulce placidez había reemplazado en su rostro a la siniestra expresión de poco antes. Marchaba como si quisiera beber con los labios entreabiertos, torrentes de felicidad y los rayos de la luna que le bañaban el rostro levantado y triunfante. Sólo al pasar por delante del molino, cuya cubierta seguía extendida como las alas de una ave enorme que ocultara su nidada entre las ruínas, se de-

tuvo y un estremecimiento de dolor le sacudió el cuerpo; y le ahogaron los sollozos.

—¿Ya sabías? — preguntó Esperanza.

— Ya, ya supe — contestó Pedro.

Pocos minutos después esperaban, en la puerta de la casa de Luisa, a Julián que venía atrás.

— ¡Julián, Julián! — llamaron Pedro y Esperanza. El eco solamente les contestó.

Julián, el desgraciado Julián, había desaparecido entre las sombras.



FIN



LOS POBRES DE ESPIRITU

El caserío aquel queda por ahí, perdido entre los pliegues colosales de los Andes, tras un lomón agreste, en cuyas ásperas pendientes han crecido a duras penas unos pocos árboles de ramazón retorcida como en espasmos de dolor; y que, sin nidos ni aves, parecen sumergidos en la más honda tristeza. . . . Pero basta; no os daré, lectores, seña y contraseña del caserío de N.; pues quiero contaros el milagro, mas no el lugar de su realización. Cuestión de egoísmo si queréis. En cuanto al santo o los santos que entrarán en danza. . . .—¿pero danzarán los santos? ¿habrán formado escuela el santo rey David y san Pascual Bailón? . . . — En cuanto a aquellos, no los

nombraré tampoco. Si de casualidad se me escapa alguno, ya podéis guardarme el secreto.

Si llegarais a dominar aquella abrupta montaña, lanzaríais de seguro un ¡Oh! prolongado de admiración, al echar de ver el vallecito que se abre al pie, chico como la cuenca de la mano y risueño cual una sonrisa de la naturaleza, como diría un poeta. Limítanle por los cuatro costados los suaves declives de las colinas que lo forman, en los que los variados cultivos de cereales, raíces y legumbres, de los pequeños propietarios, rudos campesinos todos, trazan una porción de cuadrillos de colores que les dan el consabido aspecto de grandes tableros de ajedrez, en los que campean como fichas gigantescas los capulíes, los huavos, los nogales. Hacia el norte, por una hendedura del monte, se lanza impetuoso, formando plateadas conchas que brillan al sol, un voluminoso torrente, que luego corre como un mozo desjuiciado, a saltos y tumbos, hasta llegar murmurante a dormirse entre una maza de arbustos hojosos y ásperos, entre los que descuellan los cimbradores helechos. Al centro del valle, medio veladas por el profuso follaje de los árboles, asoman las rojas techumbres de las casas con su azulada columnita de humo, y entre ellas la iglesia con sus blancas y apuntadas torres y los amplios aleros, bajo los cuales las golondrinas, de dos en dos, hundida la chata cabecita som-

nolenta entre el blanco plumón del pecho, lanzan al viento su aflautada y monótona cautinela. Jamás las tempestades han batido allí sus alas polvorosas, ni han reemplazado a la brisa siempre suave, siempre pura, siempre saturada del aroma de rosas y azahares, que nunca faltan; ni han ahogado la voz de la campana, el mugido de las vacas, el ruido del molino lejano, el canto de la aves; notas que forman el himno que la Naturaleza eleva a la Paz. Esta *señora* ha tomado su carta de naturaleza en N.; pues allí no hay jueces que la maltraten, ni beatas que la persigan, ni chismografías que la ahoguen: allí no hay sino chiquillos que la divierten, mozos que la respetan y viejos hogares donde se le rinde culto.

*
* *

Si hay quienes tengan el cielo comprado, son de seguro los *ciudadanos* de N.

Y lo han comprado a fuerza de ricos en pobreza de espíritu, y valga la paradoja: «Bienaventurados los *pobres de espíritu*, porque de ellos es el reino de los cielos».

Por cierto, los cielos han tenido allí su boleterero, o *encargado de negocios* más bien dicho: un cura bueno como el pan y rico en frutos.... del Espíritu Santo: érase el tal un banco inagotable de «caridad, paz, paciencia, longaminidad, bondad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad»....

Como el abate Constantino; como *pae* Apolinar, como el Cura del Pilar de la Oradada, que «como todo lo da no tiene nada» Una ocasión se quedó con las piernas en limpio como una bolsicona, porque hizo un empréstito voluntario de los burdos y tibios pantalones, a Jacinto, el muchacho más simpático del pueblo, que se andaba el largo de las calles con la espalda pegada a los muros; y que por nada de la vida se iba a jugar con sus alegres compañeros en la plaza ni en ninguna otra parte, porque el lugar aquel donde la espalda pierde su nombre honesto estaba a la intemperie, y el pobrecito se moría de vergüenza.

Falta decir que el cura de esta historia era de los de edición de pergamino, y viejo hasta el extremo de llamar pajuelas a los fósforos. Estaba de la voz quebrada cuando se dió en la famosa capital de los Shirys el primer grito de rebelión e independenciam.

— ¡Me hubieran oido Uds. gritar! . . . exclamaba, entre narigada y narigada de rapé, cuando hablaba de la guerra de emancipación.

— ¿Su paternidad también *gritó?* le preguntaban sus feligreses, llenos de asombro; que iban las tardes a darle tertulia sentándose en coro junto a él.

— Sí, hijos míos, sí grité.

— ¿Y qué gritó?

—¿Qué grité?... Pues ¡Muera Fernando Séptimooo!... Eso grité! Y lo hacía en voz muy alta, como lo harían los patriotas de antaño, el viejecito.

Un estremecimiento corría por todo el auditorio, mientras los campesinos se miraban asombrados, y las mujeres, que no faltaban, decían:

—¡Huy! pobre caballero!... y *dai*, le cortaron la cabeza o le ahorcaron solamente?

Le ahorcaron solamente!... Mucho cuento era ese de conservar la cabeza sobre los hombros aún al través de la muerte, en esos dichosos tiempos en que se amaba a la Patria con ésta y el corazón. Entonces era la tal un artículo de primera necesidad; hoy se puede vivir sin ella como las moscas. Hay muchos que no la tienen y sin embargo gastan sombrero. Así se expresaba el viejo, y exclamando luego:

— ¡Niñerías, niñerías! despedía a sus parroquianos, rezaba el Oficio y se dormía como un bendito de Dios.

*
* *

El 4 de abril de 18.... el pueblo de N. estaba más silencioso que de ordinario. No se oía el canto ni las risas argentinas de las mujeres, que solían sentarse a coser en los dinteles de las puertas, ni se escuchaba el sonsonete de los muchachos de la escuela, ni las francas charlas de los



mozos, que con la herramienta de labor al hombro, se encaminaban a sus faenas agrícolas. Sólo en la iglesia se notaba un movimiento inusitado; se comprendía que cuantos andaban por ella trataban de borrarla por la ventana, a fuerza de arreglarla para ponerla como una tacita de plata. Colgábanle de los muros variados cortinones improvisados de colchas y sobrecamas; y el altar mayor, oculto detrás de cuatro sábanas unidas, que más parecían mapas, estaba que no había más que ver, con sus gradas cubiertas con una tela azul franjeada de oro y atestadas de bujías partidas, colocadas en candeleros de latón, de estrellas de oropel y grandes ramos de rosas, claveles y alhelíes; de entre los cuales emergían su cara inexpresiva y bobalicona una multitud de ángeles de madera y de cartón. A la derecha, el paso o monumento: un cuadro trágico alegremente representado: la muerte de Abel, en el que hacía de víctima. . . . ¡la Magdalena! a la que habían puesto unos bigotazos de granadero y extendido entre un chaparral de ramas de sauce y de romero. Y ¡oh, pobres de espíritu! . . . ¿Sabéis a quien le trocaron en Caín? . . . pues al mismísimo San Bartolomé, patrono del pueblo, al qué habían echado encima un capotón militar, gorra de general y una tizona miedosa, que, por cierto, no le servía sino de adorno. . . . como a muchos militares pretéritos y presentes; que en cuanto al arma homicida, ahí se

estaba con todos sus dientes y muelas, atada con una cinta roja a la diestra del santo, en lugar del cuchillo de madera que de ordinario tenía en ella.

*
* *

Mientras todos esos pobres de espíritu, presididos por el sacristán, otro *idem*, lo arreglaban todo, a fin de que el Jueves Santo aquel quedara memorable *per saecula saeculorum*, el cura, metido como un caracol en su concha, dentro del viejo confesonario de grasientas rejillas, arreglaba a su vez las conciencias de sus inmejorables feligreses. Aquí y allá había grupos de campesinos, entremezclados hombres y mujeres, que en el largo ejercicio de las estaciones cambiaban de sitio constantemente, rezándolas en tono gangoso y compungido. Se diría de ellos que eran las ovejillas trashumantes del Señor. Cerca de la cortina que ocultaba al altar mayor, y a la cabeza de ellos el maestro, venerable viejecito que ganaba quince pesos.... nominales, se destacaba la ringlera de los niños de la escuela, que habían ido a confesar para cumplir con el *precepto*. Mientras los más grandecitos iban acercándose al confesonario, uno a uno, con la quijada en el pecho y las manos devotamente puestas, los más chicos, en el afán de mirar al través de la cortina, la abrían con los dedos.

un pequeño agujero al que aplicaban los curiosos ojillos con esa insistencia propia de los niños.

El último de la fila era.... ya se me escapó su nombre enantes: era Jacinto, el muchacho más listo y simpático del pueblo, aquel de los pantalones sin culera, y que a la sazón estaba elegantísimo con los del señor Cura, convenientemente tijere-teados, desempeñando con suma gravedad su papel de monitor general. Cuando le tocó el turno, volteó vivamente la cabeza hacia un lado, miró de reojo al grupo de chiquillas de la *escuela de hembras* que por ahí estaba, sonrió avergonzado, y con los carrillos que le brotaban sangre, se dirigió a arrodillarse delante del confesor, juntan-do las manos sobre el pecho. La más grandecita de las escolonas se mordió los labios, le *torció los ojos* y bajó la carita, más roja que una amapola.

— Y bien, Jacinto,—díjole el Cura, ha-ciéndole cariñosamente la mamola—¿vienes a confesarte?

— Sí, señor Cura, — contestó, temblando, el muchacho.

— Bien, picarón, muy bien! Reza el «Yo pecador».

Jacinto—que lo sabía al dedillo, lo recitó de seguida, entre un sudor que se le iba y otro que le venía.

-- Ahora, hijo mío, acúsate, — siguió el Cura, poniéndole una mano en el hombro y llegando su tardo oído a los trémulos

labios del chiquillo;—dímelo todo, todo, sin callarme ni ocultarme nada.

Jacinto pudo apenas balbucir algo entre dientes; luego sintió un nudo en la garganta y calló.

—Sin miedo, hijo mío, sin miedo ¿oyes?— le animó el confesor. — ¿Qué has hecho? ¿qué ha habido?

— Acúsome, padre, de.... pues de.... de....

— ¡Adelante! con valor, con confianza.

Jacinto tornó nuevamente su inquieta cabecita de ardilla, y lanzó una mirada de angustia y de consulta a la vez a la más grandecita de las niñas, que volvió a sonrojarse y a mirarle airada.

— Conque ¿qué ha habido? — insistió el Cura, al que no pasaron inadvertidos el vistazo del muchacho y el gesto de la chiquilla. Luego, sin esperar la respuesta, le interrogó de súbito:

— Bueno, ¿cuántos años tienes?

— *El largo* de doce, pero para San Bartolo tendré trece.

— ¡Doce años! — pensó el Cura — ¡trece años! Dichosa edad! por ahí se empieza. El buen sacerdote se perdió en un mar de conjeturas y recuerdos.

Jacinto, que hizo un esfuerzo supremo para acortar su tormento, le sacó de sus reflexiones, diciéndole, tembloroso:

— Acúsome, padre, de haber dicho.... a ella.... Al llegar a este punto, volteó por tercera vez la cara y señaló con el de-

do a la chiquilla, que al ver el ademán del chico se cubrió la suya con las manos y se puso a llorar de vergüenza.

— Conque, a ella. ¿Y quién es ella?—le preguntó el confesor, cubriendo una sonrisa con su pañuelo cola de gallo.

— Ella es.... Margarita, — contestó el niño.

— Y bien ¿qué le has dicho a Margarita? qué es una tonta? qué es una mala? que es....

— No, no, no, padre, le interrumpió Jacinto, asombrado de que le juzgara capaz de decir tamañas cosas a su amiguita; y antes de que le hiciera el confesor otras preguntas semejantes, prefirió seguir:

— Acúsome, padre, de haberle dicho a ella: «Margarita.... ¡oyes, Margarita?.... yo estoy enamorado de tí!....» Enseguida, lleno de la más grande vergüenza, trató de amenguar la cosa y añadió: «Pero, padre, no tuve yo toda la culpa: ella me dijo también una vez, por más señas junto a la fuente a donde acude para llevar el agua: «Jacinto.... ¡oyes, Jacinto?.... yo te estoy queriendo mucho, pero mucho....» Y se fue corriendo.

— ¡Hola, hola! ¿Y cuándo le dijiste aquello?

— ¿Yo?.... pues ahora al entrar a la iglesia, y siempre que la encuentro sola.

El bondadoso clérigo, sonrió de nuevo, con esa ronrisona fruto extraño de recuerdos vivos e ilusiones muertas, que ilumina el

rostro con la triste luz de un astro que se pone: el astro de la esperanza. ¡Niñerías, murmuró entre dientes, niñerías!...

— Acúsome, padre, de... pues de haber hecho un daño grave en el trigal del vecino.

— Conque, un daño, ¿y cómo fue aquello?

— Sucede que al medio del sembrío hay un árbol, y en el árbol un nido, y en el nido un par de mirlos que ya están echando pluma; y por verlos todos los días he abierto una brecha entre las espigas.

— ¡Malo, malo! ¿Sabes que no hay que hacer daño a nadie? ¿Y de quién es el trigal?

El egoísmo, que casi siempre hace presa en el corazón de los niños... y en el de los viejos, selló los labios de Jacinto. Pero, por otra parte; ¿cuándo los pájaros no han ocupado siquiera un rinconcito en el pecho de los chiquitines?... Jacinto se parecía por ellos y los mirlos de entonces eran su encanto y su embeleso. Margarita y los mirlos; después, el diluvio.

Los curas como el de N. ¿saben más por curas o por viejos?... «Doctores tiene la santa madre Iglesia que lo sabrán contestar». Bástenos saber que el de esta historia había penetrado muy hondo en la psicología de sus feligreses; de manera que un gesto, una mirada, un ademán cualquiera, eran el hilito de que se valía para dar con el ovillejo de los méritos o con la madeja de las pasiones. Así, pues, el

silencio embarazoso de Jacinto fue la hebra de que se valió para extraer de un tirón el ovillo del egoísmo que el chico llevaba adentro. Además, el bueno del cura, que a fuerza de viejo rayaba en niño, se perecía a su vez por los mirlos, cuyo aflautado canto le deleitaba. Con lo que formó su plan.

— ¿De quién es el trigal? ¿oyes? Dílo al punto.

— Es de.... es de.... la viuda de D. Lucas.

— De la viuda de Don Lucas, repitió el Cura; y añadió para su sotaua: hoy mismo *volarán* esos mirlitos. Luego, dirigiéndose al chico:

¡Cuidado! le dijo, ¡cuidadito! alzando amenazante el dedo seco y huesoso. Te impongo la penitencia de no volver a pisar, por nada de esta vida, ese trigal; si no la cumples, la confesión no te servirá para nada ¿comprendes? Y extendiendo la mano como para partirle por la coronilla: «Ego te absolvo a peccatis tuis!....» le dió la bendición, le hizo de nuevo la mamola y le despidió. Mas, cuando el muchacho hubo caminado unos pocos pasos, cabizbajo, taciturno, pensando ya en la manera de eludir el cumplimiento de la dura penitencia, le llamó para decirle al oído:

— Oyes, Jacinto, cuenta con que vuelvas a decir aquellas cosas a Margarita; mira,

eso no está bueno. Cuando seas grande. . . .
En fin, vete, vete, picarón!

Después de esta advertencia, le dió dos palmaditas en la espalda y le despidió definitivamente. Jacinto llegó a su puesto relumbrándole los ojos; y una vez arrodillado, se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar sobre las ruinas de los castillos que había levantado en España, para que los derribara el confesor con una *crueldad* incomparable.

Hay que saber que cuando Margarita triunfaba sobre otros afectos en su corazón de adolescente, Jacinto se regalaba con la idea de llevarla para enseñarle los mirlos, que sacarían apenas las grises cabecitas sobre el borde del nido. Cómo gritaría entonces de gusto Margarita, y cómo agitaría las manecitas cual si quisiera volar con ellas, al verles tender los cuellos medio implumes y abrir los picos amarillentos, largos, agudos, levantando las trémulas alitas, en demanda de los gusanillos que se retuercen en el pico de la madre, que va acercándoseles de rama en ramal. . . . Y lo que le diría él cuando Margarita llegase al colmo del contento:

— ¡Margarita, oh, Margarita! esos mirlos son tuyos; te los regalo!

Y el Fausto niño y campesino, quedaría tan satisfecho, obsequiando con tales joyas a su Margarita. . . .

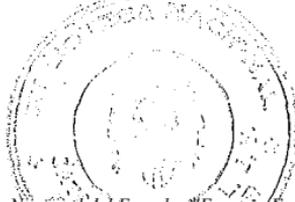
*
* *

La Semana Santa pasó, al fin, con su cortejo de campesinos que ostentaron ropas nuevas de abigarrados colores en la rodeada de monumentos; pasó con su eterno sermón de *Tres Horas*, durante el cual se quemó y reventó a maravilla el mal ladrón, al que le lloraron a grito herido; pasó con la ceremonia del Descendimiento, en la que desempeñaron el papel de *santos varones*, unos cuantos pobres de espíritu, cómicamente disfrazados con túnicas de once varas. Y el Domingo de Pascua, las campanas, que murieron el viernes, como quien saca el vientre de mal año, sacaron sus lenguas de malos días, y llenaron con sus repiques alegres y prolongados los aires, como si quisieran vengarse de la triste matraca de madera que había usurpado sus funciones. Naturalmente, la gente estaba hecha unas pascuas; por todas partes se cruzaban hombres y mujeres, luciendo la ropa dominguera, los primeros con sombreros de fieltro acanalados y lustrosos, camisa *asentada*, saco hasta la bichunga, pantalón campana y unos botinazos como ataúdes, que iban llamando desesperadamente a algún Luis Ruiz con los rechines; y las otras con polleras, macanas, rebozos y cintas de todos colores. Los chicos, vestidos también de nuevo; tiesos, pipones, con los bracitos enarcados como que fueran a ensayar el vuelo, y los sombreros

en la nuca, estaban que no había más que ver.

¿Los chiquillos? no todos: Jacinto, el simpático Jacinto, en cuyo tierno corazón se había librado un terrible combate entre el deber y el egoísmo, por ahí se andaba paliduchó y triste. La conciencia, ese juez inexorable, que así desempeña sus funciones en el corazón del niño como en el del viejo, le había tomado de su cuenta al pobre Jacinto. Gritándole estaba a toda hora que había hecho mal, muy mal, en haber dejado que el último triunfara sobre el primero. Porque, habéis de saber, lectores, que el bueno del chiquillo, aguantó las ganas de ver a los mirlitos... hasta el día siguiente. Por la mañana, después de una pesadilla atroz, en que vió que un gavilán se cernía sobre el nido y cargaba con los tiernos pajarillos, no pudo contenerse: corrió al trigal, y, eso sí, sin hollarle una sola espiga, lo atravesó, trepó como una ardilla al árbol, tomó el nido, y lo encontró helado, le acercó a sus ojos, y... lo vio vacío. Lo que sintió Jacinto ese momento!... Arrojó el nido con furia contra el suelo, y una negra duda le oscureció la frente. Al regresar a su casa, triste por la desaparición de los mirlitos y por haber dado al traste con la penitencia, exclamó entre dientes: «¡Qué más gavilán que el cura!... Era el único que lo sabía!»

Fuera ya del sembrado, partió resueltamente por la calle de la casa... de Mar-



garita. Ahí estaba ella, hecha un primor con sus zapatitos nuevos, su *pollera* carmesí y su camisa con tiras, que dejaba adivinar, tras de dos manchitas negruzcas y circulares, aquello que los mirlos hubieran, talvez, palpado. Jacinto ¡caprichoso era el muchacho! ¿sabéis lo que le dijo al verla?... — «Margarita, te quiero, te quiero, te quiero!» Y cómo acentuaba las palabras, y cómo las acompañaba con sonoros golpes en la palma de la izquierda con la diestra cerrada!

Margarita, por cierto, se metió a la carrera al cuarto y cerró tras sí la puerta, exclamando:

— ¡Calla, Jacinto, no seas tan malo!... Jesús!

Luego, Jacinto se encaminó a la casa parroquial: ahí, en una jaula de tiras de carrizo, con dos cajas de sardinas con pan remojado y agua, suspendida de un pilar, estaban los dos mirlitos, esponjado y con la cabecita bajo el ala, el uno, con los ojitos cerrados, el pico en alto y piando tristemente, el otro. Al verlos, Jacinto estuvo a punto de correr con ellos; pero se contuvo haciendo un esfuerzo sobrehumano. Dos lagrimones le rodaron por las mejillas, y exclamó entre dientes, de nuevo:

— ¡Qué más gabilán que el cura!...

*
* *

¡El tiempo vuela! ¿habéis oído un dicho más vulgar?... Yo sé decir que no he

oido ninguno; pero en gracia de la verdad como un puño que encierra, lo adopto y lo repito: el tiempo vuela.

Después de la Semana Santa y de la Pascua de Resurrección, vinieron los días alegres y soleados de Navidad, y luego los sombríos y tristes de Finados, y así; el tiempo, como una correa sin fin, siguió dando las vueltas, siempre ciego, siempre sor-do, sin preocuparse para nada de la pobre humanidad que va cayendo, cayendo, y levantándose, levantándose, siempre tur-nándose, eso sí, y entonando su eterno canto de triunfo.

Cinco años más tarde, Jacinto, el mu-chacho más simpático del pueblo, era allí el mocetón más guapo y más robusto. Ha-bía crecido mucho y echado muchas car-nes, y un bozo negro le sombreaba el la-bio, a la par que dos amagos de patillas le bajaban a modo de dos grandes signos de admiración por junto a las orejas. Mo-ralmente poco o nada había cambiado: con-tinuaba con sus puntillos de egoísta, astuto y desconfiado, pero siempre un excelente pobre de espíritu!

¿Y Margarita?, ¡Oh Margarita! hermosa, hermosísima con sus ojazos negros, dulces e ingénuos que estaban diciendo *¡miradme!* y con su cuerpo fuerte, de carnes apreta-das, y el seno amplio, exhuberantel.... La llamaban allí la flor.... la flor de no sé qué; pero en fin, la flor. Con lo que más de un galán se quedó con todo el

cuerpo hecho una agüita a puros antojos de casarse con ella. Pero nada: la soltera era tan *dina* y tan aseñorada «toda ella», que cuantos iban a su casa por lana, volvían... con calabazas. Excusado decir que, así y todo la chica, Jacinto se moría de celos; y era capaz de hacer la de Herodes con todo el *feo sexo*.

Los cinco años se le habían vuelto cinco siglos; mas, un día le venció la impaciencia: se *palabreó* formalmente con Margarita, que no quería otra cosa, y corrió a la casa del cura.

— Señor cura!... señor cura!....

— Hola, Jacinto, hijo mío!

— Se me ofrece, pues.... se me ofrece....

— ¿Y qué se te ofrece, Jacintito?

— Pues, que quiero casarme, señor cura.

— ¡Holal, hola, bribón! Te apruebo el gusto, hijo mío!

— Y quiero casarme hoy mismo, señor cura; ahorital!

— Hoy mismo, ahorital! ¿y por qué tanto apuro?

— Porque así me conviene.

— Bueno, bueno. ¿Y quién es ella?

— ¿Ella?... pues, mi novia.

— Sí, ¡pero cómo se llama tu novia, picarón?

— Mi novia....

Jacinto vaciló entre dar o no dar respuesta a la pregunta; vió que podía contar el milagro, hasta el nombre del santo, con

tal de callar el del lugar donde se encontraba, y contestó a secas:

— Se llama... Margarita.

— ¡Toma, toma, picarón! exclamó sorprendido el cura; Margarita! Conque, habías insistido. Estará muy guapa la chiquilla ¿eh?

— Así, así; no tanto como su paternidad.

— ¿Y dónde está viviendo Margarita?

Jacinto, al oír esta pregunta, dió un traspié y calló como un muerto.

— Cuéntame dónde vive Margarita, insistió el cura.

— ¿Dónde vive?... ¡Ni fuera yo qué! Eso sí que no le he *parlar* por nada de la vida, contestó el mozo, con aire resuelto y moviendo negativamente el índice de la diestra extendida.

— ¡Vamos! ¿Y por qué?—le interrogó lleno de asombro el viejecito.

— Pues... porque... francamente ¿se acuerda Ud. de los mirlitos?...

